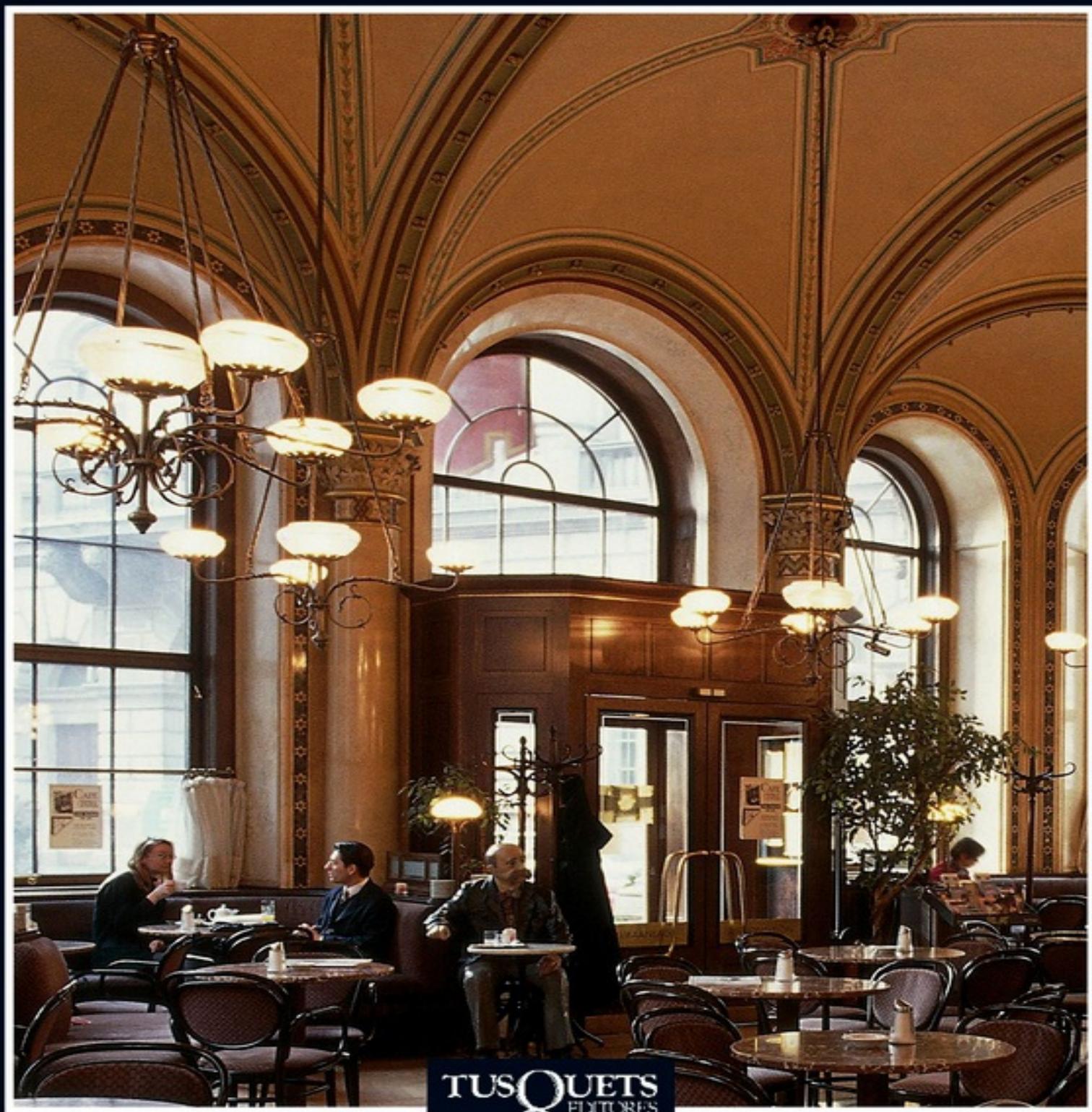


Gonzalo Hidalgo Bayal

CONVERSACIÓN

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Índice

Portada

Cita

Kalé heméra

Corzo

 Capítulo 1

 Capítulo 2

Aquiles y la tortuga

Monólogo del enemigo

Reparación

Créditos

CONVERSAR. Tratar urbanamente y conversar con otros. Conversable, el apazible y tratable. Conversación, la comunicación y plática entre amigos. Desconversable, el retirado y desapazible. *Latine converso, as, frequentativum a converso*, de *con et versus*, porque dize una razón y buélvenle otra, y torna a responder, y de esta manera se trava la conversación.

Sebastián de Covarrubias,
Tesoro de la lengua castellana o española

Kalé heméra

Prometí que nunca contaría lo que voy a contar, pero vuestras palabras me han hecho evocar tan vivamente aquellos tiempos, han pasado tantos años y se trata de una historia tan desdichada, que no creo que a estas alturas tenga la menor importancia mi promesa. Aclararé que lo cuento con pesadumbre, que no se trata de una presunción y que me produce una extraña tristeza su recuerdo. Así que, si rompo la promesa y os lo cuento, es para que tengáis noticia de otras formas de dolor y de heroísmo. El caso es que cuando terminé los estudios anduve unos años viviendo a salto de mata, buscando sin éxito trabajos provechosos y malviviendo con clases particulares de lengua o de francés (entonces el francés era la primera lengua extranjera por excelencia) y, sobre todo, de latín y griego. Trabajaba en academias cochambrosas, a veces periféricas, a veces céntricas, situadas en sótanos inmundos o, con un poco de suerte, en la planta principal de edificios tan rancios como peligrosos, con suelos de madera crujiente y polvoriento y con una atmósfera de penumbra que hoy parece inconcebible. Los dueños de estas academias eran empresarios de la ignorancia y, con criterio de agencia tributaria, nos pagaban un porcentaje creciente de la cuota que satisfacía cada alumno, un treinta, un cuarenta, un cincuenta por ciento, de modo que se producía la paradoja habitual de estos negocios, es decir, la incompatibilidad del rendimiento económico con el provecho académico. A mayor número de alumnos mayores beneficios, más alto porcentaje y peores resultados. Pero, bueno, esta historia no tiene que ver con academias, sino con clases particulares. Alguien a quien le preocupaba mi subsistencia me llamó un día y me propuso dar clases particulares de griego, dos veces por semana, a un solo alumno, en su casa. Según la norma empresarial de las academias, dar clase a un solo alumno tenía alguna ventaja intelectual para el alumno, pero escasa rentabilidad económica para el profesor, de modo que no era una propuesta enteramente apetecible, salvo por mi situación de extrema necesidad. Hubo algo, sin embargo, que me animó a aceptar la oferta en principio. Como las clases serían por la mañana y yo tenía toda la mañana libre (ya se sabe que las academias son nocturnas o estivales), acordamos un

primer encuentro para pactar los términos del contrato, así que a la mañana siguiente, sin encomendarme a nada ni a nadie, me puse en camino, tras la senda de la subsistencia. Tuve que consultar un callejero. Cogí un autobús que me desplazó hacia el sur de la ciudad. Allí tuve que caminar durante diez minutos hasta otra parada, donde cogí otro autobús (un autobús destartado y quejumbroso que ni siquiera era digno de su nombre: de hecho, los usuarios lo llamaban camioneta) que me llevó hasta la periferia y allí tuve que caminar durante quince minutos hasta llegar, preguntando, a la dirección que llevaba apuntada en una cartulina. Me encontré finalmente ante un bloque de pisos nuevos, como recién estrenados, pero de albañilería menor, marcados ya por las huellas de la desolación, y subí a la tercera planta. Llamé a la puerta y enseguida salió a abrirme una mujer, que me invitó a pasar. Eres el profesor de griego, dijo. Yo asentí y pasé. Me indicó un sillón de mimbre, junto a una mesa camilla, con brasero (no sé si he dicho que estábamos a mediados de noviembre), con un mapa de hule de España y Portugal, y preguntó si quería tomar una cerveza o un café. Al principio dije que no, pero tras una discreta vacilación acepté el café, para reponerme del viaje, una verdadera odisea, pensé con ironía, un verdadero descenso a los infiernos. Pues yo soy tu alumna, dijo la mujer cuando me hubo servido el café, un café solo, negro, espeso, sedimentario. Ella también se había puesto café, en una taza idéntica a la mía, y se sentó frente a mí. Era una mujer baja, ni guapa ni fea, yo calculé que de treinta y dos, treinta y tres años, con cierta dulzura en el semblante y con un vago aire de tristeza en los ojos, como resignada a una condición infeliz. Había dejado de estudiar a los dieciocho años, cuando estaba en *preu* (*preu* era el equivalente de lo que ahora llamáis *cou*: como veis, los programadores de la enseñanza son adictos a las úes; a esa insignificancia se reduce en estos tiempos la universidad: úes opacas; no, no sabía que ya tampoco hay *cou*), se había casado joven, tenía dos hijos (estaban en el colegio), su marido trabajaba en una fábrica de coches y había llegado el momento, y en eso estaba de acuerdo con su marido y con sus hijos, de no ser sólo ama de casa y de emprender los estudios abandonados hacía catorce o quince años. Alguna vez, de joven, se había imaginado licenciada en arte o en literatura y, aunque era otro ahora el propósito, el arte o la literatura seguían siendo su objetivo. Pero había dejado el *preu* con dos

asignaturas colgadas, la filosofía, que era sólo de estudiar, dijo, y el griego, que nunca había llegado a entender y del que había olvidado incluso el alfabeto. Por eso, ahora que quería seguir y volver al punto en que lo había dejado, necesitaba un profesor de griego. La historia me cautivó, así que enseguida empezamos a hacer planes y a trazar un programa. Necesitaríamos la sempiterna gramática de Berenguer Amenós y los ejercicios de la Hélade para recuperar los conocimientos remotos. Después nos acogeríamos a la *Ilíada* y la *Odisea*, más concretamente a la antología de la Sociedad Española de Estudios Clásicos que figuraba como texto de traducción oficial de *preu*, y el diccionario manual griego-español de José Manuel Pabón. El griego es engañoso, le dije, parece que se olvida por completo, pero en el momento en que uno vuelve a él rápidamente advierte que no ha olvidado tanto como pensaba. No es como el latín, le dije, que también es engañoso, porque uno cree que no ha olvidado mucho y cuando vuelve sobre él no da pie con bola. Hablamos de ciclismo y natación, de Heráclito y Parménides, de Aquiles y las tortugas, de morfología y sintaxis, de declinaciones y partículas, esos μέν, esos δέ o esos γάρ que, según ella, tan complicados e inútiles resultaban. No son inútiles, dije, son los soportes del discurso, las muletas del sentido. Ciertamente, en efecto, en primer lugar, por una parte, bromeé, son necesarios, etcétera. Al fin y al cabo, yo siempre estuve de acuerdo con nuestro profesor de lenguas clásicas. Dije muchas cosas, naturalmente, las suficientes e incluso más (recité, por ejemplo, el primer verso de la *Odisea*: ‘Ἄνδρα μοι ἔννεπε, Μοῦσα, πολύτροπον ὃς μάλα πολλά, un arma secreta de la memoria, háblame, musa, del astuto varón errabundo) para que la mujer advirtiera el nivel de mis conocimientos y se entusiasmara con un porvenir de grandeza intelectual inmediata y asequible. Acordamos los horarios sin dificultad: dos clases de hora y media por semana, los martes y los jueves, de once a doce y media, en el centro de la mañana, por los niños, porque tenía que llevarlos al colegio y recogerlos y darles de comer a mediodía (el marido comía en la fábrica) y volver a llevarlos y a recogerlos por la tarde, etcétera. Quedamos, pues, en tener el martes siguiente la primera clase seria y provechosa. Me despidió en la puerta y yo salí de allí con el ánimo encogido. Me maravillaba, por una parte, que una mujer como aquélla, con un marido y dos hijos (no sé si eran niños o niñas, o niño y niña), en

aquella atmósfera de plexiglás, que era la forma de una ilusión transparente, la expresión de una felicidad sintética y humilde, quisiera dedicarse a estudiar griego y licenciarse en arte o en literatura. Me fastidiaban, por otra, los cálculos ganancieros: considerando la mensualidad de las clases y descontando dos trayectos en autobús y otros dos en camioneta, más casi una hora de paseo entre autobús, camioneta y bloque, bloque, camioneta y autobús, a mí no me iba a compensar en nada un entretenimiento que me iba a llevar, en cambio, toda la mañana. Como además tendría que dedicarme al griego de un solo alumno, cada clase, aparte del transporte, me supondría un porcentaje de un quinientos por cien de hora lectiva. El acuerdo era, más que ruinoso, temerario. Pero tampoco me atrevía a telefonar y desdecirme de la palabra empeñada. Durante los cuatro días que faltaban para el martes anduve en el dilema: por una parte, imaginaba excusas para no aceptar la oferta y, por otra, preparaba la primera clase con todos sus pormenores, pues, en efecto, quería demostrar que, conmigo, el griego carecía de dificultades. Así pasaron el viernes, el sábado, el domingo y el lunes. Cuando llegó finalmente el martes, el primer martes, repetí el recorrido de la semana anterior, el autobús, el paseo de diez minutos, la camioneta, los quince minutos, hasta llegar por segunda vez al bloque de pisos nuevos y a la desolación original de su mezquina arquitectura, a la tercera planta y al timbre cuando apenas faltaban tres o cuatro minutos para las once. La mujer, que tal vez me había visto avanzar por el descampado desde la ventana, abrió con rapidez. Pasa, pasa, me dijo. Me invitó a sentarme en la mesa camilla y me ofreció (yo diría que más que ofrecerlo lo trajo directamente, sin consultar) un café solo. También ella se sirvió un café. Yo esperaba ver sobre la mesa la gramática de Berenguer Amenós y la Hélade y el diccionario manual y un cuaderno y hasta la antología de la *Ilíada* y la *Odisea* de la Sociedad Española de Estudios Clásicos, pero sólo estaban los cafés y un paquete de tabaco y un encendedor y un cenicero. ¿Empezamos?, dije apenas probé el primer sorbo de café. Tengo que hablar contigo, respondió la mujer con una gravedad que yo desde luego no esperaba. Y vas a tener que disculparme, añadió. La miré con algún desconcierto y me pareció advertir en ella los rasgos de una incertidumbre temblorosa y vencida. No vas a ser mi profesor de griego, dijo mirándose las manos. En cierto modo, para mí era una solución favorable, aunque no es lo

mismo ser rechazado que no aceptar. Quiso darme explicaciones, pero dije que no era necesario. De hecho, cada segundo que pasaba acrecentaba mi alivio. Pese a todo, la mujer insistió. Es por mi marido, dijo sin mirarme. Es muy celoso. Según parece, cuando le contó al marido que el profesor particular era un chico joven, más joven que ella (y que él), montó en cólera. El marido esperaba a un jubilado tal vez, o a un monstruo deforme, como una variación de Quasimodo, o a alguno de esos personajes ambiguos que el costumbrismo sitúa entre el afeminamiento o el celibato, no lo sé, lo cierto es que, cuando supo que el profesor de lenguas clásicas era un joven de veintitrés o veinticuatro años, se negó a aceptar el procedimiento pedagógico. Ha puesto una condición, dijo la mujer: que el profesor particular de griego sea profesora. La estoy buscando, añadió. Intenté quitar importancia al asunto, al menos en lo que a mí se refería, y desvié la conversación. ¿Es que no se fía de ti?, pregunté. No es que no se fíe, dijo, es que piensa que tres horas a la semana los dos solos tienen que desembocar necesariamente en lo que imagina. No se fía de mí entonces, dije. No, respondió, no se fía de un hombre y una mujer a solas. Cuando se acabó el café, me levanté para irme. ¿Más café?, preguntó. Entendí que era una forma de pedir perdón, de resolver amistosamente nuestro acuerdo, y, aunque yo no quería irme con descortesía, tampoco me apetecía seguir hablando y escuchando intimidades o miserias. No, dije, mejor me voy. La mujer me acompañó hasta la puerta y me dio la mano. Es una pena, dijo, podíamos haber hablado de muchas cosas y estoy segura de que habría aprendido mucho griego. Insistí en que no se preocupara. Entonces, sin soltarme la mano, me dio un beso en la mejilla. Adiós, dijo. Pero seguía sin soltar mi mano. Algo debió de cruzar de pronto por su mente, una luz fugaz, una ocurrencia traviesa. No sé. Entonces me miró y me dio otro beso, muy suave, con los ojos llorosos y el cuerpo estremecido. Yo me quedé inmóvil, perplejo, indeciso. Ven, dijo. Y, como quien es conducido con resignación al matadero, como quien se presta a un sacrificio inaplazable, caminé delante de mí, llevándome de la mano, hasta el dormitorio, donde entramos como dos adolescentes indefensos e inofensivos. A las doce y media me dio la mano por tercera y última vez en la puerta de la casa. Si hubieras sido mi profesor de griego, esto no hubiera ocurrido, dijo. Y me pidió un favor: que lo recordara siempre y que nunca lo contara. Se lo

prometí. Incluso hice un juego de palabras con la traducción de las partículas del jueves anterior: μέν, γάρ, δέ, y el marinero de la historia inmortal. Nunca te olvidaré, fue lo último que dijo. Salí de la casa y me encaminé hacia la camioneta. Durante todo el trayecto me bailó en la mente la imagen de la mujer, un rostro que se ofrecía con una tristeza infinita y con una melancolía inagotable a una acción imprevista. Creo que nunca me he sentido tan triste como entonces. No me vais a creer, pero cuando me senté en la camioneta, mientras iba recorriendo por cuarta y última vez aquellos desmontes, dando tumbos por aquellos descampados, sorteando los confines de la ciudad, iba llorando. Verecundor referens. Lo confieso con vergüenza. Las lágrimas no me dejaban ver con nitidez la miseria del paisaje ni la suciedad ingrata de tanta desventura. Los dioses destinaron a los míseros mortales a vivir en la tristeza, dice Aquiles. Pues tened por seguro que nunca me ha ocurrido nada tan triste, que de nada me he sentido tan culpable, que nada me ha procurado tantos remordimientos. Cada vez que me acuerdo de aquella mujer, todavía, al cabo de treinta y tantos años, se me hace un nudo en la garganta, me entra un extraño hormigueo y me suben de no sé dónde una compasión y una piedad inagotables, un sombrío desconsuelo. Por esa desazón lo cuento.

Corzo

Al llegar, nos encontramos con un paraje montuoso, lleno de bosque y abandonado de la mano de Dios y de los hombres, como si llevara años a merced del furor salvaje de la vegetación. La maleza había invadido todos los contornos de lo que, antaño, había sido una casa de campo, de modo que parecía que la naturaleza se había tragado literalmente el viejo edificio, una antigua construcción que, dada la solidez de sus materiales, había sobrevivido a los diversos empeños del hombre por destruir lo que otros hombres habían construido. En realidad nosotros llegamos allí sólo por casualidad, porque los caminos del azar son, como bien se sabe, tortuosos e inescrutables. El caso fue que un día nos llamaron por teléfono, nos preguntaron los nombres, los nombres de nuestros padres, los primeros, segundos, terceros y aun cuartos apellidos, los lugares de nacimiento de unos y otros, la fecha de fallecimiento de nuestros padres y un meticuloso sinfín de comprobaciones administrativas, antes de comunicarnos finalmente que habíamos heredado un pequeño territorio maldito en la espesura de Los Huranes. Según certificación del catastro, La Tebra era el nombre propio del lugar de la herencia. Había pertenecido a un tío nuestro, un tío lejano al que no conocíamos y del que no teníamos noticia alguna, ni siquiera noticia de su existencia, menos aún de sus propiedades, que, por lo demás, eran de fácil enumeración: un piso estándar en las afueras de Madrid, donde había vivido solo durante más de treinta años, hasta su muerte, que fue apacible, nos dijeron, y La Tebra, un ameno rinconcito en el corazón de Los Huranes. Así fue como un día, después de arreglar diversos trámites patrimoniales y más con espíritu de aventura que de legítimos herederos, decidimos acercarnos al lugar de Los Huranes del que, dadas las circunstancias, éramos nuevos propietarios. Compramos mapas del instituto geográfico nacional y nos pusimos en camino una mañana de julio. Llegamos sin ninguna dificultad a los

alrededores de nuestro destino y, cuando la cartografía turística dejó de ser eficaz, las distintas orientaciones que recabamos o que nos dieron tuvieron algún valor, porque nos encaminaron hacia nuestra recién heredada propiedad. Al cabo del tiempo, sin embargo, la excursión desembocó en una hosca y huraña extravagancia. Metimos el coche por senderos estrechos, por surcos de tierra, por claros del bosque, pero no lográbamos encontrar un camino definitivo. Habíamos preguntado sucesivamente por La Tebra a empleados de gasolineras emplazadas en el fin del mundo, por las que no parecía posible que pasaran coches, a camareros de bares de carretera que permanecían vacíos y desahuciados, con el ruido inútil del televisor encaramado en un rincón del techo, junto a cabezas de ciervo o aperos de caza o de labranza, a mujeres quemadas y esquivas con pañuelos oscuros en la cabeza, a hombres ennegrecidos que precedían a animales de carga, y las indicaciones eran cada vez más confusas y cada vez nos perdíamos más y nos adentrábamos más en la espesura de un laberinto inexpugnable. Unos y otros conocían el lugar, al menos de oídas, y lo identificaban fácilmente, aunque traducían siempre el nombre de La Tebra a lenguaje llano. Sí, nos decían, donde Corzo. Y enseguida nos advertían de las dificultades del acceso: caminos ciegos, sendas obstruidas, veredas trucas. Sólo Corzo conoce trochas, atajos y vericuetos, decían. ¿Y dónde encontraríamos a ese Corzo?, preguntábamos a unos y a otros. Eso nadie lo sabe, respondían. Seguimos, pues, avanzando, a ciegas, por caminos de tierra, por sendas enmarañadas, hasta que no tuvimos más remedio que dejar el coche, porque el camino, invadido de maleza, se había hecho demasiado estrecho. Nos bajamos, indagamos un poco alrededor y nos quedamos sin saber qué hacer, si seguir a pie o regresar y renunciar a la contemplación de nuestra propiedad, a la exploración y al reconocimiento de La Tebra. En dicho trance estábamos cuando apareció nuestro último samaritano. Era un hombre mayor, con el pelo gris rojizo, de ojos vivos e inmunes, que avanzaba con el aire receloso de una fiera vencida, cojeando ostensiblemente, como si clavara la pierna izquierda en el suelo e hiciera un recorrido circular de atrás adelante con la derecha, como un compás trazando semicírculos sucesivos, uno de esos hombres de campo, pensamos, enraizados con lealtad animal en una tierra de la que viven y a la que deben todas sus miserias y sus pesadumbres.

Estábamos al lado del coche, en el último ensanchamiento del camino, apenas todavía en la zona boscosa, en las primeras estribaciones vegetales de Los Huranes, cuando lo vimos acercarse. Hizo un saludo con la cabeza al llegar a nuestra altura y tuvimos la impresión, por sus movimientos, de que no pensaba detenerse. Entonces le explicamos nuestro rumbo y requerimos su orientación. ¿La Tebra?, preguntó. Se quedó un rato mirando a un lado y a otro, como si dudara en elegir el buen camino, nos miró luego largamente a nosotros y finalmente pareció que se decidía a hablar. ¿Donde Corzo?, dijo. No lo sabíamos. Todos nos hablan de ese Corzo, dijimos, pero no nos dicen nada más. El hombre hizo un gesto de reproche, como si hubiera algo imperdonable en lo que decíamos o en lo que nos habían dicho, o tal vez en lo que no nos habían dicho. ¿Quién es Corzo?, preguntamos entonces, pero el hombre no contestó, sólo se ratificó en su primera idea. Seguro que es donde Corzo, dijo. Le ofrecimos un cigarrillo, pero lo rechazó con amargura. Sigán andando, dijo, porque si han de encontrarlo lo encontrarán y si no han de encontrarlo, por más que lo busquen, no lo encontrarán. No dijo más. Hizo un ademán, tal vez de adiós, de desdén tal vez, y echó a andar camino abajo. Ni una sola vez se volvió para mirarnos, para proporcionarnos algún gesto de aliento. Se alejó lentamente, cojeando, trazando semicírculos sobre las cicatrices calizas del suelo, completamente ajeno a nuestra presencia y a nuestra perplejidad. Y, cuando finalmente desapareció, encendimos los cigarrillos y nos quedamos sin saber qué hacer ni qué decir, fumando desorientados y lanzando a un sitio y a otro miradas vacías, gestos vencidos. Luego, por inercia, desplegamos el mapa para fijar nuestra posición y decidir un rumbo más o menos seguro hacia el territorio de nuestro tío o tras las huellas de Corzo, pero pronto supimos (lo sabíamos ya) que, en el lugar en el que estábamos, el mapa no servía de nada. Apenas abandonáramos el camino y nos metiéramos entre la maleza, caminaríamos a la deriva, en la más absoluta ignorancia topográfica, de modo que decidimos hacer caso al hombre del pelo rojizo y caminar sin más. Si hemos de encontrarlo lo encontraremos, dijimos, parodiamos la ambigüedad bíblica del profeta rural, y si no hemos de encontrarlo lo buscaremos en vano. Nos reímos y echamos a andar con súbitas energías. Pronto abandonamos el camino definitivamente y nos zambullimos en la maleza. Ascendimos por parajes abruptos y

escarpados, a duras penas, entre la maraña vegetal del bosque, sin que nos sirviera nada de guía. Era como si no hubiera camino o como si el camino viniera determinado por la naturaleza. No pasábamos por donde queríamos, sino por donde podíamos, por donde la fragosa aspereza forestal nos abría un hueco. Las ramas nos golpeaban en la cara y a veces oíamos ruidos temerosos, de animales emboscados, de quién sabía qué tipo de fieras al acecho. Tan pronto empezábamos a bajar, guiados por los huecos de la espesura, y nos derrumbábamos por entre las grietas del bosque, cayendo torpemente por barrancos, despeñándonos por pendientes agudas, tajantes, encubiertas, hundiéndonos en pozos de lobo y demás trampas furtivas, como volvíamos a subir, a empezar una ascensión difícil y dolorosa y, lo que era peor, desprovista de sentido, sin rumbo, azarosa y gratuita. De cuando en cuando parábamos a descansar y a fumar un cigarrillo, y hacíamos conjeturas sobre el sentido de nuestros pasos y sobre nuestra forma de trazar círculos confusos e irregulares en torno a la heredad maldita de nuestro tío desconocido. Así desperdiciamos un tiempo interminable, dos, tres horas, subiendo y bajando por donde malamente podíamos, tal vez caminando en zigzag, más o menos en la dirección del ocaso. Llegó finalmente un momento en que la luz de la tarde empezó a menguar precipitadamente y en que se impuso como una necesidad inaplazable el regreso hacia el coche. Sólo entonces tuvimos conciencia de que nos habíamos perdido y de que a duras penas, y ni aun así, lograríamos llegar al campamento base, al coche, se entiende. De hecho, no llegamos. Dimos vueltas y más vueltas, recorrimos en sentido inverso el camino que creíamos haber recorrido previamente en dirección contraria, reconocimos a veces nuestras huellas, oquedades de la espesura por las que habíamos cruzado antes, cepos de densidad tropical, pero no conseguimos salir del laberinto. La noche, pues, se nos echó encima sin remedio. Por fortuna el verano es propicio a la intemperie y, salvo porque no teníamos nada que comer y porque no estábamos acostumbrados a los rigores de la maleza, no había mayores dificultades. Pese a todo, a solas, en un paraje inhóspito, no pudimos dejar de pensar en las noches invernales de las leyendas, con ventisca y oscuridad profunda y espíritus y alimañas. Pero superamos pronto las tentaciones de la soledad y en cierto momento, cuando la oscuridad hacía imposible determinar ninguna orientación ni latitud,

decidimos sentarnos en el suelo, apoyar la espalda en algún tronco o alguna roca y dejar transcurrir la lenta opacidad de las horas. Poco o nada acostumbrados a las incomodidades del monte, no dormimos en toda la noche. Pasamos el tiempo a ratos hablando y a ratos en silencio, fumando algún que otro cigarrillo, con cierta precaución, para evitar la ansiedad posterior, en el caso de que se nos acabara la provisión de tabaco, y hambrientos. La noche es misteriosa y profunda. La noche es una de las formas de lo infinito, tal vez la más inaccesible. La noche en el monte es un enigma indescifrable. La voz de la noche en el monte está llena de matices insondables y de rumores secretos. Así estuvimos: poéticos, filosóficos, fantasmales, amedrentados. Hasta que, al cabo de tan lenta e indistinta eternidad, poco a poco las primeras claridades difusas del amanecer se fueron abriendo paso y una leve sensación de frío nos hizo sentirnos inmóviles y derrotados. Y fue entonces cuando vimos abajo, como un desagravio de la aurora, la vieja construcción, un edificio en ruinas, sombrío, escondido, como al acecho. No debíamos de estar a más de cien metros de la casa. La Tebra, dijimos. Y nos disponíamos a bajar a toda prisa, y no sin cierta emoción, para contemplar de cerca nuestra propiedad cuando de pronto nos detuvo un rumor de ramas, unos pasos rotundos acercándose. Corzo, dijimos. Nos quedamos un momento en suspenso, mirando hacia el ruido y entonces apareció ante nosotros el mismo hombre de la tarde anterior. Se acercó con pintoresca agilidad, mirando seriamente, sin una sonrisa, sin un gesto de simpatía, con la mirada inexpresiva de un animal. ¿Han visto a Corzo?, preguntó. Negamos con la cabeza. ¿Vive ahí?, preguntamos. Diluyó la pregunta en un ademán ambiguo. Llevaba una cesta de mimbre en la mano. Y nos ofreció fruta. Hambrientos como estábamos, nos pareció un cuento oriental. Comimos higos y melocotones. Durante tan silvestre banquete el hombre no pronunció palabra: era un individuo decididamente parco. Permaneció de pie todo el tiempo, mirándonos indiferente, sin complacencia alguna. Cuando terminamos le ofrecimos un cigarrillo, pero rechazó el ofrecimiento, más aún, nos advirtió de la imprudencia de fumar en aquel sitio, el fuego es peligroso, dijo, así que tampoco nosotros fumamos: una forma de agradecer la fruta. Y cuando nos dispusimos a bajar hacia la casa, nos hizo otra advertencia. Yo no bajaría, dijo. ¿Por qué?, preguntamos. Pero no respondió. Y cuando

insistimos y pedimos explicaciones, se limitó a una aseveración escueta. Hace treinta años que no entra nadie en esa casa, dijo. ¿Por qué?, preguntamos de nuevo. Corzo está loco, dijo. Y entendimos que esa locura era una causa y una explicación. No quiere que nadie baje hasta la casa, añadió. Nunca permitiría a nadie entrar. Es una casa sagrada, dijo. Lo miramos con una incredulidad que no sólo no le pasó inadvertida sino que seguramente esperaba. Prueben si quieren, dijo, inténtenlo. Permanecemos largo rato indecisos, repartiendo la mirada entre la cesta de fruta, la casa y el hombre, sopesando la enigmática gravedad del desafío. El hombre seguía de pie, inmóvil, sin insinuar ademán alguno, ni de irse ni de quedarse. Preferíamos, por una parte, que se marchara, para poder bajar tranquilamente hasta la casa y curiosar, pero preferíamos, por otra parte, que se quedara, no tanto para poder salir con él del laberinto, que también, como para contar con alguna protección en el caso de que apareciera el arisco, temible y peligroso Corzo. ¿Vive ahí?, preguntamos entonces señalando a la casa. El hombre se hizo el distraído. ¿Quién?, preguntó. Corzo, dijimos. No, dijo, ahí no vive nadie desde hace treinta años, ni ha entrado nadie desde hace treinta años, ni siquiera Corzo. Guardó silencio y miró a la casa con gesto imperturbable. Corzo menos que nadie, añadió al cabo. Para entonces ya habíamos advertido la singular paradoja de que estábamos ante un hombre de pocas palabras que, sin embargo, tenía algo que contar, debatiéndose entre el deseo y el esfuerzo de contar. No sabíamos realmente qué hacer, si acosarle a preguntas o guardar silencio y dejarle ir dando rodeos, al ritmo, sin duda seguro, de su necesidad. Hicimos finalmente lo segundo. Mirábamos hacia la casa y comentábamos pormenores de su arquitectura y de su estado. ¿Pero eso es La Tebra?, preguntamos. Asintió con la cabeza. Corzo vivía ahí, dijo luego, al cabo de mucho tiempo. Vivió en esa misma casa muchos años, hasta la desgracia. ¿Qué desgracia?, preguntamos. Hizo un gesto amplio de la mano, un ademán indefinido, como abarcando la inmensidad sombría del bosque. Se apartó ligeramente a un lado, tres o cuatro pasos, y miró hacia abajo. Vengan, dijo, miren. Y por entre el boscaje, desde el nuevo emplazamiento, nos señaló las crestas de la casa. Era un caserón semiderruido, desangelado, que, sin duda, en otro tiempo tuvo un esplendor secreto, una majestuosa solidaridad vegetal. Sin embargo, en algunos puntos el tejado se había hundido y por

varias partes se advertían lenguas negras, huellas de un fuego antiguo. Por aquí, dijo. Y nos llevó, descendiendo por entre los matorrales, por una pequeña hondonada, hasta casi unos cincuenta o sesenta metros del edificio, que se veía abajo, misterioso y solitario, siniestro, amenazante. Aunque nuestro hombre cojeaba, por entre los matojos y las irregularidades del terreno y los ramajes y la maleza se movía con verdadera desenvoltura, casi con la destreza de un animal felino o, mejor, con la ferocidad nerviosa de un jabalí herido. Aquí, dijo. Y se quedó quieto en un punto, un pequeño saliente que se volcaba sobre la casa y sobre el fondo seco de la hondonada. Nos sentamos, porque había troncos como dispuestos al efecto, como si se tratara de un reducido balconcillo, un mirador en rústica, y en el suelo había restos de conversación, tierra batida, huellas, pisadas, cristales, añicos, incluso fragmentos pulidos de un bastón roto, labrado en el puño. Corzo nació en estos bosques, dijo el hombre. Se crió allá arriba, en la cima bronca. Señalaba a un punto que no podíamos ver. Su padre era furtivo. Vivieron muchos años en un chozo, allá arriba, hasta que el padre decidió irse a otras tierras, dicen que huyendo de un mal crimen, no es fácil saberlo. Corzo se fue con él, pero volvió pronto. Hace cuarenta y dos años que volvió. Vino a trabajar para el dueño de La Tebra. Corzo estaba entonces recién casado con una joven acostumbrada a las penalidades del bosque, a las adversidades del invierno y los rigores del verano. Se habían conocido en otros montes, adonde fue a parar el padre de Corzo cuando huyó de Los Huranes y adonde había ido a parar también la familia de la muchacha. Vinieron cuando se casaron e incluso puede decirse que se casaron para venir, porque Corzo quería vivir por su cuenta y no era cosa de dejar a la muchacha sola, abandonada y lejos, de modo que se casaron y apenas se casaron se vinieron para estas regiones profundas. Puede decirse que ése fue su viaje de novios, los diecisiete días que tardó en llegar, la travesía a caballo por valles y sierras, las paradas en ventas del camino, las noches de agosto a cielo raso. Fueron los diecisiete días más felices de la vida de Corzo. Luego llegaron aquí y se instalaron en La Tebra. El amo vivía en la ciudad y el trabajo de Corzo consistía en velar por la tierra, o sea, encerrarse en el bosque y cuidarlo y protegerlo. Aquí tuvo dos hijos, un hijo y una hija, que crecieron como pequeños animalillos, correteando por estas trochas, subiéndose a los árboles, llevando una vida

silvestre y feliz, como en el paraíso terrenal, porque nada hay más parecido al paraíso terrenal que un bosque como éste. Durante once años Corzo fue feliz aquí: con la mujer, con los hijos, con la casa, con la intrincada armonía de estos parajes. Pero la situación cambió de repente, porque la buena ventura nunca es duradera. Parece que alguien se interesó por la casa, un extranjero, alguien que había atesorado cantidades inagotables de dinero por procedimientos poco claros, dijeron, o alguien con mucho dinero que había cometido alguna fechoría grave, nunca se llegó a saber bien quién era el extranjero, ni siquiera si era realmente extranjero (aunque puede que sí, porque también el dueño tenía antecedentes extranjeros), o si tenía un pasado político o empresarial, pero desde luego alguien con un pasado oscuro y una filiación internacional, necesitaba desaparecer, perderse en algún lugar remoto. Se dijo luego que había ido a parar a algún punto inaccesible de la selva amazónica, entre aborígenes, en pleno corazón de la antropología, pero nadie ha podido saber nada. Parece, dijo, que ese extranjero, o lo que fuere, tuvo conocimiento de la aspereza de estos lugares y de la profundidad inexpugnable de La Tebra y, mediante no se sabe qué procedimiento, se puso en contacto con el dueño y le propuso una compra inmediata. Tampoco se sabe si vino el sujeto en persona o si utilizó intermediarios, lo que sí se sabe es que hizo una oferta disparatada, o tal vez no fuera disparatada la oferta y sólo ocurrió que el dueño de la casa y del bosque no sacaba ningún provecho de la propiedad y le pareció entonces succulenta la oferta. En cualquier caso, para pagar tal cantidad el extranjero ponía una condición: no quería ver a nadie por los alrededores. ¿Ni siquiera al guarda?, preguntó el dueño. Ni siquiera al guarda, respondió el extranjero o el emisario del extranjero. Y fue entonces cuando el amo, nuestro pariente, se presentó en la casa y le dijo a Corzo que tenía que irse buscando otro trabajo y otra vivienda e ir pensando en abandonar el paraíso. No le gustó nada a Corzo la situación. Después de vivir en el bosque durante varios años, de haber sido feliz en el bosque, no es que no tuviera otro sitio adonde ir, es que no quería ir a ningún otro sitio. Corzo estaba en el paraíso, apegado a la tierra en la que habían nacido sus hijos y en la que habían crecido. Nueve y siete años tenían, nueve la hija y siete el hijo. De modo que Corzo se negó a abandonar el bosque y a abandonar la casa. Entonces el dueño empezó a acosar a Corzo y a la mujer y

a los hijos. Primero dejó de pagar, aunque lo que pagaba era una miseria y a Corzo le servía de poco. Después cortó todo suministro e impidió la llegada de provisiones, como si fuera un asedio militar. Siguió sin pasar gran cosa, porque Corzo y su familia sabían abastecerse de productos del bosque, de caza, de frutos. El comprador metía prisa al dueño, porque necesitaba la casa de manera inmediata, y el dueño acosaba cada vez más a Corzo, hasta que el comprador dio un ultimátum: o tenía la casa libre en el plazo de un mes o se rompía el trato, y, como el dueño no pudo echar a Corzo de la casa en el plazo dado, el comprador desapareció sin dejar rastro. Se fue a tierras americanas, según dijeron. Pero esto no lo sabía Corzo entonces. De modo que, sintiéndose vencido, empezó a pensar en su porvenir. Dispuesto a abandonar La Tebra, se dedicó a subir todas las tardes al chozo de su infancia para acomodarlo. El amo, enfadado por el negocio perdido y ofuscado por la terquedad de Corzo, siguió asediando a la familia. Quería que se fueran a toda costa, ahora ya no para vender la casa, sino para vencer en la contienda. Y para no prolongar indefinidamente la discusión, una tarde, un atardecer, hizo lo que no tenía reparación. Aprovechando que Corzo andaba lejos, como todas las tardes, porque había ido al chozo, y tal vez pensando que tardaría en volver, porque lo había visto recorrer las trampas de los jabalíes, el amo decidió quemar La Tebra. No se sabe cómo lo hizo, pero lo hizo. La casa estalló en llamas un atardecer. Corzo vio el fuego desde el chozo y adivinó en el humo los signos de la venganza. Corrió entonces, voló más bien, atravesó la maleza como una saeta, sin reparar en rasguños, tropezones, caídas o accidentes, pero cuando llegó no pudo hacer nada. La casa ardía entera y el fuego se había extendido alrededor. Ni siquiera pudo llegar a la puerta. Sólo pudo contemplar con rabia cómo se consumía el paraíso y cómo se convertía en un infierno. Y cuando advirtió que la mala fortuna o la maldad del amo o ambas cosas a un tiempo quisieron que la mujer y los hijos estuvieran dentro de la casa y murieran abrasados, entonces ya supo definitivamente que nada hay más parecido al infierno que este bosque, dijo el hombre. Desde entonces Corzo ha vivido encerrado en la maleza. Como no se deja ver, cuentan que tiene cabellos largos y barba salvaje, como un náufrago en una isla desierta. Si alguien, muy de tarde en tarde, se interna en el bosque, Corzo le sale al paso y, si pretende acercarse a la casa, Corzo lo impide. Seguramente ahora

nos está vigilando desde algún sitio, apostado, como un cazador, porque anda siempre al acecho, no hace otra cosa que velar y vigilar, y, si intentáramos acercarnos a la casa, Corzo saldría para impedir la profanación de los sepulcros. Miramos en torno, no sin temor, preguntándonos detrás de qué matorrales se esconderían los ojos vigilantes y la infalible escopeta de Corzo, el fiero y sigiloso guardián de La Tebra. Naturalmente, no nos atrevimos a desafiarlo y optamos por regresar. El hombre nos guió en silencio por entre la maleza hasta los límites del bosque, si es que puede fijarse una línea de separación, o una frontera, entre el bosque y el campo, sobre todo en aquel paraje abrupto. Cuando llegamos al coche y nos volvimos para despedirnos, un adiós con la mano, un gesto con la cabeza, nuestro guía había desaparecido. Sin duda se había internado de nuevo en la maleza. Y ciertamente nos quedamos un punto desconcertados, sin saber qué hacer ni hacia dónde tirar. Estábamos también, tal vez, algo aturdidos, después de una noche irregular y de una mañana extraña, frutal e inverosímil.

Deshicimos los caminos de tierra sin apenas hablar, en parte porque el coche botaba en cada hoyo y se bamboleaba, como un animal indómito, en la irregularidad de los relejes, en parte porque nos habíamos quedado vacíos, literalmente sin habla. Al fin y al cabo habíamos planeado una excursión amena y estival y habíamos encontrado una aventura no sólo imprevista sino también acaso peligrosa. Tal vez pueda añadirse una razón más: la vergüenza. Huíamos. No habíamos estado a la altura que el trance requería. Podíamos alegar atenuantes en voz alta, pero por debajo retumbarían otras palabras: temor, miedo, cobardía. E incluso otras peores, más sucias, más soeces, pero con idéntico sentido. De ahí la vergüenza y de ahí, por tanto, el silencio. De ahí también que paráramos a tomar café en el primer bar de carretera que encontramos, que era el último en el que habíamos parado el día anterior: volvíamos a la realidad. En rigor, no habíamos desayunado, higos y melocotones no constituyen desayuno para nosotros, pero, más que la rutina alimentaria, buscábamos tierra firme, ecos de la civilización. ¿Encontraron a Corzo?, preguntó el camarero, el mismo joven que nos había servido cervezas y aceitunas unas horas antes. Se trataba sin duda de una pregunta simplemente educada, curiosa como mucho, porque lo único que el joven sabía de nosotros era que buscábamos La Tebra, pero no pudimos dejar de percibir un asomo de ironía en sus palabras. No, no, respondimos, con fingida desgana (la redundancia, a menudo, es una máscara), como si nos sorprendiera la pregunta, como si el nombre de Corzo apenas nos dijera nada o se hubiera borrado de nuestra mente. Nos engañábamos, sin embargo. No debía de haber malicia en la pregunta, porque el camarero se dedicó indiferente a sus asuntos cotidianos: mirar la televisión embobado. Por nuestra parte salimos con los cafés a una de las mesas que había fuera del bar, cuatro o cinco mesas de plástico azul y anuncios de cerveza bajo un apacible

emparrado. El café, el sosiego del lugar, la lentitud de la mañana, la policromía del sol y de la sombra en el suelo de pizarra y un segundo café fueron necesarios para ir apaciguando poco a poco nuestra muda turbación y nuestro oculto sonrojo. Fue entonces cuando, sobreponiéndonos, empezamos a glosar los pormenores de la noche, cada vez con más euforia, y a lamentar la tristísima historia del desventurado Corzo. Pasaba alguna furgoneta de tarde en tarde: se anunciaba con ruido de motor lejano que se prolongaba después interminablemente. Eso aparte, no había más movimiento que el de los pájaros y el de la brisa, un airecillo suave y agradable. Tal vez por eso decidimos comer allí mismo. Preguntamos al camarero, dijo que tenía jamón, queso de cabra, lomo de jabalí en aceite y guiso de venado, la especialidad de la casa, aclaró, pedimos un poco de todo, y vino fresco de pitarra, y nos dimos, con toda certeza, el mejor banquete que haya existido nunca en parte alguna. Nunca nadie habrá comido tan sabroso venado con tan recio coraje. En el entusiasmo de los sabores primitivos apenas si nos dimos cuenta del calor creciente del mediodía, del silencio de los pájaros o de que de una furgoneta bajó un viejo que nos examinó con detenimiento antes de entrar en el bar. Sin embargo, cuando nos acercamos a pedir más vino, fue el viejo el que trajo la botella. El mejor vino que tengo, dijo. A buenos alimentos, sentenció, buen vino mascariento. Protestamos con cortesía: que no era malo el que habíamos bebido, dijimos. Éste es mejor, dijo. El muchacho no sabe de vinos, añadió señalando hacia dentro. Ni de vinos ni de ninguna otra cosa. Nos quedamos en silencio, pero el viejo no se movió del sitio. Prueben, prueben, dijo. Y, en efecto, era mejor vino. Como en las bodas de Canaán, rió el viejo mientras se alejaba. Dimos cuenta, pues, del resto del banquete con el buen vino mascariento y así, repletos y pletóricos, alcanzamos la hora de la siesta. Entonces volvió el viejo con indecisa parsimonia. Traía unos vasos menudos y una botella de aguardiente. El mejor aguardiente, dijo: en bonanza y en maleza, aguardiente de proveza. Y nos sirvió con pulso seguro. Conque no han visto a Corzo, dijo. Pensamos que el muchacho le habría contado lo que conocía de nuestra historia: que la tarde anterior habíamos preguntado por La Tebra y que aquella mañana habíamos vuelto sin ver a Corzo. La insinuación, sin embargo, nos incomodó, nos amargó, al menos al pronto, el placer de los manjares campestres y del vino mascariento, porque nos

devolvía al sonrojo del bosque y al bochorno de nuestra flaqueza. Respondimos que no, en cualquier caso, por cortesía. Tampoco era en realidad una pregunta, sino la formulación de su inutilidad, porque el viejo conocía de antemano la respuesta. ¿Y han llegado hasta la Hebra? Nos miramos sin saber qué decir. ¿La Tebra?, preguntamos. Exactamente, dijo el viejo, la Hebra, la Tebra o como demonios se llame. Nos hemos perdido, le dijimos. Hemos dado vueltas y vueltas sin encontrarla. Qué raro, dijo. Y acercó una silla y se sentó. Qué raro, repitió. Se advertía que el ventero quería conversación, que el aguardiente era el aderezo de la charla y que ésta, ya fuera averiguación, ya soliloquio, iba a cumplirse. Hablaba con mucha parsimonia, apoyándose en leves y espaciados sorbos de aguardiente, como si antes de cada frase pensara con esmero lo que tenía que decir y, también, cómo decirlo, aunque a menudo enhebraba su relato con frases de apoyo en las que re incidía cansinamente, como en la cantilena de un rapsoda, por ejemplo, ante el arcano nombre de La Tebra, la machacona retahíla de la Hebra, la Tebra o como demonios se llame. Corzo es al fin y al cabo un pobre hombre, dijo. Viene por aquí de vez en cuando un señor muy leído, que hasta sabe latín, no les digo más, una eminencia, que dice que Corzo es un alma en pena, y no lo dice de broma, lo dice como si Corzo también hubiera muerto cuando el fuego arrasó la Hebra y hubiera seguido merodeando por aquí, es decir, por el bosque, defendiendo la rama dorada, dice. No deja de ser una historia triste, muy triste, pero al fin y al cabo no hay otro culpable que el propio Corzo. ¿Culpable?, preguntamos, ¿del fuego? Del fuego, sí, dijo el viejo, culpable. Sepan ustedes que en tiempos antiguos, hará lo menos doscientos o trescientos años, el dueño del bosque o al menos de la mayor parte del bosque era un extranjero, alguien que vino de lejos, y que en el centro mismo de la espesura se construyó una casa, y allí se encerró, en la Hebra, sí, eso es, la Tebra que ustedes dicen, que por aquí nadie sabe qué significa eso de la Tebra ni por qué la llamaron así y la verdad es que casi siempre hablamos de lo de Corzo, de donde Corzo. La cual Hebra, Tebra o como demonios se llame fue pasando de generación en generación hasta su último dueño, que ahora vive en Madrid, se fue de aquí hará treinta años, después del fuego. Ya antes de irse a Madrid tenía poco apego al bosque y a la casa: por eso vivía en la ciudad y por eso buscó un guarda. Fue entonces

cuando apareció Corzo. Nadie sabe de dónde salió ni cómo llegó aquí ni cómo se enteró del trabajo que había, lo cierto es que apareció y se hizo con el puesto de guarda. Era entonces un muchachillo, de diecisiete o dieciocho años, buen mozo. Lo acompañaba su mujer, una muchacha silenciosa. Se acababa de casar. O, al menos, eso aseguraba. Se dijo que por eso venía buscando trabajo, para establecerse en alguna parte. También se dijo que venía huyendo, que se había escapado con la muchacha (la muchacha no tendría más de quince años), que la había raptado y que el padre de la joven y los hermanos habían salido tras ellos a caballo, con perros y escopetas. Que por eso aceptó el trabajo en un lugar escondido e impenetrable. También se dijo que huía de un mal crimen, del que, sin embargo, nadie sabía contar los pormenores. Estas cosas nunca acaban de saberse. Si muchas veces no se sabe ni lo que ocurre delante de uno mismo, cómo se va a saber lo que ocurre en otra parte, en sitios que uno ni siquiera conoce o de los que ni siquiera ha oído hablar. Cómo sé yo ahora mismo lo que está haciendo el muchacho ahí dentro. Viendo la televisión, supongo, pero es sólo eso, una suposición. Si hubiera que contarlo habría que hacer cábalas y barajar. El caso es, como digo, que Corzo y la muchacha se asentaron en la Hebra y se hicieron muy bien a sus rigores y a sus soledades, como si formaran parte del bosque mismo. Gente montuna, a fin de cuentas. Todavía hay quien piensa que lo llamamos Corzo por eso, por vivir en el bosque y por el pelo rojizo, pero lo cierto es que se llama realmente así, o eso dicen, que se apellida Corzo. El nombre no lo sé. No lo he sabido nunca. Y no creo que haya alguien que lo sepa. Siempre le han llamado Corzo, su misma mujer le llamaba Corzo y Corzo le he llamado yo también siempre que lo he visto, que debe de ir ya para siete años que no lo veo. Tengan en cuenta que les hablo de cosas que ocurrieron hace muchos años, cuarenta, por lo menos, o más. Entonces yo también era un mozo y no tenía este mesón, porque entonces no había carretera ni había coches por estas tierras. Pues bien, Corzo tuvo una hija, que nació en el bosque, sin ayuda de nadie, porque Corzo no quiso, porque él conocía los misterios de la naturaleza y de la vida y de la muerte, dijo, y no necesitaba auxilio alguno. Después tuvo un hijo. No me acuerdo de los nombres, si es que los tuvieron, que no sé yo si llegaron a tenerlos ni si se bautizaron. Tampoco he sabido nunca el nombre de la muchacha. En el

bosque todos eran Corzo, la mujer de Corzo, la hija de Corzo, el hijo de Corzo, o la Corza y los Corcinos. Yo me digo que no tuvieron nombre propio, porque no lo necesitaban, porque los animales viven sin nombres. Para mí que los muchachos no se bautizaron, que Corzo conocería todos los misterios de la naturaleza, pero no cabían en su cabeza los misterios sobrenaturales. Incluso se aseguró que ni siquiera conocía tan bien como creía los misterios de la naturaleza, porque, según se dijo, algo salió mal cuando nació el Corcino, o algo hizo mal el propio Corzo, porque la muchacha ya no tuvo más hijos, que no pudo tener más hijos. En esos años Corzo bajaba al pueblo cada cierto tiempo, a rendir cuentas al amo, a recibir órdenes, a cobrar su jornal, a comprar provisiones. Más de una vez y más de dos le he visto cargar sacos en las mulas, pero nunca le he visto tomarse un chato en la taberna. Apenas hablaba con nadie, salvo con el amo. Ya entonces era extraño, como huyendo siempre de la gente y de la compañía. A veces bajaba con él a los niños, de mala gana, dicen, por decisión de la madre, para que vieran algo más que el bosque. Con todo, nadie oyó nunca hablar a los niños. Se decía con malicia que no sabían hablar, que eran como animalitos, que apenas conocían algunas palabras: pan, bellota, venado, tormenta. Y que no eran palabras, sino berridos, bramidos, aullidos, rugidos, cada uno lo llama como se le antoja, voces animales. No creo que fuera cierto. Me digo yo que, criados en el bosque, siempre solos, se entendían con pocas palabras y que los extraños, que éramos nosotros, les imponíamos un tanto de respeto, que desconfiaban de nosotros lo mismo que los animales desconfían del cazador. Seguro que les dábamos más miedo que un jabalí enfurecido entre los árboles. Pero no creo que fueran en verdad como animales. Así estuvieron las cosas durante varios años, hasta que, vayan ustedes a saber por qué, el campo se empezó a poner de moda, la gente que había abandonado los pueblos empezó a volver, no para quedarse, sino para pasar temporadas, para arreglar las casas viejas, para recuperar el patrimonio, como dice la televisión. Entonces fue cuando abrí este mesón: venía la gente, pasaban coches, en fin, los tiempos estaban cambiando. Ustedes llevan por aquí sólo un par de días, y no completos, pero ya habrán visto que esta tierra es agradecida. Así fue como vinieron también gentes que le vieron las vueltas al negocio, con la caza en invierno y con los ríos y las gargantas y los arroyos

en verano. Entre los que vinieron explorando el terreno hubo un individuo con acento extranjero que quería comprar la Hebra. El negocio era la caza y para ello necesitaba la casa. En la casa sería donde se reunirían las partidas de cazadores, donde comerían, donde dormirían. Para ello necesitaba algunos arreglos, hacer más cuartos, poner comodidades. Como el dueño no tenía mayor afición ni a la casa ni a la caza ni al bosque, vio en ello un motivo de tranquilidad, se libraba de preocupaciones, aunque tampoco eran muchas las preocupaciones que la Hebra le ocasionaba, sólo tratar de vez en cuando con Corzo, así que aceptó con gusto la propuesta. Al que no le gustó nada fue a Corzo. Dicen que porque tenía que abandonar la casa, pero yo creo que no, yo creo que quería el bosque para él solo, que no quería ver a gente caprichosa invadiendo los lugares que tenía por suyos. El empresario, que dicen que era alemán, quería que alguien se ocupara de mantener y de cuidar la casa, y nadie mejor que Corzo y la mujer de Corzo para ese menester. Bien es verdad que no podría vivir en la Hebra como dueño y señor, que era lo que había hecho hasta la fecha, que sólo podría ocupar a su antojo la cabaña del guarda, una casilla desguarnecida que el mismo Corzo estaba utilizando como cuadra para las mulas. El nuevo dueño no quería que convivieran sus invitados o sus clientes con los rústicos y criados y eso se puede comprender. Y dicen que Corzo no aceptaba esa servidumbre, que no ser libre en el bosque era para Corzo la mayor de las incongruencias, que no se avenía a razones y que no quedaba por tanto más remedio que despedirlo, expulsarlo del bosque, que sería como arrojar a Adán y Eva del paraíso. Su obstinación lo perdió. Ninguna de las soluciones era buena: si Corzo se quedaba en la cabaña no se podía contar con que atendiera a sus nuevas obligaciones y si lo despedían no se podía contar con que abandonara de hecho el bosque y no se dedicara a entorpecer los designios del comprador. Como les digo, yo creo que si Corzo hubiera podido quedarse solo en el bosque viviendo en la cabaña lo hubiera aceptado. No le importaban las comodidades, lo que no quería era intrusos. Por eso creo que en el momento en que se habló de compraventa se firmó un pacto con el diablo. Lo demás fue sólo consecuencia de ese trato. Y así las cosas, el dueño de la Hebra deseando vender, el comprador indeciso ante el problema que le suponía el guarda y Corzo empeñado en seguir como había estado hasta entonces, la situación se

prolongó durante algún tiempo. Finalmente el comprador decidió que compraría la Hebra en el momento en que Corzo la abandonara y exigió que el abandono fuera inmediato, diez días, quince, veinte días, un plazo fijo. Que de lo contrario abandonaba el proyecto. El dueño de la Hebra decidió hablar con Corzo y razonar. Fue así como volvió a la Hebra, decían que llevaba once años sin poner los pies en ella, desde que llegó Corzo. Se reunieron amo y guarda y hablaron y no se entendieron y diz que discutieron. Podías seguir aquí a tus anchas, haber seguido aquí, digo, le dijo el amo a Corzo, con nuevos amos, guiando las partidas de caza, siendo el verdadero amo y señor del bosque. Sólo se te ponía la condición de la cabaña y ahora ya ni eso va a poder ser. No quieren verte en estos contornos. Compran la Hebra si te vas, Corzo, le dijo. Ya ni siquiera te dejan la cabaña. En fin, así debieron de estar hasta que no tuvieron nada más que decir. Ya no era cosa de acordar nada. La sentencia estaba ya dictada. Hale, ya ésta es, como dice el dicho. Aquella misma tarde ardió la Hebra. El dueño vio las llamas desde lejos, cuando el caballo hizo un extraño. Casi me caigo, dijo luego. Al pronto pensó volver, intentar apagar el fuego, buscar algún remedio, pero cambió de idea. Eso era cosa de Corzo, dijo, un ataque de rabia, y siendo así no me iba a dejar intervenir y a lo mejor terminábamos a tiros. Corzo había decidido que si no era para él no era para nadie y había prendido fuego al edificio. Cómo lo hizo, nadie lo sabe. Cómo se produjo la desgracia, menos aún. Lo más probable es que la muchacha no compartiera la sinrazón de Corzo, que intentara poner remedio a su locura, que tratara de apagar lo que Corzo iba quemando y encendiendo. Pudo ocurrir que Corzo aprovechara la ausencia de la mujer y de los hijos para quemar la casa y que cuando éstos acudieron quisieran apagar el fuego o salvar alguna de las pertenencias del interior. No podemos saber qué pasó ni cómo pasó. Si no puedo saber qué está pasando ahora mismo ahí dentro en el mesón, cómo voy a saber lo que ocurrió hace treinta años en la Hebra. Lo único cierto, señores, es que la mujer murió y que los hijos murieron. Lo que no creo, en contra de lo que algunos piensan, es que Corzo quisiera que murieran, que los encerrara a propósito en la casa y se encerrara él con ellos para poner fin a todo, para acabar con todo para siempre. Creo que Corzo es culpable de las muertes, pero no creo que lo hiciera a propio intento. La prueba es que aquella misma noche recorrió el

bosque dando alaridos que se oían desde lejos, unos aullidos angustiosos y exaltados, de animal acorralado. Otros piensan, sin embargo, que los gritos prueban lo contrario, que no eran sólo alaridos de dolor, sino también de culpa y de remordimiento y de penitencia y de fracaso, por seguir vivo. Vayan ustedes a saber. Desde entonces no ha salido del bosque nunca más. Ahí vive, solo, sin nadie, como un animal malherido, dicen que en la cabaña, o en lo que queda de cabaña, que se quemó también. Naturalmente la casa ya no se vendió, nadie compra una casa en la que se han abrasado tres personas, el alemán desapareció y el mismo dueño se fue poco después a vivir a Madrid y desapareció. No quería saber nada de la Hebra ni de las desgracias que había traído consigo. Por querer librarme de cuidados, dijo, ahora voy a tener una pena sin fin. Debe de estar ya muy mayor el hombre, nunca más se ha vuelto a saber nada de él. Desde entonces el bosque ha quedado maldito. Nadie ha vuelto a cazar en él y si alguien se adentra en su interior por alguna necesidad, tras un animal extraviado, por ejemplo, procura no encontrarse con Corzo o evitarlo si lo encuentra. Dicen que el peso de su soledad y de su culpa es tan fuerte que a veces sale a los caminos y cuando encuentra a alguien lo conduce hasta las inmediaciones de la casa, sin dejarles acercarse, y, para aplacar el dolor o para apagar el remordimiento, desde un sitio que ha preparado a propósito cuenta sin parar la historia de su desventura, una historia, dicen, en la que él es la víctima inocente de la maldad del dueño de la Hebra, Tebra o como demonios se llame. Eso han contado, aquí mismo, más de una vez, algunos cazadores furtivos, algunos montañeros, algunos forasteros extraviados. Me cuesta creer que eso sea así, dijo llenando por última vez los vasos de aguardiente.

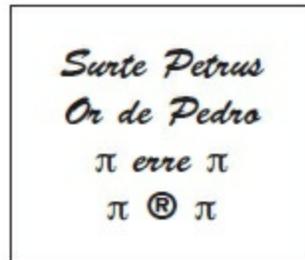
Aquiles y la tortuga

Acaso los siervos obréis solos acá.

SAÚL OLÚAS

No hay fracaso más oscuro y doloroso, dijo Saúl Olúas, que el que se esconde tras los éxitos extraños, tras los disfraces de la fortuna lisonjera. Estábamos en la tertulia de los jueves, en la cafetería de siempre, en el rincón de siempre y a la hora de siempre, en torno al magisterio y la sabiduría de Saúl Olúas, cuando alguien dejó caer una pregunta incómoda, casi como una acusación, a saber: por qué Saúl Olúas, tan contrario a las distinciones públicas y a los reconocimientos de laurel y placa o escultura, que son, según sus palabras, gloria vana y honor efímero, verduras de las eras, cuando no sainete, vodevil y demagogia, no sólo había aceptado una condecoración oficial sino, para mayor escarnio, de rango secundario o autonómico. Vanidad de vanidades, dijo Olúas con acento grave y abatido, como si admitiera su flaqueza. Como Olúas nos merece un respeto insobornable, se hizo un silencio frío, denso, de ceniza, y miramos al inquisidor con ojos afilados, con subrayado enojo, pero entonces Saúl Olúas enunció su paradoja sobre el fracaso del éxito o el éxito del fracaso y nos quedamos aún más desconcertados que con la pregunta que la había provocado. Quisimos, pues, unos y otros que se explicara e iluminara con razonamientos el sentido oscuro, o por lo menos confuso, de sus palabras y pareció que iba a hacernos caso y a desarrollar, por tanto, alguna de sus desconcertantes teorías, eso que algún crítico ilustre ha llamado con ironía y malevolencia la razón fonética de Olúas, pero, en contra de nuestra suposición primera, empezó a hablar de las medallas. Acepté la medalla al mérito literario, dijo, y acudí a los llamados actos institucionales, no menos institucionales por más autonómicos y viceversa, por una sola razón: para ver a Petrus, para pasar un par de días con Petrus, tal vez para cenar una noche con Petrus, los dos solos, y conocer en primera persona el relato de su historia, para hablar, en fin, en larga y

pausada sobremesa, después de tantos años, con mi viejo y remoto amigo Petrus. Y aunque sea una razón menor, de calendario, sonrió con picardía, también la fecha me predispuso, no puedo negarlo: 29 de junio, día de la celebración, las pompas y los honores. Todo esto te daré si postrándote me adoras. Sacó del chambergo un paquete envuelto en papel de oro mate y lo dejó sobre la mesa: un regalo, pensamos, un libro de bolsillo, tal vez una caja rectangular de tamaño B6 con la medalla al mérito, o una pequeña placa conmemorativa del magno y áulico acontecimiento. En el envoltorio, como si fuera una dirección postal, destacaba la ocurrencia de un experimento tal vez abandonado, los trazos gruesos de un rotulador rojo y la caligrafía de Olúas.



La medalla no me produjo ninguna satisfacción, añadió Olúas, ninguna emoción secundaria, ninguna vanidad adicional. Ni siquiera pensé, como corresponde a los reconocimientos de la edad, que comenzaba o se aceleraba mi declive, porque, como decía mi antiguo profesor de lenguas clásicas, del que ya me habéis oído contar alguna que otra anécdota, no somos otra cosa que una lenta e inexorable declinación. Hay galardones que no vienen cuando se necesitan y que, cuando al fin vienen, son tan innecesarios como redundantes, de modo que me desentendí del dichoso asunto de la medalla y me olvidé, y bien creo que no lo hubiera vuelto a recordar ni a tener en cuenta si no hubiera sabido en el último momento, cuando llegaron las invitaciones oficiales, que en el mismo lote honorífico iba incluido mi antiguo amigo Petrus. No sé si sabéis que estas medallas al mérito tienen varias categorías: al mérito literario, que es el que a mí se me atribuye, al mérito empresarial, al mérito científico, al mérito deportivo, al mérito artístico, la música, la pintura, la danza, en fin, todo ese saldo de honor en rebajas que por desgracia tanto atrae y por fortuna tan poco interesa a las instituciones públicas. Pues bien, a Petrus le han concedido la medalla al mérito empresarial, distinción que me

resultaba completamente inconcebible, algo fuera de lugar, como un resquebrajamiento en la armonía del universo. Yo conocí a Petrus en preuniversitario, en el instituto Avellaneda, donde compartimos pupitre y nos hicimos amigos, aunque podría decirse que nos habíamos conocido algunos meses antes, antes de conocernos en persona, quiero decir, por mediación del profesor de lenguas clásicas que yo tuve durante todo el bachillerato, aquí en Madrid, y que Petrus sólo tuvo un año, cuando vino de su tierra para estudiar precisamente el curso preuniversitario. Nos vimos mucho ese año, en el instituto y fuera del instituto, en mi casa, en su guarida de estudiante, un ínfimo cuartucho en la calle del Olivar, y en los inagotables triángulos y laberintos de Madrid. Aunque menos, porque estudiamos materias distintas y en distintas facultades, lo traté también en nuestra época universitaria. Después se fue a Alemania y lo perdí de vista y ya no supe nada cierto de él nunca más, nada *lógico*, podría decir (*lógico*: con doble y travieso subrayado), o al menos eso creía, hasta que me llegó el programa de actos de las medallas y me encontré de manera tan imprevista con su nombre, con mi lejano y remoto, remotísimo amigo Petrus. Saúl Olúas hizo una pausa, tal vez para ver si nos interesaba la historia, tal vez para encauzar el relato en la mejor dirección. Petrus no se llama Petrus, siguió enseguida. Fue el profesor de lenguas clásicas quien lo llamó Petrus, porque era especialmente hábil en el manejo de la flexión nominal latina: de ahí el nombre. Tu es Petrus et super hanc petram et coetera, pontificaba grandilocuente el profesor. El nombre de una carencia, decía Petrus en broma. Suspendió Olúas un momento el discurso, como si se remontara a otros tiempos y evocara con dificultad, con los ojos entrecerrados, alguna vieja circunstancia. Tenía en verdad habilidades bautismales, dijo al cabo de un rato, como saliendo del paréntesis, y no sé si también premonitorias. A mí mismo me hizo ver la grandeza fonética de mi nombre reversible (no la reversibilidad, quiero decir, sino su grandeza) y también en eso había, según creo, premonición. Determinismo onomástico, imagino. Después, tras una pausa vacía, continuó. Petrus se llama Pedro, dijo, Pedro Enrique, Enrique es apellido. Calló de nuevo, pero no para modular el tono de la historia, sino al advertir nuestra reacción. Aunque no forma parte de nuestro campo de aficiones ni de nuestra preferencia informativa (somos de los que nos saltamos las páginas de

economía de los periódicos), sí tenemos cierta idea sobre la persona y la actividad de Pedro Enrique, su nombre en algún titular, las siglas de su imperio, el milagro de su expansión internacional, su cuantiosa fortuna, su vida retirada, etcétera. No sabía, dijo, que os importara tanto la textilera, pero, siendo así, y aunque sólo sea por contraste, ha de interesaros mucho más lo que voy a contar. Vosotros tenéis, por lo que oigo, noticias de Pedro Enrique, no sé si muchas o pocas, pero no conocéis a Petrus, y, si su biografía tiene algún aliciente no ya literario, sino humano, es precisamente el relato (literario, esto es, humano) de cómo Petrus se convirtió en Pedro Enrique, de cómo desanduvo el camino y regresó al primer y primitivo Pedro Enrique. Pues, en resumidas cuentas, Petrus es personificación de la más desdichada paradoja, a saber: que nunca se deja de ser lo que se ha sido y que siempre se es lo que nunca se ha llegado a ser. Eso es Petrus. Y fue entonces cuando empezó la narración de la verdadera historia de Pedro Enrique o, para Olúas, Petrus, siempre, y por siempre, y sobre todo, Petrus. Los preliminares, antes del curso preuniversitario, continuó Olúas cuando advirtió nuestra impaciencia, me los contó el profesor de lenguas clásicas y me los contó después también, más de una vez y más de dos, el propio Petrus, y, como yo mismo los he recordado después y revisado y revivido a cuenta de la medalla, puede decirse que los conozco de primera, de segunda y aun de tercera mano, lo que significa no que no vaya a saber distinguir mejor o peor entre la realidad y la imaginación, donde, como sabéis, el relator es soberano, sino que se habrán mezclado en el relato todas las fuentes de información. En cualquier caso, puede y debe afirmarse que no era la historia de una rebeldía, sino de una vocación. Así pues, continuó, si son compatibles las distintas perspectivas del relato, debéis creer que nadie destacó tanto durante los años de bachillerato como Pedro Enrique, un muchacho alto, guapo, atlético y, además, inteligente, una de esas escasas excepciones que muy de tarde en tarde nos conceden los dioses para que no olvidemos las abstracciones de la perfección. Petrus brillaba sobremanera en todas las materias, literatura y matemáticas, física y gimnasia, dibujo y biología. Parecía un muchacho tímido, y lo era, pero nunca se refugiaba en su silencio, tal vez porque el sentido de la obediencia y del deber se imponía en él a los impulsos pasivos del carácter, tal vez para cultivar su propio ideal de perfección. Lo cierto es,

pues, que intervenía en clase, con educación, pero con tenacidad, siempre que lo consideraba determinante para la comprensión objetiva del asunto como esencial para el mejor provecho del entendimiento. Obtenía, por lo demás, muy buenas notas, esa extraña aberración de la pedagogía: no sólo estaba instalado en el sobresaliente, que es la calificación oficial con que el sistema premia, señala y tilda a los alumnos aventajados, sino que, como parergon y para evitar cualquier asomo de paralipomenon, brillaba con matrículas y honores. Nunca tuvo dificultades con ninguna asignatura, por muy árida o enojosa que pudiera resultar, ni con ningún profesor, por muy inepto o exigente o paranoico o neurasténico que fuera, ni con los compañeros, que envidiaban más o menos secretamente su capacidad, ni con las compañeras, que lo admiraban sin disimulo y lo cortejaban y asediaban con los más simples y manifiestos artificios de la seducción. A la vista de su conducta y de sus circunstancias, cualquiera hubiera pensado que se trataba de un muchacho predispuesto para la felicidad, señalado por los dioses y la fortuna para el disfrute de una felicidad fácil, dócil, fluida, no como producto de las apetencias satisfechas, sino desde el punto de partida, una felicidad instintiva, casi animal, o edénica, sin renuncias, sin fatigas, sin esfuerzos, un muchacho mimado por el destino, escogido de entre las miserias de la condición humana para disponer, como decía antes, de un modelo de perfección. Un paradigma de lo sublime, subrayó. Sin embargo, sus problemas empezaron pronto, también de manera fortuita, sin funestos augurios ni presagios ominosos, y no fue porque no se resignara a su condición, sino porque ésta no estaba aún determinada. Ocurrió precisamente en el último curso de bachillerato, cuando en clase de filosofía una frase del libro de texto se le quedó bailando en la cabeza durante más de una semana, más de un mes, más de un trimestre. Dejadme que la piense, porque todavía la guardo en la memoria. A la manera, recitó Olúas, como la araña desde el centro de su tela siente apenas una mosca está destruyendo alguno de los hilos de ella, y hacia allá corre velozmente cual si le doliera lo que al hilo le pasa, de parecida manera el alma del hombre fluye apresurada hacia aquella parte del cuerpo que haya sido herida, cual si no pudiera soportar semejante lesión en un cuerpo con el que tan firme y proporcionalmente se halla unida. Ésa era la frase, dijo, y entre paréntesis se informaba de su procedencia: fragmento sexagésimo

séptimo de Heráclito, traducción de Juan David García Bacca. Yo también estudié filosofía en aquel libro de texto, alargó Olúas durante un momento la añoranza. La recuerdo mejor por eso, aunque no por eso la aprendí. La leyó, como digo, en el libro de texto, en uno de los primeros días del curso, en una anotación literalmente marginal, que los libros de entonces colocaban al final de la lección, como breves antologías, y que ahora, según he podido comprobar, colocan en los márgenes, en colores, con técnica periodística de fijación aprobada por los nuevos pontífices de la pedagogía, en lo que no llaman lecciones sino unidades didácticas. No se trataba sino de un ejemplo del pensamiento presocrático, pero a Petrus la frase le pareció inmensa, profunda, poética: comprensible, pero imposible de explicar. Siento aborrecimiento personal y antigua antipatía por la palabra *inefable*, dijo Olúas, pero reconozco que a veces sólo lo inefable, lo que no puede rebajarse a palabras, tiene verdadera energía intelectual, suficiente en cualquier caso para que Saulo, hizo una leve pausa, puntos suspensivos con pícara sonrisa, caiga del caballo una y otra vez. La frase, siguió, contenía al hombre, pero el hombre no poseía un lenguaje para explicar la frase, pensó Petrus. Petrus tenía sin duda un cerebro dispuesto para la abstracción, de hecho había seguido siempre los cursos de ciencias, cuando había tenido que elegir asignaturas había elegido siempre las llamadas de ciencias, más aún, las llamadas ciencias puras, y se esperaba de él un porvenir intelectualmente puro, exacto, pero al mismo tiempo de riguroso pragmatismo científico, relacionado con aviones, o con caminos y canales y puertos y puentes y pantanos, o con edificios, es decir, ingenierías, arquitectura, física nuclear, telecomunicaciones. La frase presocrática, sin embargo, vino a interponerse en el camino del muchacho. Alguien socialmente predestinado al futuro y al progreso y a los prodigios de la técnica era de repente lanzado con violento e impetuoso impulso hacia el pasado y la antigüedad y el pensamiento teórico por unas cuantas palabras ejemplares. Y cabe decir que pasó el resto del curso estudiando por igual todas las asignaturas, pero enfebrecido con la elaboración de su propio pensamiento en torno al pensamiento presocrático. Se volcó en el estudio del libro de texto de filosofía con una vehemencia que, si no era en él desconocida como fórmula, sí lo era al menos como pasión. Siempre había estudiado con entrega, con pulcritud, con aprovechamiento,

pero ahora estudiaba con obstinada pasión, enfurecido por la atormentada lucidez que se apoderaba del inagotable discurso de su cerebro. Cuando llegó la primavera y los alumnos organizaron durante la semana santa un viaje de estudios, que era más bien un viaje de recreo y de esparcimiento y de noches traviesas y de alcoholes clandestinos, él, que no se privó en modo alguno de la diversión solidaria de los compañeros, aprovechó también una parada previa en Madrid para acercarse a una librería de la calle de San Bernardo (quedaban todavía en San Bernardo tres o cuatro librerías universitarias) y comprar un libro, un solo libro, el primer libro que compraba en su vida por propia voluntad (sus padres le habían comprado siempre los libros, libros infantiles de la época primero, pocos y malos en aquellos tiempos, propaganda moral en cataplasmas, y libros de texto después, no había más, los profesores imponían acaso fragmentos de lecturas literarias como el *Quijote* o la *Celestina* o las coplas de Manrique, aquellas memorables antologías de Guillermo Díaz-Plaja, pero no se leían obras completas, muchas además estaban prohibidas, eran tiempos sin libros, tiempo de florilegios, décadas cartularias), y ese libro que compró sin saber que existía, porque era sólo el producto de una cita del libro de filosofía escolar fue *Los presocráticos*, una traducción de textos filosóficos griegos llevada a cabo, como os he dicho, por el profesor Juan David García Bacca y editada en México a mediados de los cuarenta: breviario en rústica de 400 páginas y 11 × 17, pero tesero inagotable. Con ese libro viajó, durante la excursión, creo recordar que a Ibiza o a Palma de Mallorca, que ya entonces empezaban a ser destino de las primeras aventuras escolares de Pascua, aunque no todavía ese hervidero de enjambres de alumnos de entre catorce y dieciocho años arrasando las tardes y las noches baleares al mando de profesores entusiastas, o jovenetos, o inexpertos. Durante la lenta y navegante travesía transmediterránea leyó Petrus y releyó y apuró palabra por palabra los escritos presocráticos, que, en su fragmentaria vastedad de añicos y de esquirlas, se le antojaban fibras de un tejido interrumpido o tal vez ruinas dispersas de un conocimiento sólido. Los textos presocráticos son a la filosofía como las ruinas de la Grecia actual al mundo occidental, pensaba, las ruinas de una civilización que ha prevalecido contra viento y marea. Media frase de Heráclito es como una columna rota de un templo de

Artemisa. Así como sobre la columna decapitada no se sostiene hoy el templo, pero sí se sostiene la arquitectura occidental, así también una frase rota de Heráclito o Parménides no sostiene nada más que vagamente el pensamiento de sus autores, pero fundamenta los sólidos muros y el edificio entero del saber del mundo. En torno a estos pensamientos giró y viró la mente de Petrus en el viaje de estudios. Volvía de las diversiones comunes con sus compañeros, pues no debéis pensar que Petrus fuera insulso o retraído, no, era normal, y, mientras los demás se dejaban caer sobre las camas sin desvestirse, ebrios o agotados, y se quedaban dormidos durante horas, hasta mediodía, él se tumbaba con la intención de dormir, pero se desvelaba apenas desaparecían las primeras nubes del aturdimiento y cogía el libro de García Bacca y se sentaba en la taza del váter y leía un fragmento y otro fragmento, y aprendía su musicalidad semántica y su ritmo formal y su arcana fortaleza. Fue una de esas mañanas, en una aurora balear e incluso boreal, si nos acogemos al vaticinio frío, crudo e invernal de los vientos del norte, cuando tomó una decisión concluyente: no iba a estudiar ninguna ingeniería, ni arquitectura, ni medicina, sino filosofía, filosofía pura. Cambiaba una pureza por otra, la pureza impura de la materia por la pureza pura y definitiva del pensamiento. No toda la gente puede saber con certeza cuáles han sido los momentos cruciales de su vida, los que han señalado su inexorable porvenir. Petrus sí. No podría decidir con exactitud el día concreto, pero sí el mes, el año y la situación, a saber, el mes de octubre, en clase de filosofía, cuando leyó la frase de Heráclito, y el mes de abril, en un hotel de Ibiza o Palma de Mallorca (conste que la incertidumbre geográfica es sólo mía), en el cuarto de baño, al amanecer, durante uno de los días de la semana santa, tal vez el miércoles, el día de Mercurio, que en cuanto Hermes es heraldo y mensajero de los dioses, raíz de la hermenéutica, y en cuanto Mercurio es dios del comercio, de la elocuencia y, valga decirlo, de los ladrones (entended la conjetura como aportación del relator). No cabe mayor precisión y los motivos son varios: por una parte, los puramente intelectuales, o sea, la interminable energía de la luz de la razón y su peso sobre la conciencia; por otra, las dificultades de la decisión, los peligros de la determinación. Tampoco cabe, sin embargo, más ambiguo oráculo, dijo Olúas e hizo una pausa, como unos puntos suspensivos subrayando la

oscuridad del vaticinio. Después siguió. Al acabar el bachillerato, con brillante expediente y todos los honores de la suma matriculación, Petrus expuso en casa su deseo de estudiar filosofía y, para ello, la conveniencia de cursar letras en preuniversitario. Fue el momento decisivo de aquel verano y la primera fractura familiar. Los padres, unos solventes, aunque modestos, comerciantes autónomos que regentaban una sastrería con cuatro o cinco empleados, se opusieron con egoísmo y energía a la decisión. Pero no os apresuréis en la condena: al fin y al cabo, Petrus era hijo único y en él tenían puestas todas sus esperanzas. No puedes echar a perder tus diez talentos, le decía la madre, que conocía parcial e interesadamente la parábola evangélica. El padre, menos dado a parábolas y metáforas, argüía cuestiones elementales, de obtusa utilidad. ¿Para qué vale la filosofía?, preguntaba. Y ante las respuestas de Petrus, que colocaba la pasión y la vocación por encima del bienestar y del sustento, el padre recurría a silogismos supinos: la filosofía sólo da quebraderos de cabeza, etcétera. Eso era, sin embargo, lo heroico del filosofar, según Petrus: los quebraderos de cabeza. Pero el padre aplicaba fórmulas de uso. Pan y cebolla, decía. O peor aún, decía: cebolla sólo, sólo cebolla. Cuando la discusión llegaba al límite, Petrus se refugiaba en apotegmas presocráticos y buscaba en las palabras del padre alguna revelación inconsciente de la verdad. La cebolla era, en efecto, la metáfora de la filosofía, el modo de ir quitando capas de engañosa transparencia, capa tras capa, con dolor, con esfuerzo, capas lacrimógenas, padecimiento y llanto, las secuencias sucesivas del dolor, hasta llegar al núcleo de la verdad. Ése era el verdadero sentido de la vida del hombre y el verdadero sentido del conocimiento y eso era en definitiva la filosofía: ir pelando despacio, capa a capa, la cebolla. Todo el verano fue, pues, un tira y afloja, un periodo amargo y desabrido. Cada minuto en casa, durante la comida, durante la cena, mientras leía o estudiaba, hiciera lo que hiciese, Petrus chocaba frontalmente con un muro helado y sólido: los rostros ásperos del padre y de la madre, la gélida transparencia de una acusación muda. Tal vez cruzaban palabras enigmáticas los padres, el padre y la madre, palabras de ida y vuelta que sobrevolaban la atmósfera en penumbra del salón y cuyo destinatario era sin embargo Petrus, probables referencias a la época en que ellos mismos eran jóvenes y no tenían la posibilidad de estudiar, menos aún la posibilidad de

elegir, porque todos los caminos venían trazados de antemano por la genealogía y el cuarto mandamiento. Los padres se vanaglorian de dejar que los hijos elijan su futuro, pero les recriminan si la elección no recae sobre las previsiones paternas, me decía luego Petrus en preuniversitario. Es una cuestión insoluble, añadía, que ya ocupó a los presocráticos. Petrus soportó con estoicismo la ofensiva progenitorial y jamás pronunció una palabra más alta que otra, pero siempre fue tajante y rotundo en sus afirmaciones. Si queréis, les dijo, haré lo que queráis y seré lo que queráis, que por más que queráis ya no seré nunca lo que quiero. Los padres no supieron si entenderlo como amenaza o como resignación (y no era amenaza, ciertamente, sino el enunciado de una triste sumisión, la renuncia a la propia identidad y, por tanto, a sus consecuencias, la sugerencia de una incertidumbre perpetua) y decidieron consultar con el profesor de lenguas clásicas del instituto Avellaneda, que aprovechaba las vacaciones para visitar la tierra y, entre otros menesteres, hacerse un traje en Sastrería y Confecciones Enrique. La respuesta fue conclusiva. El chico no tiene remedio, amigo Enrique, dijo el profesor, le ha entrado el mal de los filósofos, una especie de fiebre o de locura que los griegos llamaban *pantápassi manikós*. No tiene cura, sonrió, ni aun con la esencia y la espesura. En cualquier caso, Petrus había hecho siempre lo que había querido, si bien era cierto que, hasta entonces, siempre lo que había querido había coincidido con lo que los padres, asesorados por gente de valía, habían previsto para él. Pero ahora la terminología, médica o filosófica o lo que fuere, aquel *pantápassi manikós* dicho por el profesor de lenguas clásicas, tuvo efectos terapéuticos. Si se trataba de una enfermedad, pensó el señor Enrique, se curaría, ya fuera con esencias ya con espesuras. Y se avino finalmente a que Petrus hiciera lo que le apeteciera. ¿Conocéis el verbo *petar*?, preguntó entonces Olúas, ¿me peta, no me peta?, deshojó la disyuntiva, pero, como no interesaba el debate léxico, continuó. Fue entonces cuando, siguiendo los consejos del profesor de lenguas clásicas, los padres de Petrus y el propio Petrus decidieron que estudiaría el curso preuniversitario en Madrid, en el instituto Avellaneda (que ya no se llamaba Avellaneda, dijo Olúas, pero el nombre proscrito se sostenía con inercia incombustible), donde el propio profesor de lenguas clásicas le daría clase de latín y griego y donde, por los designios del azar, terminaría siendo mi compañero de pupitre. Según

creo, el mismo profesor de lenguas clásicas se encargó de los trámites administrativos, expediente, impresos, matrícula, etcétera. Nuevamente Saúl Olúas se detuvo para ver el efecto de sus palabras y medir en nuestra actitud el interés del relato. Siguió enseguida, sin embargo. Esto que cuento, dijo, fue sólo una parte de aquel verano, un verano crucial en la vida de Petrus. Visto desde fuera, se produjo un acontecimiento de otra dimensión: Petrus se echó novia, o medio se echó novia, o se echó una medio novia (no sé con qué enunciado quedarme). El azar eligió a una muchacha que había estudiado bachillerato de letras un par de años atrás y que a la sazón cursaba estudios de filología en la universidad central. Era una muchacha algo mayor que Petrus, alta, delgada, seria, de escaso atractivo. En realidad, fueron los dioses quienes la pusieron en su camino, pues los dioses también se divierten con juegos de equilibrio y compensación, la balanza de Temis, la rueda de Némesis. Petrus acudió a una academia de verano con el propósito de avanzar en rudimentos de griego, de latín y griego, pero sobre todo de griego: por los presocráticos. Algo de latín había estudiado en el bachillerato, poco, pero algo. Además, el latín todavía era la lengua oficial de la Iglesia y todo dios chapurreaba latinajos litúrgicos, divinas palabras, letárgicos latines. De griego, en cambio, no tenía noción alguna. Habiendo elegido, como había elegido, opciones de ciencias puras y exactas, la antigüedad clásica había pasado para él sin sentido ni advertencia. Sabía más de Euclides que de Sófocles. Ahora quería poner remedio parcial, un parche apresurado a su ignorancia, un remiendo de emergencia. Por eso acudió a la academia. Como tampoco tenía dinero para pagar las clases, porque su padre, por obstinada pertinacia, no quiso correr con gastos extraordinarios (haberlo pensado antes, argumentó), propuso un trueque, esto es, pagar en especie intelectual: Petrus recibiría instrucción grecolatina a cambio de ayudar a algunos alumnos suspensos en matemáticas, en física e incluso en lengua. Al dueño y director de la academia, que no era ni es mal hombre (lo he conocido estos días y es una de mis fuentes informativas, un vejete simpático y locuaz, dicharachero y campechano, merodeador de salsas mil), le sorprendió que alguien con fama de superdotado, como era Petrus, quisiera estudiar latín y griego y que lo quisiera aprender, además, por deporte, por devoción, sin obligaciones académicas, tan sólo porque sí, que a menudo es, por otra parte, la razón más

poderosa, de modo que aceptó el canje con una sola condición: limitarse a las exigencias del bachillerato. No se puede alterar el programa de los suspensos, le dijo, en beneficio de los aficionados, porque la obligación está antes que la devoción y el oficio antes que la diletancia. Con esas mismas palabras me lo ha contado el ilustre académico. Y así fue, pues, como empezó Petrus a ir a la academia cada mañana a estudiar latín y griego y a explicar física y química y matemáticas. Y así fue también como conoció a la muchacha que estudiaba en la universidad central y que se ganaba un suplemento de verano dando clases de latín y griego en la academia provincial y provinciana. Era, como digo, una muchacha alta, delgada y seria. Era también feúcha, no fea, sino feúcha. Y no demasiado inteligente, según creo. Todo lo cual contravenía una máxima de Demócrates: la belleza del cuerpo cosa animal es (entiéndase el hipérbaton) cuando tras ella no hay inteligencia. Dadas las circunstancias, no sólo no importaba, sino que había que entenderlo como el favor con que los dioses le allanaban el camino, pues, como sabéis, la belleza confunde a los hombres, o los atrofia, o los subleva, y los conduce al dolor y a la muerte. Congeniaron enseguida, de modo que al acabar las clases paseaban juntos y se eternizaban en los senderos del parque embebidos en conversaciones de alta filología, ajenos al discurrir provinciano del estío. Pronto, parece que incluso antes de que fuera cierto, se corrió el rumor de que Petrus tenía novia y, si bien a los padres no les importó demasiado la noticia, que bastante tenían ellos ya con la *dichosa* filosofía y el *pantápassi manikós*, sí les importó a los compañeros y, más aún, a las compañeras de curso. Nunca será fácil de entender que a nadie parezca importarle la falta de sintonía entre hombre feo y mujer guapa y, en cambio, todo el mundo parece alarmarse ante la pareja formada por hombre guapo y mujer fea. Es el síntoma perenne de una grave enfermedad social. Está claro que la naturaleza no es ni tiene que ser siempre paritaria, y todos parecen entenderlo así, salvo en estos casos de parejas disímiles. Así ocurrió con Petrus. Las miradas y las sonrisas coquetas que lo habían perseguido durante el bachillerato se tornaron malévolas, irónicas y hasta vengativas, como si el mejor castigo para alguien que había rechazado tanta belleza (la verdad en todo caso no es que la hubiera rechazado, más bien creo que había estado a su lado sin advertirla ni, mucho menos, desearla o desear disfrutarla) fuera una forma de entendimiento eterno con alguien

privado de belleza. No son infrecuentes, en todo caso, las venganzas interpuestas ni los resarcimientos vicarios. A cambio de ello, Petrus encontró apoyo intelectual y consuelo personal: apoyo intelectual, porque la muchacha, filóloga en ciernes, tocada con cierta intuición lingüística y alguna habilidad pedagógica, prolongaba las sesiones más allá de la academia, pues pocos placeres didácticos tan considerables como tener un buen alumno interesado en el puro saber y no en la calificación, dispuesto al conocimiento y desentendido de la nota (eso al menos ha dicho siempre el profesor de lenguas clásicas); y consuelo personal, no porque le contara, al menos al principio, sus preocupaciones íntimas, pues, de hecho, estaba tan hundido en los presocráticos que todas las contingencias familiares pasaban a su lado sin herirlo ni dañarlo, sino porque se sentía transportado, hablando del aoristo, de la voz media o de los verbos polirrizos, a una dimensión superior, al margen de las amarguras y de los sinsabores cotidianos. La perfección gramatical es una buena aliada del atardecer. Tal vez por eso se enamoraron. Aunque tal vez nunca llegaron a enamorarse del todo. Hubo sintonía, afinidad, concordancia. Relaciones sintagmáticas, dijo nuestro viejo profesor. Es probable que lo que normalmente se llama enamoramiento no sea sino la manifestación civilizada de un instinto animal. Os advierto, sin embargo, de que estamos ante un cabo narrativo suelto: que no sé qué importancia tuvo esta muchacha, si es que alguna tuvo (que no sé, aunque lo supongo), en el triste desarrollo de la trama. Pero dejémonos de poéticas, retóricas y antropologías. Y luego no me preguntéis. Yo tuve entonces y sigo teniendo una teoría sobre el particular, un modelo perfecto de conducta cultural, pensaba, en el que las pautas del carácter anulaban los estímulos psicológicos y sociales de la estética e incluso relegaron a niveles secundarios las satisfacciones de la naturaleza. Quizás las personas que sienten en algún momento la pasión del conocimiento y la ansiedad de la filosofía no sientan nunca una verdadera pasión amorosa. Puede que ése sea el tributo que tienen que pagar, elegir entre la disyuntiva del Génesis y optar por el árbol de la vida o el árbol de la ciencia, que son verdaderamente incompatibles. Tal vez sean así los atributos del conocimiento. (Tributos y atributos, subrayó entre paréntesis.) Lo que ocurre es que no se trata de una opción. Sólo unos cuantos son elegidos por el árbol de la ciencia, o por los presocráticos, si se

prefiere, y alcanzan un punto en su camino en que pueden elegir y eligen. Los demás, la mayoría, están desde siempre y para siempre condenados al árbol de la vida. O estamos. El árbol de la vida viene dado de antemano, consiste en una relación animal con el entorno, y el árbol de la ciencia, si hay opción, se elige, antepone la comprensión del entorno a su usufructo. Aunque pienso que la gran mayoría, lo que podríamos llamar la clase media de la existencia, guarda cierta equidistancia con la vegetación menor. Quiero decir que no ve árboles, sino arbustos, y combina el arbusto de la vida con el arbusto de la ciencia y entre ambos se cree dios, que es de lo que se trata a fin de cuentas en la triste condición del pecado original. Lo cierto, en cualquier caso, es que Petrus empezó a andar siempre con su profesora, más particular que de academia, y aunque nunca nadie los vio cogidos de la mano o abrazados por la cintura, sí los vieron juntos en el río, nadando en el agua, los dos con suma perfección, con elegancia simbolista, o juntos en el cine, o paseando bajo la avenida de chopos del malecón en las primeras penumbras del anochecer. Así hasta que acabó el verano y los últimos días de septiembre empezaron a traer los primeros atisbos del final y cierto aire de decadencia y de tristeza se extendió para todos por los espacios cada vez más grises, apagados y sombríos de la ciudad. Bien sabéis que septiembre es un mes crepuscular, tiempo mustio y confuso. Fue entonces, pues, a finales de septiembre o principios de octubre, cuando Petrus emprendió viaje a Madrid. Llevaba dos grandes maletas y, a pesar de todos los sinsabores estivales, su padre y su madre fueron a despedirlo a la estación, como si, concluido el verano y vuelta irreversible la determinación del joven, también ellos hubieran decidido aceptar el mal. Al fin y al cabo, padecer una enfermedad tan extravagante, de nombre tan enigmático como *pantápassi manikós*, con ecos claros de manicomio, no era fatalidad menor. La madre lo abrazó con lágrimas y lo besó entre sollozos, pensando sin duda que perdía doblemente a Petrus, como hijo que por primera vez se iba de casa y como hombre de provecho, ¡un filósofo!, ¡qué desperdicio!, y el padre lo besó con resolución y valor, como diciendo que sea lo que tenga que ser y aquí nos tienes para lo que haga falta, que para eso estamos. Petrus fue en el tren pensando en sus padres, en los sollozos de la madre (todo sollozo, en lenguaje dialéctico, es chantaje y extorsión), en la generosidad del padre (la generosidad también es, en jerga

psicoanalítica, una manifestación de la soberbia), en la sastrería y, sobre todo, en el paraíso presocrático. El viaje fue largo y monótono, con paisajes cansinos al ritmo polvoriento y apesadumbrado del tren. Decididamente, pensaba Petrus, el sol tiene la extensión de un pie de hombre. Y lo grave, añadía, no es que el hombre lo sepa, sino que es lo único que sabe. Hizo todo el trayecto solo en un compartimento vacío. De vez en cuando sacaba de un bolsillo el libro de García Bacca y leía un fragmento. Y en todos los animales el alma es una y la misma cosa: aire, más caliente que el aire exterior en que estamos, mucho más frío que el aire contiguo al sol. Luego levantaba la vista hacia la ventanilla, veía una encina a lo lejos, una vaca, un río, un castillo, un pueblo, la línea del horizonte, y aplicaba el ingenio del fragmento a la encina, a la vaca, al río o al horizonte. Sentía que aquel viaje era una forma de nacer, o de renacer, porque el hombre nace varias veces a lo largo de su vida y, como cada renacimiento consiste en un modo nuevo de ser dado a luz, consideró que aquel viaje en tren era un definitivo alumbramiento, un irreversible *gignomai*. ¡Qué verbo éste: *gignomai*! ¡Nunca podréis contar las vueltas que le dio Petrus, que le dio el profesor de lenguas clásicas y que yo mismo le di! ¡GN! ¡Qué raíz! Pero dejémoslo. Volviendo a Petrus, creo que nunca en su vida, ni antes ni después, ni en los viajes sucesivos que haría en aquel mismo tren durante varios cursos, tres veces por año, volvería a sentir la sensación de plenitud de espíritu que experimentó en aquel primer viaje definitivo hacia la filosofía, del que sólo lo arrancaron, ya con los primeros signos de la noche, las luces de la periferia madrileña que el tren iba atravesando con todo el poderío de la herrumbre. En Delicias lo esperaba la que tal vez pudiera considerarse a todos los efectos su novia, que se había encargado, por lo demás, de buscarle acomodo en una pensión costumbrista de la calle del Olivar en la que se hacinaban diez o doce universitarios, pobres, gamberros, holgazanes y vencidos, doblemente condenados a tales pensiones: para esquivar los precios de los colegios mayores, de las residencias católicas, y para huir de la ideología sustancial del régimen. El huerto de los olivos, se burlaban. Y así, amontonados de dos en dos en habitaciones de siete metros cuadrados, subsistían con el menú de la casa, la mucha penumbra, la postrera sombra, el agua fría, la ley severa y la conversación interminable. Hablar también alimenta. Allí fue a parar Petrus,

porque la experiencia adquirida de su novia le allanó el terreno. Cabe decir que incluso tuvo suerte, pues cayó en una pensión de veteranos y, a cambio de dormir en una habitación diminuta, con apenas un ventanuco carcelario que ni siquiera daba a un patio de luz, sino a un pasillo interior, un laberinto de corrales y pasadizos de difícil y avara arquitectura, no tuvo que compartirla, porque era materialmente imposible meter dos camas, dos camastros, o una mísera litera, en tan abyecto cuchitril. Tenía siempre la luz encendida, de día y de noche, una luz azulenca, mezquina y miserable, de modo que allí fue donde se embebió en la sabiduría, caminando a ciegas de la luz de la oscuridad a la luz del conocimiento. El filósofo en la caverna, lo bautizaron al principio los compañeros de pensión. Sin embargo, con el tiempo, bien por la angostura, bien por la cautividad o la materia a que se aferraba su habitante, algún aventajado retórico o algún etimólogo jovial corrigió la noción. Ergo la ergástula, dijo. Allí fue, en la caverna o en la ergástula, donde lo visité a menudo durante el primer año, durante el curso en que estudiamos juntos y fuimos compañeros de pupitre en el instituto Avellaneda. Y aquél fue el año en que el profesor de lenguas clásicas lo bautizó Petrus, uno de los primeros días de clase, porque tradujo como dativo un ablativo, y el año en que, como yo seguí el juego y empecé a llamarlo Petrus, él decidió trasladarme del viejo al nuevo testamento y me llamó Saulo. Nunca pensé que soportaría durante años aquel cuartucho, pero allí vivió todo el tiempo que se prolongaron sus estudios, en el instituto primero y en la facultad después. Sólo en la oscuridad brilla la luz, amigo Saulo, bromeaba sobre su madriguera. Entre los compañeros de pensión había de todo, los afiliados a partidos revolucionarios, los que pasaban años y años matriculados en la última asignatura de derecho, los que se dedicaban a la vida nocturna y los que a veces estudiaban. Petrus era de los que siempre estudiaban y, sin embargo, no se hacía odioso a la turba de vitelones con los que convivía. Algún aura especial, sin duda, le protegía de las maldades, de las perversiones y de las cuarterías de la edad. En la universidad, en cambio, cayó en un grupo de alumnos aplicados, inteligentes y afanosos, y tuvo profesores que pronto, sobre todo a partir de los dos primeros años, vieron en él una lucidez y una superioridad intelectual fuera de lo común. Durante cinco años llevó un tipo de vida cenobita, tal vez el único anacoreta

universal de la presocracia. Acudía puntualmente a clase, comía el menú del huerto de los olivos y pasaba la tarde en la biblioteca (no siempre en la misma biblioteca, a veces en la biblioteca de la facultad, a veces en la biblioteca del Ateneo, a veces en la Biblioteca Nacional), generalmente en compañía de algunos colegas o junto a la presencia siempre activa y moderada de su novia, que no recuerdo cómo se llamaba. A veces paseé con ambos por El Retiro, pero he olvidado el nombre. La memoria es selectiva: borra los nombres de los personajes secundarios. De noche se encerraba en la ergástula y, parco en el dormir, se entregaba a los altos estudios de las ideas. En la ergástula tenía una mesa diminuta, de madera carcomida, más cuadrada que rectangular, que bien parecía arrebatada a algún mesón de barrio o a alguna venta en decadencia, un baúl mundo y una silla que hacía pintoresco juego con la mesa. Repartía libros sobre el camastro y el baúl (la mesa, por lo breve, podía considerarse portátil, la dificultad radicaba en que no había espacio suficiente para portarla ni para transportarla) y sobre aquella mesa llevaba a cabo hasta altas horas de la madrugada su labor cogitabunda y pensativa. Era estudiante ávido y apasionado, así que no le bastaba amoldarse a los programas, no estudiaba por cumplir un programa, ni por obtener un título, sino que, como aspiraba a la filosofía, a toda la filosofía, antes, por ejemplo, de que, en el primer curso de historia de las ideas, una asignatura común para todos los alumnos, le hubieran empezado a hablar sumariamente de (digamos) Platón, Petrus ya se había leído los diálogos todos, en ediciones de la biblioteca filosófica de Herranz y Hoyos (o acaso en las traducciones del mismo García Bacca publicadas en México y que yo mismo pude ver en las librerías de San Bernardo), y antes, por ejemplo, de que un profesor mediocre obsesionado con Husserl disertara en difusa y confusa aleación sobre los principios de la fenomenología, él ya había leído y releído durante noches las investigaciones lógicas o filosóficas del mágico aprendiz, y antes de que nadie conociera en este país (o casi nadie) el nombre de Wittgenstein él recitaba de memoria el célebre y oscurísimo *Tractatus*, del que la inmensa mayoría, en la que me incluyo, sólo conoce el último párrafo, que, por cierto, es §7 (para citarlo sin seguirlo, añadido, pues su mera cita ya encierra una contradicción *ad dictum*). Su ambición intelectual no tenía límites y su capacidad de estudio no tenía freno. Puede que alguna vez, los fines de

semana, o en tardes de asueto, fuera al cine con la novia, a ver neorrealismos italianos, o que pasaran juntos las horas de holganza encerrados en la celda, en las difíciles tareas eróticas que el camastro permitía. Siempre, sin embargo, tuve la impresión de que Petrus estaba por encima o al margen de aventuras personales, de sentimientos amorosos, de sufrimientos románticos. Cabría decir tal vez de él que, en apariencia al menos, era insensible: ni sentía ni padecía, era un hombre arrancado al sufrimiento, un estoico radical, un virtuoso del ascetismo laico. Tal vez viajara algo, tal vez recorriera como turista Italia y la vieja Grecia, pero durante cinco años regresó en vacaciones a la casa del padre, atendió en la tienda a la clientela, bajó a la amenidad bucólica del río, frecuentó el cine de verano, paseó entre la dulzura vegetal y sensitiva de los chopos. Adquirió fama de raro. Pero, por otra parte, al contrario que los arquetipos intelectuales de provincia, nunca se le vio con un libro en la mano. No era de esos individuos circunspectos que acuden al parque con un tomito de versos de Juan Ramón Jiménez o de Rainer Maria Rilke (ya sabéis, JRJ, RMR) bajo el brazo para deleitarse en la lectura mística rodeado de naturaleza, menos aún con tratados de la naturaleza o el entendimiento humanos, leviatanes o monadologías. No practicaba la lectura ecológica. Podría asegurarse que nadie vio nunca leyendo ni estudiando a Petrus. Iba, eso sí, pensando, enhebrando conexiones conceptuales en el amplio campo de batalla de su cerebro, tejiendo con hilos invisibles el nuevo traje del emperador. Mucha gente necesita un soporte físico, por ejemplo el papel, un folio, un cuaderno, un libro, una pantalla, para poder entender lo que quieren entender, pero Petrus operaba sin soporte, sobre el soporte vacío e inmaterial del hemisferio cognitivo del cerebro, escasa fenomenología de la proyección: como esos jugadores de ajedrez que juegan o pueden jugar sin tablero y sin fichas, que atesoran en la memoria todas las combinaciones de todas las jugadas de la historia del ajedrez, así Petrus en el terreno de la ideas. Como, además, sus calificaciones seguían siendo sobresalientes y de honor, en casa, sus padres, olvidados o superados los fatigosos rifirrafes de las ingenierías, los estudios prósperos y las carreras opulentas, mostraban el consiguiente orgullo parental ante la sabiduría del hijo. Sin embargo, no le halagaban los elogios, ni los de sus padres, por ser afectivos y con vinculación genética, ni los que provenían de compañeros y profesores, pese

a ser quizás objetivos, ni los de... Se detuvo Olúas con el brazo en alto y trazó con el pulgar y el índice tres puntos suspensivos en el aire. Iba a decir de amigos, dijo, pero no estoy seguro de que Petrus tuviera nunca, en sentido presocrático, verdaderos amigos. No se trataba, en cualquier caso, de un alumno inteligente, decían quienes sabían o creían saber, sino de un verdadero filósofo. O, mejor dicho, todavía no era un verdadero filósofo, pero llegaría a serlo. Es decir, no se limitaría a ser un simple, ni siquiera un buen o un gran profesor de filosofía (de sobra se ha sabido desde antaño que quien estudia filosofía se condena de antemano y para siempre a las penalidades de la docencia: ahí tenéis a Sócrates examinando por las calles al primero que pasaba, y a los sofistas enseñando lo negro y lo blanco, y las rígidas y rigurosas habilidades pitagóricas), no, Petrus estaba llamado a ir más allá, a ser un verdadero gran filósofo. No, claro es, a la manera de Platón, o Descartes, o Kant, o Heidegger, porque en nuestra época la filosofía es otra cosa, pero no desmerecería de la filosofía de su tiempo. Prueba de ello eran, decían, los trabajos meramente académicos que elaboraba para las distintas asignaturas, prueba de ello eran sus investigaciones sobre las insuficiencias de la lógica matemática, prueba de ello fue su tesina, que yo tuve ocasión de leer, gracias al papel carbón, en una copia azul y desleída, un verdadero trabajo de creación filosófica sobre la melancolía de la paz perpetua, y prueba de ello fueron, en fin, los numerosos ofrecimientos que le llovieron de varios departamentos universitarios para incorporarse como profesor ayudante en diversas cátedras y especialidades. Tal era la amplitud de su saber y con tales augurios terminó la carrera. La novia había acabado dos años antes y, tras una primera experiencia como ayudante de cátedra en la misma facultad de letras de Madrid, aprobó unas oposiciones de alto rango filológico internacional, es decir, como traductora, en algún departamento del Ministerio de Asuntos Exteriores, lo que no sé si contribuyó a apuntalar la buena marcha del noviazgo, una forma de armonía intelectual y biológica sin altibajos, tal vez monótona, pero firme, o, por el contrario, a minarlo y lentamente destruirlo. No he vuelto a saber nada sobre este asunto y, además, he preferido no saberlo: tanta y tan abundante tradición literaria de amoríos y desamoríos me ha llevado a desestimar y a ignorar cualquier influencia que el mal llamado amor pueda tener en la biografía real de las personas. Descreo del amor,

como sabéis: una repugnante y hedionda servidumbre cultural que no habrá poeta que sublime, por mucho que se empeñe, o purifique. ¿Por qué, si no, se extasían los enamorados con los canales putrefactos de Venecia? ¿Por coherencia? ¿Por lirismo? No. Ficción, doblez, falsedad, simulación y fingimiento: nadie quiere mostrar el energúmeno que lleva dentro ni el bajo furor de sus pasiones. Eso es al fin y al cabo la civilización. Bueno, sigo. Sí sé, en cambio, que Petrus decidió emprender cursos de doctorado y que empezó a trabajar en su tesis, reservada, naturalmente, a los presocráticos, germen de todo el saber filosófico posterior. Tal era, pues, el diseño de su futuro: seguir encerrado en la celda, enclaustrado, leyendo una y otra vez un mismo libro (se aprende más leyendo muchas veces un mismo libro que leyendo una sola vez muchos libros distintos, una gran verdad) y pensando en los presocráticos y tratando de elaborar una magna e inmensa obra sobre esa simiente, que contenía mucha más potencia que el grano de mostaza de la parábola evangélica. No usaba ya, salvo como amuleto, el libro de García Bacca, sino los textos griegos originales, y antes o después el propio Petrus fijaría también una edición definitiva de los presocráticos, no tal vez la definitiva, porque los caminos de la filología son interminables, se agitan en su perpetua renovación, pero sí decididamente definitiva. Tal era su propósito: despojar de una nueva capa a la cebolla. Tras la enseñanza primaria, la enseñanza media y la enseñanza superior (he ahí una teoría platónica de los tres estados o un enigma para la esfinge), empezaba, pues, su cuarta etapa, la última, decisiva, final e irrevocable, la que se salía de las huellas del hombre. Los designios de los dioses, sin embargo, son impredecibles y apenas en noviembre le surgió a Petrus la oportunidad de continuar y ampliar estudios en Alemania. Ello se debió sobre todo a la categoría de profesor invitado que obtuvo su director de tesis en la Universidad de Lenz, quien, de talante generoso y viendo la venturosa ocasión que el destino les ofrecía, decidió llevarse como ayudante a Petrus, que no en vano era su alumno predilecto. Yo soy su profesor, dijo a modo de explicación, pero él es mi maestro. Se trataba sin duda de un buen profesor de filosofía, que sabía que nunca llegaría a ser un gran filósofo y que, pese a todo, persistía en la filosofía, porque a la gente le resulta muy difícil apartarse de sus pasiones primero y de sus rutinas después (a eso se reduce, de hecho,

la vida dichosa, a hacer rutina de las pasiones), y que también tal vez quería dejar una nota minúscula a pie de página en la pequeña y miserable historia de la filosofía española, un asterisco precediendo a su nombre y apellidos antes de dar cuenta de quién fue quien encauzó los pasos filosóficos de Petrus (tampoco recuerdo ahora su nombre: personaje secundario). Y teniendo claro que, tal como estaban las cosas, nadie podía ser verdadero filósofo sin haber pasado unos años de método y formación en Alemania, como Pepe Ortega, decía, le brindó a Petrus la posibilidad de que lo acompañara. Petrus aceptó el ofrecimiento y emprendió viaje a Alemania, donde habría de estar algunos años. Aquí fue donde le perdí de vista, dijo Olúas. Sé que estuvo primero como ayudante del catedrático y como lector, al tiempo que perfeccionaba su alemán, que ya era bastante bueno por otra parte, y aprendiendo, entre los claros del bosque, todo lo que no sabía, que vio pronto que era mucho, sobre los presocráticos, pues enseguida advirtió que los ideales que se había trazado, aun estando bien formulados en el deseo, no lo estaban ni mucho menos en la práctica, es decir, que no era una presunción ni una ambición vana querer ser el mejor conocedor del mundo de la filosofía presocrática, sino que era la única manera de que su trabajo tuviera algún valor, de que su trabajo, en definitiva, fuera un trabajo *alemán*, esto es, el mejor en lo suyo con mucha diferencia de todos los demás. Como cabía esperar, los métodos universitarios germanos aumentaron su sabiduría y las altas instancias académicas alemanas supieron pronto apreciar y valorar lo que les había llegado, una eminencia en bruto. Así, cuando acabó el curso en que su director de tesis estuvo como profesor invitado, Petrus, por indicación de éste y por decisión propia, *pantápassi manikós*, no sólo aceptó la oferta de permanecer en Alemania, primero como becario y más tarde como profesor libre asociado, sino que, aprovechando el viento favorable, trasladó su expediente y su doctorado a la prestigiosa Universidad de Lenz. Estas cosas las supe, en su momento, por el profesor de lenguas clásicas, que había sido apartado de la cátedra del instituto Avellaneda por rebeldía y desterrado a territorio infame, pero con quien mantuve por entonces alguna correspondencia: irregular, esporádica y clandestina. Puede decirse, sin embargo, que fue lo último que supe con seguridad de Petrus. Me siguieron llegando noticias indirectas de vez en cuando, no sé si rumores casuales. Y

nada más, como diría el cuervo. Lo que pueda contar a partir de este momento lo he sabido después, ahora, en estos días de medalla, pero no lo supe entonces, lo que equivale a decir que no lo he sabido nunca. Nada sé ni he sabido, como os decía, de su biografía sentimental: si se casó o no se casó (ah, el sagrado mandamiento social del matrimonio: *ser a pares*), si tuvo hijos o no tuvo hijos, si etcétera o no etcétera. Supe, por ejemplo, que volvía alguna vez de vacaciones a España, que visitaba a sus padres, que se entrevistaba con el director de tesis y que resucitaba con algunos amigos la vieja camaradería del huerto de los olivos, pero yo no lo vi nunca en esos años (por entonces yo estaba ya también encerrado en la madriguera, cautivo en mi propia ergástula). Supe que gozaba de un prestigio no sólo innegable sino creciente, que se aplaudían sus investigaciones, sus comunicaciones y sus ponencias en congresos y simposios internacionales. Supe también que le incitaban a emprender una gran obra filosófica propia, no ya una tesis doctoral (todo el mundo, o el mundillo, conocía la ambición de su tesis doctoral, que contaba con la aprobación de ilustres filósofos nacionales así como de no menos ilustres, algunos de ellos todavía en el exilio, filólogos griegos o latinos), sino una obra de creación propia. Eso era lo que se esperaba de él. Y eso era lo que él se proponía hacer al fin y al cabo. Solía responder (no sé si en broma o en serio) con máximas presocráticas: el sol es cada día nuevo; los que buscan oro sacan mucha tierra, hallan poco oro; muy peligrosa es la precipitación, etcétera. Pero también se demoraba en lo que llamaba proverbios del sujeto: me busqué y me rebusqué a mí mismo; cada uno es portador de su propia novedad; sólo hablando de uno mismo se alcanza el origen, etcétera. Ahí estaba, para corroborarlo, Heidegger y su relectura de Platón, y de los mismos presocráticos. Ahí había estado Nietzsche y su origen de la tragedia y su desentrañamiento de la materia griega en el mundo posterior. Ésa debería de ser su aportación a la filosofía occidental. Para acallar las voces exigentes de amigos e incluso de enemigos, que también los tenía, porque las relaciones académicas son a menudo beligerantes y crueles, decidió publicar algún ensayo menor y para ello inició una puesta al día de su tesina sobre la melancolía de la paz perpetua y una bien fundamentada réplica a un curso sobre dialéctica negativa de Adorno al que asistió en Frankfurt o como una obrita lúcida y penetrante sobre la teoría

de los valores de Max Scheler y los órganos de la intuición moral. Pero no llegó a terminar ensayo alguno: ni sobre la paz perpetua, ni sobre la dialéctica negativa, ni sobre la intuición moral. Muy peligrosa es la precipitación, se decía una y otra vez (gran sabio fue el corintio), y al fin y al cabo Petrus todavía no tenía treinta años. Se había fijado un tope para la terminación de su obra: treinta y cinco años, como el Dante, nel mezzo del cammin di nostra vita. Hasta entonces todo sería trabajar y estudiar. Ahí terminaron mis noticias indirectas sobre Petrus. Nunca más supe de él. Su valedor en filosofía se jubiló y se retiró a un pueblo de la sierra, desde donde a veces escribía artículos bucólicos en los periódicos y ensayos crepusculares en publicaciones complutenses. Todavía los escribe, aunque no creo que los lea mucha gente: su autor pertenece a la triste categoría de las reliquias (para los dioses no hay término medio: o muerte joven o reliquia). Por su parte, el profesor de lenguas clásicas del instituto Avellaneda, desterrado a provincias antes incluso de que Petrus se fuera a Alemania, había decidido no regresar del destierro y sentar cátedra en su tierra. Durante algún tiempo nos escribimos, aunque en sus cartas nunca más habló de Petrus. Después se jubiló igualmente y dejó de escribir cartas. Me dijo que iba a escribir sus memorias, las memorias de un niño rural, estudiante durante la dictadura de Primo de Rivera y la República y profesor de bachillerato durante el franquismo. Sólo me interesa el pasado, me escribió entonces: futuro no tengo y ando mal avenido con el presente. Tampoco podría decir que me haya vuelto a preocupar de Petrus, no sé si alguna vez he pensado en él a lo largo de estos años, tantos años ya, y supongo que, en todo caso, he deducido un desenlace mediocre, una claudicación de los empeños, una tesis rematada en prosa presurosa y un puesto de segunda en una universidad de tercera o un puesto de tercera en una universidad de segunda, o incluso una cátedra de instituto, siguiendo los pasos del profesor de lenguas clásicas. Muchos son los hombres que aspiran a modificar el mundo, a enderezar el rumbo de la historia, y que al final terminan derrumbados, arrimados a la melancolía y a la pesadumbre de la propia inutilidad. Hablo, como comprenderéis, desde un punto de vista literario, el único punto de vista en que se sostienen las verdades. Tejemos a nuestro antojo los hilos de la trama, ideamos su desarrollo, y no sólo no nos importa luego ni nos preocupa que los designios

de los dioses no hayan coincidido con nuestro relato, sino que nos empeñamos en mantenerlo en contra de toda la tonante tiranía de los dioses y del amargo y despiadado axioma de los hechos. En ese duelo sordo y en ese aturdimiento me he mantenido yo durante años, ajeno a Enrique, pese a la evidencia y las noticias, y fiel a Petrus, incapaz de reducir a un solo personaje los dos nombres. Al fin y al cabo, yo había urdido una trama sencilla: el fracaso del filósofo y su supervivencia secundaria. Los dioses, por el contrario, se habían burlado tramando una urdimbre compleja. De modo que figuraos mi sorpresa, mi asombro, cuando vi que a Petrus, a don Pedro Enrique (siempre, en definitiva, vencen los dioses), le habían concedido la medalla al mérito empresarial. Era incapaz de combinar ambas nociones: presocrático y empresario. Habiendo visto, como he visto yo, la habitación en forma de ele de su guarida de estudiante, habiéndole oído hablar con apasionado entusiasmo de Empédocles, de Alcmeón, de Filolao (de hecho yo mismo he de agradecerle la lectura atenta de las traducciones de García Bacca, todavía puedo recitar de memoria fragmentos completos y si queréis os hago una demostración), si algo no cabía imaginar es que terminara siendo empresario o que le atrajera el mundo de las finanzas. ¿Cómo se pasa de la pureza inmaterial de las ideas a la mezquindad material del papel moneda? Ya sé, siempre he sabido, que el dinero, las finanzas, la economía son abstracciones tan relevantes como el acto, la potencia, el ser y el no ser, pero no resulta fácil de comprender el paso de una a otra abstracción así sin más, no se puede ir de abstracción a abstracción como se va de oca a oca, de dado a dado o de puente a puente, tiene que ser más bien como se va del laberinto al treinta, si no es incluso algo peor: la posada, la cárcel, la calavera o el pozo. La vida, caballeros: oca y reoca. Por eso he aceptado la medalla y por eso he acudido a los actos oficiales de las condecoraciones, con la esperanza de poder hablar ampliamente con Petrus e indagar un poco en las travesuras de los dioses cuando enredan con la condición humana. Y algo he podido averiguar. Calló un momento Saúl Olúas, como si quisiera cerrar un capítulo de la historia o, lo que es lo mismo, abrir uno nuevo, esto es, dejar un espacio en blanco, una página entera incluso, antes de continuar, como si la medalla fuera la línea tajante o divisoria (Olúas diría secante) que separaba el relato conocido del relato por conocer, esto es, de cómo Petrus dejó de ser Petrus

para ser Enrique, de cómo la empresa clausuró la presocracia. Apenas llegué al hotel, siguió al cabo de un tiempo Saúl Olúas, conseguí el teléfono de Petrus y, casi sin acomodarme en la habitación, marqué el número. Conté los tonos, uno, dos, tres, cuatro, con rara inquietud, sin saber muy bien qué decir cuando descolgara, si descolgaba. Lo hizo, al fin, tras siete tonos. ¿Diga?, dijo. ¿Petrus?, dije. Fue decir Petrus y arrepentirme, pensar enseguida que tal vez ya ni siquiera Petrus se reconocería como Petrus, que incluso podría incomodarlo el nombre. De hecho, se hizo un silencio al otro lado de la línea. Pero también enseguida relacionó Petrus el nombre con los tiempos antiguos, porque dio sin pensar en la réplica de una parodia. ¿Tú de qué raza de varones eres?, dijo, ¿cuál es ya el cuento de tus años, fuerte?, ¿cuántos tenías cuando nos invadía el miedo? Tuve que reírme. Mi raza es un palíndromo, improvisé, mis años muchos, todos los que hasta hoy se han abatido desde la derruida Hélade sobre la sagrada ergástula. Te esperaba, amigo Saulo, dijo Petrus. Hablamos un rato, pero de las medallas, no de la tierra, ni del agua, ni del éter, ni del fuego, no del ser, y quedamos en cenar juntos y en que, insistió, él invitaba, y, en efecto, no mucho después me estaba aguardando en la recepción del hotel. Viejos y deteriorados, nos reconocimos, a través del tiempo nos reconocimos, pues ni yo tenía en la cabeza otra imagen de Petrus que no fuera la del antiguo Petrus, el Protopetrus, ni él me había visto en solapas, suplementos u otras mercaderías editoriales. Ni yo había querido conocer sus andanzas financieras ni él había leído mis prosas, mis escorzos, mis diversiones: un empate pítico, poético, simpático. Recordaba los viejos tiempos: labiales y dentales sordas lo atestiguan. Me llevó a un restaurante muy pequeño, discreto, silencioso, casi clandestino, y fue durante la cena y en la conversación que siguió a la cena cuando averigüé algunos pormenores de su vida posterior a la ergástula y al huerto de los olivos. Averigüé, por ejemplo, que, cuando estaba en Lenz, antes de alcanzar el límite marcado, mucho antes de llegar al mezzo del cammin, los dioses se confabularon contra él por los caminos de la sangre. Una enfermedad grave y repentina de su padre lo obligó a regresar precipitadamente de Alemania. El padre de Petrus, no sé si lo he dicho antes, era sastre, o mejor dicho, tenía un negocio textil, una tienda de corte antiguo, Sastrería y Confecciones Enrique, uno de esos negocios familiares que pasan de padres a hijos y de abuelos a nietos y

que se suceden, o se sucedían, de generación en generación. Y, para bien o para mal, nunca se sabe, Petrus era hijo único y único heredero. Hizo una pausa y garabateó con el rotulador en una servilleta doblada.

Sastrería Enrique Confecciones

Algo así, más o menos, dijo mostrando su caligrafía, un rótulo extendido a lo largo de la fachada. La enfermedad del padre de Petrus era grave, dijo luego, pero no mortal. Tal vez si hubiera sido mortal nada habría cambiado, hubiera muerto, lo hubieran enterrado y, pese a todo, Petrus hubiera regresado al cabo del tiempo a Lenz y a los presocráticos, pero la enfermedad sólo dejó al padre de Petrus en estado de letargo, inútil para dirigir la tienda y sin más obsesión que la tienda, su buen funcionamiento y la prosperidad del negocio. Cómo volver a Alemania dejando al padre en una silla y a la madre llorando y darle vueltas en la lejanía al pensamiento presocrático a salvo, fugitivo, de la desgracia familiar. Hay que reverenciar al padre, dijo Cleóbulo el líndico, sé apacible con los tuyos, dijo Solón el ateniense, reverencia a los más ancianos, dijo Quilón el lacedemonio, no dudes en mimar a los padres, dijo Tales el milesio, hazte digno de tus padres, dijo Periandro el corintio: todos los sabios de Grecia estaban contra Petrus y a favor de su padre. Tú ya no te acordarás, Saulo, de la frase que me llevó a la filosofía, dijo Petrus. Entonces le interrumpí. Ahora veredes, dijo Agrajes, dije. Y recité lo que os he dicho hace un rato: A la manera como la araña desde el centro de su tela siente apenas una mosca está destruyendo alguno de los hilos de ella, y hacia allá corre velozmente cual si le doliera lo que al hilo le pasa, de parecida manera el alma del hombre fluye apresurada hacia aquella parte del cuerpo que haya sido herida, cual si no pudiera soportar semejante lesión en un cuerpo con el que tan firme y proporcionalmente se halla unida. A Petrus le sorprendió por partida doble mi memoria, por recordar el fragmento y por recordar que era *su* fragmento. Pues ya ves, dijo entonces. La enfermedad del padre actuó como la mosca de Heráclito, destruyó un hilo de la telaraña y fue Petrus quien tuvo que correr velozmente y salvar el hilo y la tela y la

confección toda. Fui, en fin, concluyó, de una tela a otra tela, de un tejido a otro tejido: ironía de los dioses, que siempre nos confunden. Eso me dijo Petrus en la cena. De sobra sabía que los refranes presocráticos formaban parte del caldo de la paideia, pero no dejaban de pesar sobre sus palabras como un designio de la providencia. De modo que decidí seguir su consejo, dijo Petrus, honrarás a tu padre y a tu madre, me dije, que toda civilización enuncia su propia paideia del mismo modo autoritario y decidí, pues, honrar a mi padre, según la ley de Moisés, y reverenciarlo, según la máxima de Cleóbulo, y tomé la resolución de hacerme cargo, en la medida en que pudiera y fuera capaz, de la sastrería y las confecciones Enrique. Era una decisión provisional, es decir, contaba con que estaría un tiempo en la tienda, hasta que rodara sobre la inercia, y que después regresaría a Lenz o, en todo caso, a Madrid. Se fijó un plazo de un año, dijo Petrus, un año para poner en orden la sastrería y después, *pantápassi manikós*, regresar al estudio, como una excedencia, forzosa y oficial, de presocráticos, aunque con el propósito de seguir indagando en su oscura luz, como decían los maestros. De hecho decidió acomodar la tienda a sus afanes y se instaló en la planta alta, en una especie de desván o trastero donde leía de chico novelas de aventuras que habilitó como estancia o aposento y que los empleados, a la manera de los vitelones de la calle del Olivar, viéndole entregado en todo momento a la lectura y al estudio, bautizaron como el ático de la filosofía. Me agradó el nombre, dijo Petrus, *ático*, un juego a ciegas de palabras combinando historia, geografía, sufijación y añoranza. Mañana te lo enseño, dijo. No es nada grandioso, pero te gustará. Acomodó los libros, los cuadernos, una mesa y un camastro. Es un cuarto más amplio que el de Madrid, la ergástula, ¿tú te acuerdas bien, amigo Saulo, de aquel antro, de aquella ele horizontal? *Elemental*, querido Petrus, dije, y sonreímos. Llegó un momento en que por comodidad hacía vida en el ático, que el ático fue su ergástula. Cumplía el horario comercial a rajatabla, no abandonaba un minuto la tienda, atendía a los clientes, aunque procuraba descargar la mayor parte del trabajo comprometido en los empleados, no por pereza o negligencia, dijo, sino porque sabían del negocio mucho más que él, que no sabía nada, pero que se acomodaba a sus conocimientos, su experiencia y sus consejos. Ayúdame de los allegados, dijo Pítaco el lesbio, escucha mucho, dijo Bías el prieneo, dijo

Petrus, y era evidente que los empleados sabían más que yo e incluso agradecían que les dejara seguir el ritmo de su rutina, y así yo me encerraba en el ático a leer, a escribir, a tejer y destejer, como Penélope, el esquema de una tesis sin fin. Pero cuando pasó el año, dijo Olúas, las cosas se habían torcido ya de modo irreparable. Buenaventura y malaventura, cosas son del alma, dijo Petrus. Por una parte, debieron de producirse algunas tribulaciones afectivas, de las que nada puedo contar, porque nada sé (ni él habló ni yo jamás preguntaría), pero, por otra, no le renovaron el contrato alemán de profesor asociado. Me dio a entender que tal vez nada hubiera cambiado si sólo hubiera ocurrido una de las dos cosas, porque si sólo hubiera ocurrido que no le renovaran el contrato, habría seguido teniendo vinculación con Alemania y con la filosofía alemana y antes o después hubiera vuelto a Lenz, aunque sólo fuera como filósofo doméstico, pero lo cierto es que ocurrieron las dos cosas, las tribulaciones y la no renovación del contrato. Alguien quiso ver una mano negra en el asunto, aunque probablemente todo fuera más sencillo. Supongo que las universidades, alemanas o no, tendrán leyes internas, reglamentos de administración y normas de contratación que impedirán contemplar el caso particular de una promesa filosófica, más aún con el riesgo que siempre tienen las promesas, como algo digno de excepciones o beneficios subsidiarios. De modo que Petrus empezó a olvidarse de su porvenir alemán y de su carrera filosófica germana. No cabe decir que sufriera por ello. Petrus sabía reconocer lo inevitable y comprendía los procedimientos de la fatalidad. De hecho, se había preguntado más de una vez qué méritos tenía él para profesar filosofía griega en una universidad alemana y por qué iba a tener un privilegio del que no gozaron inteligencias admirables y sobrenaturales, como Schopenhauer, o Nietzsche, o el desventurado Benjamin, por el que sentía una especial simpatía, aunque desde otra perspectiva. No es que Petrus se equiparara a estos pensadores, en absoluto, Petrus era consciente del enunciado de Sócrates y no sólo creía sino que sabía que no sabía nada y que ése era todo su bagaje intelectual: la conciencia de su ignorancia. Yo soy yo y mis limitaciones. No le importó, pues, renunciar. Al fin y al cabo había vuelto de Lenz *enriquecido* (sonrió Olúas) y sus habilidades académicas tendrían alguna utilidad en su propio país, que es este triste, pobre y menesteroso país nuestro, esto lo digo yo, este

maldito terrón, esta deformación grotesca del saber europeo. Con tal bagaje, pues, acudió a la facultad de letras y se presentó ante su antiguo profesor y director de tesis, que lo recibió amablemente, diríase que con veneración, pero con un semblante de desencanto que nada bueno presagiaba. Lo primero que le dijo, con manifiesta tristeza, fue que todo había cambiado. Ya ni siquiera soy profesor, le dijo, ahora soy emérito. Desprovisto de toda autoridad académica, su antiguo profesor consumía las horas en un despacho atestado de libros y de recuerdos y alimentando sólo la esperanza de que algún día Pedro Enrique fuera un gran filósofo. Pero difícilmente a tu edad, le dijo, y sin doctorado vas a abrirte camino en este mundo feroz y empedernido y carnicero. Ahora la universidad es un zoológico, le dijo, una casa de fieras, todo el mundo dispuesto a devorar su ración de carne, una caricatura del saber. Tal vez ha sido siempre así, dijo el profesor, pero yo sólo lo advierto ahora, cuando no formo parte del espectáculo, cuando he dejado de ser el domador. Ya sólo tengo, le dijo, eso que llaman autoridad moral, que es la autoridad que se nos reconoce cuando no nos queda ninguna otra. Y lo peor, cuando te atribuyen autoridad moral, es que no puedes ejercer ningún tipo de autoridad, ni aun la moral, pues entonces deja de reconocerse que la tienes. La autoridad moral, dijo el profesor emérito, es aquella que se tiene, pero que no puede ejercerse, es sólo una forma de ejemplaridad, un reconocimiento social gratuito. La autoridad moral es una forma de cautividad, concluyó. Ante Petrus se abría un modo distinto de acercarse al saber. Ahora conocería el mundo del silencio, la verdad desnuda de una habitación como el antiguo cuarto de estudiante en la calle del Olivar. Se dedicaría a la filosofía desde fuera, sin el marcaje oficial de una tesis, como un abnegado pulidor de lentes: ahora encontraría el verdadero camino presocrático. La heterodoxia no tiene nunca otro objetivo ni otra finalidad que la ortodoxia, se decía. La heterodoxia está necesariamente vinculada a la ortodoxia, pensaba, no tanto a la ortodoxia contra la que se levanta como a la ortodoxia que aspira a constituir. Petrus, por tanto, aspiraba a la ortodoxia por venir, futura, posterior. Fue, sin embargo, el propio emérito quien insistió en que no se abandonara a la soledad intelectual, que, aunque se dedicara a su tarea en solitario, siguiera escribiendo en revistas de filosofía, participando en congresos, elaborando ponencias, ideando comunicaciones, entrando en

polémica con los excomulgados, dando muestras de que estaba vivo y en plena plenitud. Considera, le decía, que la gente es mezquina, que muchos se frotan las manos pensando que no serás capaz de lograr tus objetivos y se las frotarán aún más cuando se cumplan sus augurios. Nada proporcionaría tanta satisfacción a muchos, a tus propios compañeros, por ejemplo, o quizás, sobre todo, precisamente a tus propios compañeros, que ahora malviven o sobreviven en institutos de enseñanza media o que, para no caer en desgracia con la jerarquía, hacen la rueda del infortunio en el servil escalafón de las cátedras universitarias, como que no llegaras a ser el filósofo que se ha dicho que llegarías a ser. Verdad es que tú no has dicho nada, que no te has propuesto nada, que siempre has obrado por impulsos meditados, no inmediatos, y que no te has considerado nunca ungido por la diosa de la sabiduría, pero bien sabemos que doncellas, doncellas solares, abandonando los palacios de la noche, hurtando con sus manos el velo a sus cabezas, te han mostrado el camino de la luz. Tú me entiendes, dijo el profesor emérito. Los demás se han encargado por ti de hacer pronósticos, de si serás un nuevo Ortega o no, de si la enciclopedia del futuro tendrá una entrada amplia bajo Enrique. Como filósofo fracasado te lo digo, dijo: si quieres algo, no te aísles ni te abandones. Petrus escuchaba, oía la voz monocorde y quejumbrosa del sabio jubilado, del ilustre emérito, del director de su tesis inconclusa y le contradecía. Porque justamente los argumentos que esgrimía, según Petrus, no sólo no eran argumentos para filosofar, sino más bien para el abandono de la filosofía, porque eran una reducción del pensamiento a competición académica y a honores secundarios, teatro y representación. Le interesaba la filosofía per se, dijo, no per alios, per alias nec per alia. A regañadientes, no obstante, aceptó una oferta editorial para traducir textos alemanes, libros de ensayo, escritos periodísticos e incluso alguna novela de consumo. Y en eso estuvo. Vivía en Madrid, al margen, en los Madrazo. Fuimos vecinos, sin saberlo (para entonces ya me había instalado yo en la buhardilla de marqués del Duero). Llevaba una vida tibia, gobernada por una regularidad endógena y kantiana: pasear por las calles recién despiertas, hojear los periódicos, encerrarse en casa, en el peor cuarto de la casa (un trastero que había convertido en pequeño estudio, con una mesa diminuta, y todas las incomodidades del saber a ciegas), dedicar tres horas a la traducción

alimenticia y, después, pensar, pensar, pensar. Cogito, ergo Petreo, y viceversa. Le quedaba tiempo todavía (o eso pensaba) para culminar su proyecto doctoral en el plazo previsto y nada iba a detenerlo en el empeño, de modo que continuó, implacable y tenaz, con las tareas de su filosofía. Llenó y rellenó cuadernos y cuadernos, elaboró toda una trama tan magna como magnífica de su obra, fue dando rienda insólita a los distintos escolios, axiomas, corolarios y palinodias que el eterno volver sobre los mismos textos le deparaba. No me atrevería a decir, sin embargo, que, durante ese periodo, fuera feliz. Y no porque percibiera enseguida algunas anomalías en el entorno, ni porque se sintiera arrojado del paraíso universitario, como de hecho estaba, ni porque advirtiera las consecuencias y derivaciones de nadar por la periferia del saber. Aunque lo notaba con cierto sentido de dolorosa resignación, no le importaba. No tenía colegas, nadie acudía a plantearle arduas cuestiones ni a discutir puntos oscuros, o puntos demasiado claros, de un texto clásico o en ciernes o moderno, pero ésa era, al fin y al cabo, la soledad del sabio, el eremita de la filosofía, anacoreta del conocimiento. Sólo tenía, de hecho, dos interlocutores y dos tipos de interlocución: conversaciones eméritas y menudencias editoriales. Así aprendió lo que significaba no pertenecer a un clan, a una tribu o a una casta. En soledad se aprende antropología. Y Petrus, en realidad, había estado siempre solo. Ni sus padres, ni sus compañeros de secundaria, ni sus colegas filosóficos, ni el profesor de lenguas clásicas, ni yo mismo, habíamos sabido nunca identificarnos con él. Aunque ahora pienso que de haber sabido que éramos vecinos, como, según he sabido ahora, parece que fuimos, a ambos nos hubiera convenido la mutua compañía, el coloquio ameno, el debate cómplice: *perípatoi recoletos, de consolatione philosophiae*. Pero los dioses son crueles. *Petrus ex cunctis*. No vale la pena de que viva quien no tenga siquiera un buen amigo, decía Demócrito, pero tal vez se equivocaba, pensaba Petrus, que nunca lamentó la situación ni padeció forma alguna de angustia o desconsuelo. Ninguna circunstancia entorpecía su serenidad. La razón es sencilla: Petrus no podía ser infeliz. Sólo hay una condición indispensable para poder ser infeliz: creer en la felicidad, dar por cierto que se puede ser feliz. Quien no puede ser feliz tampoco puede ser infeliz. Y al revés. Lo demás son contingencias. De modo que, si en algún momento

percibís en esta historia un deje de tristeza, alguna delectación en la amargura, pensad que es aportación del relator, un suplemento retórico del que habla, que no acierta a entender los caminos de la fatalidad. Al fin y al cabo, no deja de ser curioso, según pensaba Petrus, que la conciencia del individuo, que es lo que le separa del animal, venga finalmente a reconocer que sólo adoptando ciertos comportamientos animales (como mantenerse al margen de la felicidad, que es una desventurada noción cultural, que no forma parte del instinto: se nace sólo para vivir, esto es, para sobrevivir) está plenamente preparado para ser hombre sin dolor, para sustraerse al sufrimiento. Así entendido, Petrus era ciertamente un animal, siempre al margen de las circunstancias, ajeno a las heridas de la existencia. Y en ese laberinto de austeridades y conceptos fueron pasando los meses lentamente, solitarios y fructíferos, meses de estimulante prosperidad intelectual, hasta que todo se torció definitivamente cuando murió el padre de Petrus y Petrus tuvo que volver a la tienda y al desván presocrático de la sastrería y las confecciones. A fin de cuentas, los dioses sólo le habían concedido una tregua, una escasa y engañosa tregua. El día en que regresé al ático, dijo Petrus, supe que el hombre sí se baña dos veces en el mismo río, supe que había terminado la aventura presocrática, ese día supe con toda clarividencia que no habría ya más filosofía. No más *pantápassi manikós*. Tenía treinta y tres años, una edad tan buena para la filosofía como para el sacrificio, la inmortalidad o la crucifixión. Aún le quedaban dos años para la ejecución de la gran obra, pero ya no tenía interés en ser filósofo. Me pasé varios días encerrado en el ático, archivé toda la filosofía y claudiqué. Seamos sastres, me dije. Todas las cosas son lo que uno piense de ellas, dijo Metrodoro de Kío. Pensemos, pues, otras cosas de las cosas. Y en ese instante decidió dedicarse a la tarea textil hasta el final. En vez de lo perdurable, lo perenne y lo perpetuo, lo caduco, lo efímero y lo precedero. Enredé mucho con esos revoltijos que te gustaban tanto, amigo Saulo, dijo (todavía me gustan, dije): ex, texto, textil, textual, textura. Se impuso, en suma, la razón textil. No fue agradable, dijo Petrus, tampoco trágico. Me encerraba en el ático y daba rienda insomne al pensamiento, pero no al pensamiento presocrático, sino al pensamiento textil. Mercurio desplazaba a Hermes, el comercio a la hermenéutica. Una mañana, según avanzaba por la calle, me di cuenta, me

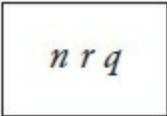
había dado cuenta mucho antes, años atrás incluso, pero una mañana el mero darme cuenta fue más que una percepción rutinaria, se convirtió en una verdadera intuición fenomenológica, me di cuenta, digo, de que, en la fachada, apenas podían leerse las tres palabras, *Sastrería Enrique Confecciones*, pues, ya fuera por la antigüedad de la tienda, ya por la fragilidad del material, ya, en fin, por la acción de la intemperie, lo cierto era que algunas letras se habían caído y que otras se habían desprendido o desplazado, por ejemplo había desaparecido la *u*, de modo que, saltándose el hueco, decía *Enriq e* (aquí Olúas se aplicó con esmero caligráfico a la servilleta y fue mostrando el proceso sobre el papel con tachaduras y flechas y nuevos dibujos), pero, como la primera *E* se había deslizado hacia abajo y no formaba parte real de la palabra, lo que podía y debía leerse era *nriq e*, y ello con algún esfuerzo, pues la *i* estaba levemente hundida, así que, dijo Petrus, la primera decisión que tomé fue adecentar la fachada y remozarla, y eliminar la palabra *Sastrería* (de la que se había perdido la *e*), porque ya pocos trabajos de sastrería real se hacían y, tras la desaparición de mi padre, menos aún iban a hacerse, y, puestos a tachar, decidí asimismo prescindir de *Confecciones* (cuyas dos *e*, además de la segunda *o*, como una premonición, también se habían perdido), porque la solera de la tienda supliría con creces (o con cruces, sonrió Olúas) la función de unos sustantivos antiguos, obsoletos, rancios, con ecos de alcanfor o naftalina, y porque, además, los escaparates se han vuelto tan explícitos que desaconsejan toda redundancia negativa. Así que decidí que sólo figurara en la fachada la palabra empresarial, el logo: *Enrique*. (Subrayadlo, dijo Olúas: el *logo*.) Le encargué la tarea a un marmolista y todo quedó acordado y aclarado. Pero de pronto, una noche, tuve una intuición, un soplo del oráculo. Así pues, en efecto, en primer lugar, por una parte, acudió a mi memoria la vieja inscripción latina, SPQR, Senatus Populusque Romanus (no pude por menos que acordarme de nuestro antiguo profesor: que nadie desprecie nunca las partículas, ¿recuerdas?), y advertí una curiosa aunque imperfecta analogía con las consonantes que se habían mantenido firmes en la fachada de la tienda. Y, en efecto, en segundo lugar, por otra parte, recordé una máxima presocrática. Nada de lo que tenga principio y final es eterno e infinito, dice Meliso, refiriéndose al ser, naturalmente, pero yo me entretuve aplicando principio y

final a *Enrique*, a la *E* con que empieza el apellido y la *e* con que acaba, y luego recordé un fragmento de Heráclito, a la naturaleza le agrada ocultarse, dice, y fue así, dando vueltas al principio, al final y a la ocultación como decidí cambiar el nombre de la tienda y eliminar todas la vocales. Así surgió *NRQ*. Con minúsculas: no por humildad, sino por coherencia, porque sólo la *E* inicial era mayúscula. Prodigioso, dijo el profesor de lenguas clásicas cuando lo vio: aféresis, síncope y apócope ex aequo. Ésa fue mi primera aportación al negocio: inspiración presocrática. Memoria de la raíz de las raíces, dijo: ¡*GN!* Fue también mi mejor ocurrencia. Casi me considero un profeta menor, modesto precursor del furor acrónimo. De modo que el antiguo y deteriorado



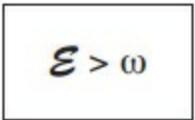
Sastrería nr q Confeciones

Dejó paso a un escueto e informal



nrq

Después aporté una segunda idea, sólo una segunda idea, dijo Petrus, si bien no creo que la palabra *idea* sea la más adecuada. No he hecho más ni tengo otro mérito empresarial que esas dos ocurrencias. Tras la modificación del nombre, las letras viejas estaban en el ático, sobre papeles y carpetas, sobre libros y cuadernos, sobre las ruinas de la filosofía. La primera *E* de Enrique, la mayúscula, la que estaba horizontal en la fachada, vista al revés, me recordó vagamente, por su trazo cursivo, una omega.



ε > ω

Fue la segunda (digamos) idea. Los viejos empleados de mi padre la consideraron disparatada, pero a mí me parecía un deber, como una reparación, incluso un acto de penitencia, el pago de un tributo a los viejos presocráticos a los que nunca iba a volver. Así que decidí vender camisetas lisas, en la gama de colores del arco iris, con una omega en el pecho, junto al corazón: una ofrenda a los dioses para que fueran propicios con el desertor. Pensé en *panta rei*, una frase conocida, pero tópica, me dije, un reclamo pedante, y opté por una sola letra, para no hacer distinción entre filósofos, una omega: ω . También era un punto final: mi punto final. No lo vas a creer, amigo Saulo, o mejor dicho, sí lo vas a creer, pero vas a estar de acuerdo en que nada es predecible y en que las cosas ocurren sin motivo, en que ninguna mano invisible maneja los hilos de la trama. Vendimos omegas en cantidades que superaban nuestras posibilidades de producción y comercialización. Hubo que improvisar a toda máquina, dijo Petrus, o a toda vela, dijo Olúas, o a todo trapo, enhebró un último hilván, una sólida estructura de fabricación, tejer una amplia red de distribución y expandir sobre el mapa la inmensa y enmarañada tela de las representaciones comerciales, o sea, aplicar con estrategia mercantil la vieja concordancia de la trama y la urdimbre. Toda la gente anduvo aquel verano con una omega en el corazón. Hasta los viejos empleados me felicitaron, dijo Petrus. Los tiempos cambian, don Pedro, me decían, en la tienda siempre me habían llamado Pedro, pero, ante el éxito, enseguida prosperó la elevación del tratamiento y fui, pues, don Pedro. Cómo se ve, don Pedro, que usted ha viajado y ha estudiado, me decían. Un nuevo Oberkampf, me decían (Oberkampf es un héroe textil del XVIII, el afán industrial e ilustrado de mi padre, que no creo, sin embargo, que supiera mucho de tan ilustre personaje más allá de sus hilaturas y su prosperidad). Porque entendían, y no les faltaba razón, que una omega en una camiseta de algodón era una simpleza, una contingencia textil, algo accidental, lo contrario de lo esencial, de lo clásico, que era la divisa que siempre había presidido la sastrería y las confecciones Enrique. Desgraciadamente, la furia omega me llevó a cometer el primer atropello patronal. Uno de los más viejos empleados de mi padre, si no acaso el más viejo, vino a algo así como a bendecirme, una bendición que no pude soportar, tu es Petrus et super hanc petram aedificabo ecclesiam meam, me dijo sonriente, dándome palmaditas

en la espalda, y lo despedí, porque no quise soportar la simetría ni el vaticinio. Sin contar al profesor de lenguas clásicas, fue la última persona que me llamó Petrus. Hasta que llamaste tú, ilustre Saulo, de fogosa lengua, dijo. Por lo demás, el éxito de las camisetas me llevó a pensar y a comprender y a sentar una máxima, dijo Petrus: que la ropa es pura retórica, que vestimos según principios retóricos, que un traje, una corbata o una camisa sólo son metonimias del hombre y metáforas del ser. Decidí entonces llevar a cabo otras modificaciones, pero ya todo fue fácil: los cambios vinieron rodados, surgieron por inercia, fluyeron como el río de Heráclito. Ése es mi único mérito. Un año después sacamos la camiseta Q y, a la vista de los resultados (aunque con imperfecciones, la infraestructura empresarial, fabricación, distribución, comercialización se vencía ya hacia una inercia expansiva), decidimos ampliar la oferta a otros productos y a colecciones enteras de alfabetos y abecedarios, de fórmulas y símbolos. Resumiendo: me fueron los dioses favorables y, en lugar de concederme un éxito aislado, un oasis, un espejismo, convirtieron la omega de mis filosofías en el alfa de mi porvenir textil. ¿Cómo, si no, se explica que una omega y unas consonantes produzcan tantos beneficios, que de unos ingresos discretos y de supervivencia familiar se pase a unos dividendos activos de alta contabilidad e ingeniería empresarial? ¿Qué misterioso azar hace que prospere un negocio de forma tan disparatada, que haya que contratar personal, que se abran tiendas en otras ciudades y en otros países, que se unan oriente y occidente en producción y consumo? ¿Qué paradójica armonía se estableció entre las cuentas y la razón? Dijo esto último sonriendo y os diré por qué: porque García Bacca traduce *lógos* como *cuenta-y-razón*, porque *lógos* acoge simultáneamente una noción filosófica y un concepto matemático. En algún momento del desafuero comercial, dijo Olúas, consciente de su ignorancia financiera, de su insuficiencia intelectual en la materia, Petrus intentó encontrar una respuesta racional al despegue de *NRQ* y, aunque de manera heterodoxa o, si lo preferís, filosófica, se dedicó a la abstracción de la economía. Leyó y estudió los textos sagrados de los grandes maestros, de Smith, de David Ricardo, de Marx, de Weber, de Keynes, buscó instrucción sobre el devenir financiero, sobre especulación bursátil, se suscribió a la prensa económica internacional, aprendió mecanismos de inversión, las

reglas de la economía mundial, los ciclos financieros, los dilemas ideológicos de la economía de mercado, el liberalismo y el socialismo, la sociedad del bienestar y la sociedad del consumo, las técnicas de la publicidad, y todo ello como pasando por encima, como sin interés, o no más interés que la profesionalidad de un contrato en el vacío. Se haga el trabajo que se haga, me dijo, hay que hacerlo con la misma precisión con que Spinoza pulía lentes. Le gustaba más usar el ejemplo de Spinoza con las lentes que el universal del relojero, porque en la elaboración de una lente, dijo, hay algo de arte, precisión de escultor ocular, mientras que en la relojería hay un principio mecánico de cierta obtusa peculiaridad. A mi juicio, dijo Olúas, se celebran las lentes de Spinoza con más entusiasmo filosófico que óptico, pero dejemos los matices y volvamos a Petrus. Según parece, pronto sus opiniones empezaron a hacer mella, arrojaron luz y dimensión, como las lentes de Spinoza, sobre aspectos que a mí se me escapan y se me antojan turbios, confusos y escabrosos, pero que a Petrus le proporcionaron renombre teórico, de informador bien informado, de mente bien organizada, de lucidez financiera, de agilidad empresarial, etcétera. Me contó que en cierta ocasión, en unas jornadas de economía analítica complutense (cursos de verano, ya sabéis: sapiencia de charanga y chiringón), coincidió en la cafetería con dos viejos compañeros, dos filósofos, dijo, profesores de filosofía numeraria, con los que había estudiado en la universidad central. Lo vieron, lo reconocieron, pero no se acercaron, no lo saludaron. Él tampoco. El hecho carecía de importancia. No es fácil en verdad pasar sin transición de la esencia a la mercancía. Y su verdadero ser estaba ya en otro sitio: comercio, industria, importación, acciones, inversión, un vocabulario sectorial y restringido. Quiero imaginar (imaginar, repito) que, para remediarlo, con frecuencia volvía, en el ático, por la noche, a los cuadernos presocráticos e incluso al libro de García Bacca, más por nostalgia que con empeño de proseguir la tarea, no porque no quisiera proseguir, sino porque el tiempo que le dejaba libre *NRQ* era mínimo, insuficiente para las altas necesidades de las luces y la sabiduría. Sería una forma de no olvidar, de no abandonar, de dedicar antes de acostarse un último pensamiento al huerto de los olivos, un resquicio a la tarea de los últimos veinte años, a la memoria de la araña que desde el centro de la tela siente cómo una mosca está destruyendo alguno de sus hilos.

También sería una forma de definirse: soy el que nunca será lo que quería ser, un hombre con el alma herida que no siempre puede soportar las secuelas de semejante lesión. El ser es, podía leer, y en esa espiral del ser y de la perseverancia en el ser consumiría la vigilia. Y acaso, antes de dormirse, repitiera la frase presocrática más tópica y común: todas las cosas se cambian en fuego y el fuego se cambia en todas, como el oro por mercancías y las mercancías por oro. Todo esto, como digo, sólo lo imagino, o lo quiero imaginar: es pura invención, exigencia del relato, un adorno sentimental, una concesión *relativa* (el subrayado es mío). Sólo así la historia adquiere dimensiones ejemplares. Se detuvo Olúas, como dando tiempo para que construyéramos también nosotros la imagen de Petrus en la soledad del ático y en la pesadumbre de la nostalgia presocrática. Pero retomó el hilo enseguida. Alguien, tal vez el profesor emérito o el profesor de lenguas clásicas, dijo Petrus (aunque no creo que fuera el profesor de lenguas clásicas, que ya entonces conocía el alcance, la magnitud y la paradoja del destierro), alguien, en fin, le hizo ver el contrasentido de sus principios filosóficos y su derrota empresarial. Derrota, subrayo, dijo Olúas. No hay mayor rebeldía contra el destino, respondió Petrus, que asumirlo en toda su extensión. Discutieron largamente sobre ello. El profesor emérito (ya digo que no creo que fuera el profesor de lenguas clásicas) defendía la coherencia con los principios. Petrus defendía la arrogancia y la altivez de la indiferencia. El mayor triunfo del destino, decía, es imponerse en contra de la voluntad del destinado. Por eso hay que asumirlo sin enojo, con indiferencia, para que, además de destino, no sea también victoria. Y así fue como entró de lleno en el mercado, con una *NRQ* en órbita y creciente. Ya no fue, pues, cuestión de tener opiniones económicas, sino de actuar, de aplicar criterios, de tomar decisiones. Y Petrus lo hizo desde el primer momento y desde la responsabilidad sustancial y empresarial de propietario. Tanto las campañas que promovió como las inversiones que propuso y las participaciones en otras empresas que recomendó, siempre tras minuciosos análisis, cotejo de datos y extenuante acumulación de considerandos, ergos, consiguientes, distingos y subdistingos (al parecer, hartos heterogéneos, o *heteráclitos*, si se me admite la irreverencia), que abrumaban al personal financiero, fueron favorables, beneficiosas, de extraña y desproporcionada y seguramente obscena

rentabilidad. Petrus era un prodigio. Seguía instalado en el ático de la tienda. Podía expandirse *NRQ* por el mundo, se expandió, de hecho, pero él nunca se ha movido del escondite donde leía de niño novelas de piratas. No se acomodaba a su posición en la empresa ni menos aún a su notoriedad empresarial, pero de ninguna manera quiso cambiar de ciudad ni de despacho. Pienso mejor en la estrechez, replicaba. Y era cierto. Desde la diminuta habitación oscura que tuvo en casa de sus padres (una alcoba propicia a las fantasías góticas), desde la habitación interior que consumió sus tiempos de estudiante universitario, desde el cuarto minúsculo que le cupo en suerte en Alemania, siempre había trabajado en lugares pequeños. Pronto se convirtió la anomalía del ático en una nota pintoresca, y hasta cómica, provinciana, de su perfil biográfico. Otro fue, sin embargo, el rasgo de su carácter o, mejor, de sus procedimientos que trascendió. Lo apuntaron algunos de estos observadores de la realidad social, política o económica, que, investidos de una clarividencia psicológica intuitiva, innata, intransitiva, analizan la realidad y comprenden el mundo desde sus excepciones o sus irregularidades o sus extravagancias, si bien, en el caso de Petrus, tal vez sea el procedimiento acertado. Vine leyendo en el tren un artículo antiguo, escrito a propósito de la expansión, un artículo de los de antes, de cuatro o cinco mil palabras, a la manera de las semblanzas de Schumpeter. *Enrique o el enriquecimiento*, se titula, o *la riqueza*, no estoy seguro, un juego de palabras, en todo caso, y una conjunción explicativa, como en las novelas del siglo XVIII. *Enrique o el enriquecimiento*, resolvió o subrayó su preferencia. Según su autor, si algo caracterizaría de manera singular y extraordinaria el *modus superandi* (sic) de Pedro Enrique sería una deliberada tendencia al fracaso, una capitalización suicida. Dicho de otro modo: que le salían las cosas bien en contra de su voluntad y que su más íntimo deseo era el fracaso (la ruina, pensé al leerlo, una columna de Artemisa, el espíritu de una omega, un residuo arcaico). De ahí provenían sus riesgos, no de la postura del que disfruta con el juego, viendo con el corazón palpitante cómo la ruleta avanza titubeando y decidiendo si se para o no en el número al que juega, en rojo y par, en negro e impar, sino del que juega a perder para terminar cuanto antes con la farsa y con el sufrimiento, como esos artistas del billar o esos virtuosos del tenis que sólo juegan bien cuando piensan que lo tienen todo ya perdido,

que no les queda forma humana de ganar, que la derrota no tiene ya remedio y que es preferible acabar cuanto antes, y es precisamente entonces cuando, como con desgana, engarzan carambolas indómitas e imprevistas voleas, así Petrus ejercía el despecho sobre las finanzas, como quien, habiéndolo perdido todo antes de jugar, prefiere perder cuanto antes para agotar de prisa la agonía. Prefiere las pérdidas a las ganancias torpes, que lo uno te dolerá una vez, lo otro siempre, dijo Quilón el lacedemonio. En un reportaje de la época le preguntaron, con la arrogancia y la estulticia que caracteriza a tanto periodista pendenciero, fauna de inquisidores del laico oficio, le preguntaron, digo, si se había desprendido de cualquier valor moral al pasarse al terreno económico. No, respondió. Lo cuenta, con reproche, el autor de *Enrique o el enriquecimiento*. A mí, en cambio, esa negación se me antoja la única respuesta posible. No: sin más retórica, sin explicaciones, sin aclaraciones, sin contemplaciones, que es como debe administrarse la negación, rechazando el ergo, la mayor y la menor, sobre todo cuando la insensatez precede a las palabras y el veredicto al silogismo. Y, en efecto, dijo Olúas, no creo que sea un depredador, ni un especulador, ni de la estirpe de los llamados tiburones. No creo que lo hayan movido nunca en sus acciones ni la ambición, ni la maldad, ni la avaricia. Tampoco el bien, ni la compasión, ni la piedad: no hay riqueza inocente. Más probable es que nunca haya llegado a penetrar los mecanismos íntimos de la economía y de las leyes del mercado y, sobre todo, la trágica relación entre los conceptos y las categorías económicas y las personas que sufren los porcentajes, las estadísticas, las congelaciones salariales, la inflación. Petrus ha operado en un terreno virtual, en el de los conceptos, sin ningún sentido práctico de la vida, como si la dinámica empresarial fuera un problema de lógica, un planteamiento de lingüística estructural, un ejercicio de rigor, un crucigrama. Quien haya hecho alguna vez un crucigrama sabe que necesariamente las palabras se cruzan, a veces de modo inverosímil, y que no importa qué palabra escribamos primero, porque la tacharemos sin ningún remordimiento en función del resultado final. Para quien hace crucigramas lo importante es terminarlo. No hay belleza, pero sí perfección. Se podría hablar, pues, de la moral del crucigrama. E incluso de la estética del crucigrama, de su racionalismo neoclásico. O, si lo preferís, de la moral del palíndromo, que también se rige

por su perfección fonética. Algo así ocurre con Petrus, que ha aplicado a la economía una moral de crucigrama. Sin embargo, algo lo diferencia de los adictos a los crucigramas. A título personal, a Petrus le tiene sin cuidado que el crucigrama cuadre. Es la ley del crucigrama la que exige que cuadre. Por tanto, quien hace crucigramas está obligado a terminarlos. No hay otra elección. O, si la hay, deja de ser un crucigrama. Tal debió de ser su comportamiento durante mucho tiempo, pienso. Todo crucigrama es una crucifixión, diréis. De acuerdo. Como la economía de mercado: todo es crucifixión. Como el tejido: trama, urdimbre y crucifixión. El norte y el sur, oriente y occidente: todo crucifixión. Tomó aliento Olúas tras el énfasis de cruces. El siguiente paso, en cambio, dijo, fue en contra de la ley del crucigrama. Fue cuando la expansión se hizo imparable e internacional cuando dio rienda suelta a la estrategia del fracaso, a la más disparatada heterodoxia, y, como si en ello no le fuera algo más que una minucia, expuso con sangre fría el capital propio de forma temeraria, sin atención al riesgo ni a las pérdidas. Sus beneficios fueron, sin embargo, exponenciales. Apareció *NRQ* con frecuencia en las secciones de economía de la prensa y, cada vez más, en las secciones de política. Pese a todo, Petrus, por muy rey Midas que fuese y muy dueño del secreto del as de oro, siguió siendo un enigma, porque, según creo, más que el oro le atraía su vocabulario. Me han contado que le ofrecieron una subsecretaría en un ministerio económico y que la rechazó. También me han contado que, ante el rechazo, le ofrecieron el ministerio y Petrus también lo rechazó. Y cuentan, en fin, insisto en ese verbo, *cuentan*, dijo Olúas, que prefirió designar al ministro sotto voce. De esto no hablamos en la cena, muchas de estas cosas me las contaron después de las medallas los portavoces de la política y, como bien se sabe, los rumores políticos deben ponerse siempre en entredicho, entre comillas, entre líneas y entre entretres. Que, aunque no sean ciertas, ciertas cosas se propaguen, ya es indicio suficiente, ya encierra un sentido troppo vero. En cualquier caso, y esto aparte, según expertas y autorizadas opiniones, hay un mérito singular en Petrus: su habilidad para que nunca se hayan confundido su persona y sus negocios. Tal vez haya sido la cabeza pensante de *NRQ*, pero no la cabeza visible. Ha sabido, en suma, gobernar y decidir desde la sombra, desde la penumbra estricta y crepuscular del ático, desde el agua fría

y la ley severa. Es casi norma estatutaria de empresas y de las llamadas entidades financieras que no tengan otra imagen que la de su presidente, su pontífice, su patriarca, porque, si la vanidad humana no tiene límites, la vanidad empresarial es sobrehumana. En *NRQ*, en cambio, la imagen es *NRQ*, no la figura de Petrus arrastrando tras sí un imperio, sino un imperio sostenido en sí mismo, en sus minúsculas arrogantes, en su vieja omega, un imperio objetivo. Por eso despidió al viejo empleado que usó su nombre en vano, el que dijo tu es Petrus et super hanc petram aedificabo ecclesiam meam, no por el mal chiste evangélico ni porque los oráculos más abominables sean precisamente los que se cumplen, sino porque Petrus no quería ser la piedra sobre la que se cimentara *NRQ*, porque *NRQ* tenía que cimentarse en sí misma, ser su propia piedra, un desafío académico, textil y tipográfico. Eso al menos se dice. Y lo cierto, en cualquier caso, es que, según he podido comprobar en estos días, bien por la concesión de la medalla, bien por los méritos empresariales acumulados, cuando le asediaban los medios de comunicación, y le felicitaban, y le proponían entrevistas inverosímiles, y le preguntaban de todo y sobre todo, Petrus procuraba eludir todo compromiso y hacía pintorescos equilibrios en la tangente. A veces respondía, sí, enigmáticamente, a veces de forma metafórica, a menudo con sorna. El sol tiene la extensión de un pie de hombre, respondió a una pregunta sobre el protocolo de Kioto. Todos los seres son el mismo ser y todo oro es el mismo oro, respondió a una pregunta sobre la moneda única europea. Aun los que se bañan en los mismos ríos se bañan en distintas aguas, respondió a una pregunta sobre el plan hidrológico. Y así iba engarzando máximas y proverbios, con desgana y por diversión, según creo, pero también, permitidme la inmodestia, porque estaba yo presente, porque sólo yo podía entender la mezcla de humor y pesadumbre. ¿Hay algo que le haya emocionado especialmente?, le preguntó una periodista en la fiesta de las medallas. La ironía de un viejo profesor, respondió Petrus. ¿Ironía?, insistió la chica. Petrus sacó del bolsillo un pequeño envoltorio. ¿No lo abre?, siguió la chica. Materia de la memoria, dijo Petrus levantando el regalo: cuenta y razón de *NRQ*. Pero no deshizo el envoltorio. Un paquete envuelto en papel de oro mate, dijo Olúas con ironía ática. Tampoco me llevó al desván de sus devaneos enriqueños, añadió. Y cuando, al cabo de dos días de

ajetreo y de actos institucionales y de comidas oficiales y de saluciones y de agobio, me acompañó por última vez hasta el hotel, me hizo un regalo de despedida (*Surte Petrus*, pensamos, *Or de Pedro*, π erre π , π ® π , palíndromos a medias, tentativas) y una confesión última. ¿Sabes, Saulo?, dijo. Lo miré perplejo, sin saber si iba a gritar o a susurrar, si iba a juzgar o a resumir o si iba, en fin, a preferir la oscuridad y el silbo cóncavo del viento. Tenía razón Zenón de Elea, dijo, no razón dialéctica, añadió, sino razón real. Pensé: ¡Ah, el ayer!, ¡el ayer! Por muy veloz que sea, por mucho que corra, pese a su condición heroica, dijo, Aquiles nunca alcanza a la tortuga.

Monólogo del enemigo

No basta el odio para ser enemigos, dijo mirándonos serenamente desde la penumbra del local. No basta el odio, repitió. Acabábamos de asistir a la escena de una degradación, a una humillación más pintoresca que cruel, en la oscuridad de media tarde de una pequeña cafetería lateral, pero todo lo que el hombre dijo, al principio, fue sólo eso. Miró a su copa y pronunció despacio, con mansa tristeza, esa frase rotunda. No basta el odio para ser enemigos, no basta el odio. Encaramado a un taburete, en el mejor rincón, a veces se acodaba en el mostrador, a veces agitaba con delicadeza un vaso largo de alcohol y fijaba los ojos en el leve tintineo del hielo. No sé si habíamos advertido antes su presencia más allá de la mera percepción, o del llamativo tono rojo de su corbata, lo único destacable en su atuendo y su persona, ni si había advertido él la nuestra, porque, aunque todos estuviéramos ante la misma barra en la misma hora de la tarde, cada uno andaba en el extravío solitario de sus pensamientos. Pero de pronto entró un individuo arrollador, con un teléfono móvil en la mano y encadenando maldiciones tecnológicas contra la inoportuna caducidad de las baterías. ¿El teléfono?, preguntó. El camarero hizo un gesto con la mano y fue entonces, mientras atravesaba el local siguiendo el índice del camarero, cuando vio al hombre de la corbata roja. Hola, condiscípulo, dijo con alegría zumbona, y después miró al camarero. Póngale una copa, dijo y, empuñando el teléfono con brío, señaló al hombre de la corbata roja. El camarero echó varios cubitos de hielo en un vaso largo, añadió luego con parsimonia y precisión la adecuada proporción de whisky y depositó la copa sobre un posavasos con la silueta de sagitario junto al hombre del rincón, que no había levantado la vista de la copa anterior. Entretanto, el tipo del teléfono marcaba números sin parar, como poseído por alguna oscura fuerza digital, y, tal vez porque no le respondían en ningún sitio, engarzaba maldiciones sin fin, maldiciones sonoras, estentóreas, desmesuradas. Supongo que por eso le mirábamos, por el volumen y el desparpajo de su voz, pero él no se sintió aludido por nuestras miradas, antes al contrario, hizo otra señal al camarero, una ronda completa, dijo, y trazó un par de círculos con la mano, como si moviera un azucarillo

con el índice. El camarero fue llenando vasos con elegancia y pulcritud, absorto en esa suerte de danza ritual y articulada que da la profesión, y el tipo del teléfono debió de obtener respuesta, porque empezó a dar órdenes con inapelable autoridad. Durante todo el rato guardamos silencio, para no interferir en las derivaciones telefónicas, y nos mantuvimos de espaldas a la voz, incluso cuando, con gestos, extendiendo un billete doblado, pidió cambio en monedas para la máquina de tabaco mientras seguía hablando, gruñendo, dictaminando. Hasta que al cabo de unos minutos (la conversación fue, sin duda, considerablemente larga, o tal vez la situación, la incomodidad de no poder dejar de oír, hizo que pareciera interminable) colgó el teléfono y sin decir nada se dirigió a la puerta. En el momento en que cruzaba el umbral fue requerido por el camarero con manifiesta indignación. Oiga, oiga, gritó. El hombre se volvió con cierta impertinencia explícita y esperó con aplomo, incluso con arrogancia, la voz de las reclamaciones. Las copas, dijo el camarero e imitó el movimiento del índice disolviendo los azucarillos. El hombre se echó a reír. Eso, dijo, allí, el condiscípulo, y apuntó con dos dedos extendidos, índice y corazón, como si disparara, dos o tres veces, al hombre de la corbata roja. Luego se echó a reír, una carcajada simpática a pesar de todo, sopló los dedos y se marchó. Fue entonces cuando nos volvimos hacia el rincón, como si los taburetes giraran solos, y cuando el hombre de la corbata roja aguardó un rato, y sostuvo con la mirada baja nuestras miradas perplejas, y bebió un sorbo de su vaso largo, y cuando finalmente habló. No basta el odio para ser enemigos, no basta el odio. Y enseguida dio otro sorbo lento, apagado, oscurecido. La barra tenía forma de ele mayúscula y él estaba en la pata corta de la ele, mientras nosotros ocupábamos el trazo largo, así que dábamos la impresión de varios bebedores solitarios en línea mirando de perfil al hombre situado en el rincón. Si levantaba los ojos, él podía vernos la cara a cada uno de nosotros, pero nosotros sólo veíamos nuestros propios perfiles y el rostro sereno y sosegado y como vencido, como aquejado de pesadumbre crónica, del hombre del rincón. Un enemigo no es el que odia, dijo, o al menos no es sólo el que odia, sino el que puede hacer daño y hace daño, el que de forma consciente y voluntaria causa daño. Sólo quien tiene poder para hacer daño puede convertirse en un verdadero enemigo, dijo. Si, además, se recrea en el daño, si el daño es gratuito, si disfruta ocasionando

dolor y sufrimiento, entonces el enemigo pertenece a una categoría irracional, específicamente humana, en el territorio de la locura. Los enemigos no se fraguan en el fuego lento del deseo, dijo, ni en las maquinaciones más o menos perversas del pensamiento, sino en la crueldad tangible de los hechos. El odio es una facultad del deseo, dijo, y es una facultad del pensamiento, dijo, pero el enemigo sólo existe en la verdad de los hechos, en la práctica de la atrocidad, en la realidad de la venganza, dijo. En cualquier caso, puntualizó, odio es una palabra demasiado grande, desde luego más grande que el hombre. De hecho, puede decirse que a los hombres sólo les corresponde el amor, porque los hombres son débiles por naturaleza, son frágiles. El odio, en cambio, es fuerte, el odio es superior al hombre. En realidad el odio sólo les corresponde a los dioses. Pero los hombres se ejercitan en el odio para ser como dioses. Ése es el verdadero pecado original. Bebió un sorbo de la copa a la que le había invitado el hombre del teléfono y que el hombre del teléfono había dejado luego sin pagar. Nosotros mirábamos en silencio, indecisos, sin atrevernos a intervenir, tal vez pensando que el hombre de la corbata roja estaba un poco loco, o que era un individuo derrotado, hundido, en las, como suele decirse, hondas y procelosas simas del abatimiento. Durante muchos años ha sido mi enemigo, dijo, durante todos los años, incluso en mi entendimiento no cabía otro nombre para él que mi enemigo, dijo, más aún, no ya mi enemigo, sino *el* enemigo. Y subrayó las últimas palabras, *el enemigo*, con énfasis cursivo. Sabíamos que se refería al hombre del teléfono, estaba claro, no hacía falta preguntar y, por supuesto, no preguntamos, nos limitábamos a seguir el hilo sinuoso de sus divagaciones. Éramos enemigos declarados y notorios, dijo, somos enemigos declarados, no ya porque nos odiáramos, que nos odiábamos, dijo, nos odiamos, sino porque andábamos siempre buscando el modo de ejercer el odio, porque vivíamos prisioneros de nuestra crueldad, de nuestra vileza, de nuestras mezquindades. Se calló un momento, tal vez buscando en la memoria los materiales del relato, o las palabras idóneas, y en ocasiones parecía desechar con un ademán leve la recuperación de algún recuerdo inoportuno, o doloroso, o insignificante. Todavía antes de seguir se quedó mirando pensativo durante mucho rato la luz tenue que las lámparas vertían sobre los vasos, sobre el barniz brillante de la barra. Después siguió

desmenuzando la trama de sus aventuras. Desde los tiempos de instituto hemos sido enemigos, dijo, desde el primer día en el instituto. Nos colocaron juntos, por apellidos, en el segundo pupitre, al lado de una ventana. Nunca nos habíamos visto, dijo, no nos conocíamos, pero bastó compartir pupitre el primer día del primer curso de bachillerato para sellar una enemistad gradual y perdurable. Ya el primer día del primer curso de bachillerato, dijo, empezaron las traiciones. Se detuvo un momento, para beber un sorbo, humedecerse apenas los labios, y para sopesar el valor, la precisión semántica de las palabras. Prolongó la pausa más allá de la luz vertical de las lámparas. Traición no es la palabra, dijo, la traición exige un requisito previo que entonces no se daba, que de hecho no se ha dado nunca, la traición sólo es posible donde también sea posible la lealtad, no existe la traición en el vacío, se traiciona la amistad, dijo, se traiciona el amor, se traicionan los contratos, dijo. Por eso no puede hablarse de traición, porque no éramos amigos, no íbamos a serlo nunca. Tampoco importa demasiado, dijo. A menudo las cosas empiezan y no se sabe cómo y no se sabe por qué. La condición humana es miserable, dijo, el hombre es miserable. No hay otra cosa que miseria, miseria moral, quiero decir, dijo, sólo miseria moral. Y, sin embargo, en este caso yo recuerdo con total nitidez cómo empezó y por qué, cómo se inició la primera batalla y la guerra entera, cómo nos declaramos enemigos, enemigos firmes, irreconciliables, eternos. Estábamos en la segunda clase de la mañana, en historia de las civilizaciones y del arte, y de pronto mi enemigo, el enemigo, dijo, empezó a silbar, aún tengo en el oído el arranque de la melodía, que era la banda sonora de una película del Oeste, un *spaghetti western*, pero, más que el recuerdo de la música, tengo en la cabeza la imagen del rostro del enemigo, los gestos desmesurados, las muecas de reprobación, los ojos de asombro, fuera de órbita, con que me miraba, como si nunca en su vida hubieran contemplado cosa igual, de modo que el profesor de historia de las civilizaciones y del arte interpretó erróneamente los indicios y me acusó de silbar, de interrumpir la buena marcha de la clase, de poner de manifiesto mi escasa educación y mi actitud absolutamente negativa ya el primer día de clase. Intenté protestar, desviar la culpa, pero no hubo lugar. Tú no sabes con quién te la estás jugando, dijo el profesor de historia. Y, en efecto, dijo el hombre de la corbata roja, no lo sabía. A partir de aquel momento el profesor

de historia, que era un pobre hombre sin carácter, iracundo, pero sin carácter, me hizo la vida imposible. Nunca le perdoné al enemigo la acusación ni, menos aún, el procedimiento, que hay que reconocer que era sagaz, incluso que rozaba la perfección, pues no tiraba la piedra y escondía la mano, como es habitual, sino que tiraba la piedra y acusaba con la mano, y, naturalmente, me consolé elaborando en silencio un juramento, mi propósito de venganza. Que, como casi todo en esta vida, no tardó en llegar. Apenas un mes después, para el primer examen de historia, ideé un artilugio sutil, un mecanismo de gomas y cinta adhesiva, con el que coloqué debajo del pupitre del enemigo una chuleta minúscula, casi invisible, pero presentera. Tal y como deseaba, el profesor la vio y, en consonancia con su carácter odioso, armó una bronca pedagógica de primer orden. Hubo algo, sin embargo, que llamó sobremanera mi atención: el enemigo no protestó, en ningún momento negó las evidencias, se limitó a mirarme con ojos entre sorprendidos y risueños y guardó silencio. Abandonó el aula sin un mal gesto, asumió el castigo, aceptó el suspenso, nada dijo. Pero a partir de aquel examen, tras devolverle el golpe del primer día, vivimos cada uno pendiente del otro, siempre al acecho, maquinando las rutas gratuitas del dolor, del sufrimiento, de la herida. No nos soportábamos, nos detestábamos abiertamente, de modo explícito, sin tapujos, casi exhibiendo nuestra inquina, aunque, dada la discreción con que recibíamos cada andanada, ni alumnos ni profesores advirtieron nunca los ingredientes de una batalla que duraría todo el bachillerato. Hubo un día, por ejemplo, no mucho después, en que irrumpió en el aula el jefe de estudios, un hombre alto y colérico, con el rostro enrojecido por el furor. Entró con un estrépito silencioso, quiero decir que, cuando el jefe de estudios entraba en un aula, durante una clase, el silencio era tan imponente, tan sobrecogedor, que atemorizaba con el fragor y el estruendo de una batalla en campo abierto. Lo acompañaba un muchacho encogido, disminuido por la gravedad del acontecimiento, que escondía el rostro y hundía los ojos en el suelo con obstinada rigidez. ¿Quién ha sido?, le preguntó el jefe de estudios al muchacho con el torrente vocal de la autoridad académica. El muchacho no fue capaz de responder, parecía aterrado, pero levantó el brazo con mucho trabajo, muy despacio, como si no pudiera con su alma, y extendiéndolo con extraña timidez, trazando un recorrido lánguido en el aire, me apuntó sin

vacilar. En el aula reinaba un silencio más que sepulcral, un silencio de espanto, la curiosidad y el vértigo aliados con el terror. A la palestra, dijo el jefe de estudios mirándome fijamente. Coja su cartera, ordenó (nos trataba de usted). Y ahora, dijo, con mucho cuidado, sin trampa ni cartón, vaya vaciándola muy lentamente, vaya depositando los objetos uno a uno sobre la mesa, y diga en voz alta y clara, muy alta y muy clara, el nombre de cada objeto, ¿entendido? Asentí con la cabeza, abochornado. Ya, dijo el jefe de estudios. El adverbio sonó como un pistoletazo y yo empecé a sacar cosas de la cartera, a colocarlas sobre la mesa del profesor y a decir en cada caso de qué se trataba. El libro de historia, grité, el libro de religión, el libro de francés, un cuaderno, otro cuaderno, un lápiz, una goma, un bolígrafo azul, un bolígrafo rojo, y así seguí, canturreando aquella ridícula letanía, hasta que la cartera quedó completamente vacía. ¿Ya?, preguntó como un trueno el jefe de estudios. Ya, dije. Deme la cartera, dijo. Se la di y entonces, exageradamente, como un histrión, de modo muy visible, para que todos advirtieran qué estaba haciendo, empezó a buscar ostensiblemente por todos los huecos, por todos los compartimentos, hasta que de pronto se detuvo con una terrible mueca de satisfacción y entendimos no sólo que había encontrado lo que buscaba, sino que había encontrado lo que sabía que iba a encontrar. Y entonces, emulando los trucos de magia de los prestidigitadores, con tres dedos sacó de la cartera una magnífica pluma estilográfica y la mostró, como un trofeo, a la clase entera. ¿Es ésta?, preguntó al muchacho que lo había acompañado. El muchacho asintió con la cabeza. ¿Cómo ha llegado esta pluma a *su* cartera?, me preguntó. Pero yo ya había aprendido la lección. Si el primer día de clase intenté protestar, ahora sabía que no tenía sentido, de modo que miré con ojos derrotados al enemigo y guardé silencio y me dispuse al castigo, que, he de confesarlo, fue duro, excesivo, policial, una mancha indeleble en mi expediente académico y una espada de Damocles en forma de denuncia o de querrela si reincidía en nuevas sustracciones. Aquí el hombre de la corbata roja hizo una pausa, bajó los ojos hacia el vaso y los levantó luego hacia nosotros y, como viera que seguíamos con total entrega la deriva de sus palabras, se dispuso a seguir. Por entonces creí descubrir la magia hipnótica del número tres, dijo, pues advertí que la estrategia de acoso del enemigo se componía siempre de tres actos: en el primero me provocaba

con algún hostigamiento leve, en el segundo esperaba que yo le devolviera la ofensa duplicando o triplicando su valor y en el tercero, cargado de razón, con todos los motivos para la venganza, me asestaba un golpe terrible, centuplicaba los límites de la agresión. Yo creía que era la magia del tres, pero ahora sé que estaba equivocado, que los dramas pueden tener tres actos y las novelas planteamiento, nudo y desenlace, pero el odio y el mal son binarios y se suceden en espiral, que cuando se comete la primera villanía ya no hay causa ni efecto, sino encadenamiento de villanías y concatenación de mezquindades. Así es el hombre, dijo, así es el tiempo: la noche sucede al día y el mal sucede al mal. Eso es la historia, señores, una sucesión de iniquidades. Y, tras esta reflexión sobre teoría narrativa o sobre la estructura de la acción, guardó un largo silencio. Parecía, de hecho, que no iba a hablar más, que daba por concluido su discurso y que, por tanto, dejaba que cada uno de nosotros buscara por sí mismo el sentido de sus palabras y las aplicara según su propio entendimiento al incidente con el hombre del teléfono. Entonces uno de nosotros hizo ademán de levantarse y de pagar la cerveza que el enemigo había dejado sin pagar. El camarero, que miraba a unos y otros sin saber muy bien qué hacer, se apresuró a retirar el botellín vacío, el vaso, el plato con los huesos de aceituna. Pero antes de que se hubiera levantado el cliente y antes de que el camarero hubiera terminado de limpiar el mostrador, el hombre de la corbata roja detuvo el movimiento. No cobre, dijo. Y ponga otra ronda, añadió. El camarero no reprimió un gesto de contrariedad ni un gesto de alivio, tal vez porque tales confianzas no cuadraban con una cafetería seria y solitaria, discreta, como aquella, pero al mismo tiempo interesado en los pormenores del relato. Tal vez el hombre de la corbata roja fuera un cliente habitual. De hecho, tenía el aspecto de ser cliente habitual. La forma en que se había adueñado del rincón, el modo como controlaba desde el taburete el local entero, incluso los gestos, delataban una familiaridad con los objetos, con el espacio, con la distribución del mobiliario, que no sería verosímil en un cliente circunstancial. Tal vez por eso el camarero había esbozado el gesto de contrariedad, por respeto a alguien que siempre habría tenido un comportamiento digno y que ahora se deshacía en una explosión de confianzas, porque no quería saber nada comprometido de alguien a quien veía todos los días, para no tener que

enfrentarse al día siguiente a alguien a quien (dentro de los límites de una relación de hostelería reglamentada) estimaba y apreciaba con el peso de unas confesiones impúdicas, secretas, vergonzosas. Sin embargo, tras algunos titubeos (al fin y al cabo, tampoco sabía nuestra actitud ante los derroteros de una segunda invitación), el camarero puso otra ronda, cervezas, ginebras, vinos gran reserva y repartió en diversos platitos por el mostrador aceitunas, frutos secos, galletas saladas. Cabe entender que cada uno de los que escuchábamos éramos clientes del local, pero aislados, cada uno desconocido para los demás, salvo para el camarero, que a cada cual le puso, sin preguntas ni error, su aperitivo correspondiente. Tal vez habíamos coincidido por azar en una hora distinta de la habitual. Tal vez sólo uno de nosotros era dueño del momento. Tal vez fuera el hombre de la corbata roja quien estaba siempre allí a aquella hora de la tarde. Esto son cosas que no pueden saberse y que, además, son secundarias. Desde entonces hemos sido enemigos, habló de nuevo el hombre del rincón, como si se dispusiera a contar la segunda parte de su historia, o el segundo acto, o el nudo. Enemigos profesionales, puntualizó. Desde entonces no nos hemos separado, dijo, siempre hemos ido de la mano, como si el odio y la enemistad fueran los vínculos más duraderos, las uniones inextinguibles. Seguimos juntos en la universidad, en la facultad de derecho, hicimos juntos las milicias, en un campamento infernal, y trabajamos en la misma empresa, ahí fuera, dijo, en el diecisiete. Y siempre, siempre, en todas partes, siempre se han repetido los ciclos de la iniquidad y la ignominia. No quisiera cansarles, dijo, no quisiera relatarles todos los mecanismos de la guerra, todas las trampas, todos los sinsabores. ¿Qué puede decirse, por ejemplo, del ejército, que es el lugar más propicio a la brutalidad y la injusticia? ¿Hay algo más inhumano que la formación militar del hombre? ¿Cómo no íbamos a desarrollar allí nuestra pasión y nuestra furia? En esta ocasión, sin embargo, me adelanté. Por eso digo que no hay magia en los números, que las acciones pueden contarse, pero eso no las vincula a la cantidad. Lo cierto es que envenené la comida de todo el regimiento una semana en que el enemigo era el responsable de cocina, un responsable subsidiario, por lo demás, pero, como ustedes saben, las responsabilidades militares empiezan por abajo y nunca llegan a la cima. El caso es que más de mil soldados anduvieron durante dos o tres días corriendo

por las letrinas con gastroenteritis y, como las letrinas no eran suficientes para tanta necesidad y tanto apremio, por todos los rincones, en las traseras de la cantina, al arrimo de los árboles del campo de instrucción, al abrigo sagrado de las garitas, por todo el cuartel había defensores de la patria dando rienda suelta a sus desvaríos intestinales. He de decir que yo también, que no me delaté con mi abstinencia. Pero el enemigo no. El enemigo no comió lo que comimos todos, lo que le hacía doblemente culpable: por no haber evitado la intoxicación de la tropa y por no haberse intoxicado. De modo que lo arrestaron, lo tuvieron un mes en el calabozo y no lo degradaron para no arrastrar en la caída a un oficial profesional. Durante un mes estuve a un tiempo tranquilo y atemorizado: tranquilo por el tiempo que tenía por delante, atemorizado porque el tiempo vuela. Y, en efecto, al cabo de un mes el enemigo volvió. Venía demacrado, desmejorado y, como era de esperar, con espíritu de guerra. Lo supe apenas lo vi y lo viví al cabo de unas semanas, un mes tal vez, o dos, en el transcurso de unas maniobras militares. Como saben, las maniobras militares son (o eran entonces) simulacros de guerra, chanza y fogeo: la toma de una colina, la defensa de un puesto, cuerpo a tierra, camuflajes, fuegos artificiales, juegos así. En aquella ocasión el guión era el de siempre, una degeneración ridícula de la guerra de Troya: yo tenía que tomar con un pelotón una colina que el enemigo tenía que defender con otro pelotón. En este contexto, como comprenderán, y aunque sólo sea de modo irónico, la palabra enemigo tiene una doble dimensión, personal y militar. Nos acercamos arrastrándonos entre los matorrales con escaso espíritu táctico, o sea, con demasiada algarabía, cosa que no tenía la menor importancia, porque el enemigo sabía que teníamos que llegar, eran las órdenes. Y, como estaba previsto, cuando el enemigo vio que los árboles se movían empezó a disparar a las ramas y a los que nos refugiábamos bajo tan liviano escudo. No os preocupéis, les dije con tono jocoso a los míos, no pueden darnos. Algún soldado me siguió la corriente. Tenga cuidado, mi sargento, que no se andan con chiquitas, dijo, que éstos tiran a dar. Las balas silbaban sobre nuestras cabezas, arreciaban inofensivas a cada movimiento, pero, como había que seguir las instrucciones y como aquella metralla no era impedimento serio, al cabo de un rato mandé atacar. De pronto un soldado que avanzaba a mi lado aulló de dolor, como si le hubieran alcanzado los

disparos. En sintonía con el jolgorio, que era casi protocolario en tales simulacros, le recriminé la falta de coraje en una hazaña tan ardua y tan provechosa para la patria. No, mi sargento, dijo, que me he lesionado, que esto es un esguince. Sacamos un pañuelo blanco en la boca de un cetme y empezamos a dar voces, alto el fuego, tenemos un herido, pero el enemigo siguió disparando sin descanso su artillería de fogueo. Realmente era un imprevisto: no sabía qué hacer. Pensé que, tomara la decisión que tomara, tendría dificultades: que me equivocaría si seguía el ritmo cojo del herido y que me equivocaría si lo dejaba atrás, abandonado. Un cabo me dio la solución. Puede dividir el pelotón, mi sargento, dijo. Yo tomo el mando de un grupo para evacuar al herido y el resto asalta la colina. Y después nos reagrupamos. Tal vez fuera una contravención de las órdenes, pero aceptamos la idea. Y yo atacaría por detrás, añadió el cabo, que por ahí no nos esperan. No me pareció mala estratagema y decidí ponerla en práctica. Dividí al pelotón en dos grupos, uno, a las órdenes del cabo, para evacuar al herido y otro, a mis órdenes, para tomar la colina. No haga eso, mi sargento, de verdad, dijo el herido, que le meten un paquete. Tenía razón: iba contra las órdenes. Pero como seguían los disparos, también contra las órdenes, pues tenían que haber visto el pañuelo blanco, y como no sabíamos a qué atenernos, pusimos en marcha el operativo. Unos cuantos, a escondidas entre los matorrales, trasladaron al herido al puesto de socorro que acompañaba a la expedición. Que no os vean, ordené. No, mi sargento, dijo el cabo, mejor que nos vean, que crean que nos vamos. Entonces, aprovechando la confusión de los arbustos, rodeamos la colina sigilosamente y subimos por donde, según el cabo, no nos esperaban. Al suelo todo el mundo, dijimos al llegar a la cima y todos los enemigos se tiraron, de barriga, cuerpo a tierra. Eso es trampa, mi sargento, protestó un soldado enemigo, tenía que ser de frente. Y entonces ocurrió algo incomprensible. La bandera que ondeaba en la cima de la colina estaba ardiendo. El jefe del pelotón enemigo, o sea, el enemigo primordial, se abalanzó sobre ella, la rescató del fuego, apagó los bordes con sus propias manos con muchos aspavientos y con la bandera a medio quemar se encaró conmigo lleno de ira. Te pasas las órdenes por el forro, condiscípulo, dijo, subes a traición, haces la guerra por tu cuenta y encima le prendes fuego a la bandera. Si de mí dependiera, condiscípulo, tú

ibas a un consejo de guerra. En ese momento advertí que algo pasaba, que el enemigo me hablaba a mí, pero que no me hablaba a mí. Los soldados, los míos y los suyos, miraban con ojos atónitos. Esto no es un juego, sargento, sonó entonces a mis espaldas una voz blanda, afónica, aflautada. Era la inconfundible voz del comandante, nunca podrán imaginar hasta qué punto inconfundible. Según parece, al advertir la irregularidad de la maniobra, había decidido comprobar con sus propios ojos en qué paraba todo aquello. Y he visto bastante, dijo, más que suficiente. Naturalmente, me arrestaron. No fui a un consejo de guerra, pero tampoco faltó mucho, porque nada hay tan peligroso como profanar un símbolo sagrado. Algún patriota, de hecho, insistió en ello. Me interrogaron de mil maneras, de mil modos me preguntaron por qué había quemado la bandera, qué infame ideología totalitaria o qué perverso anarquismo se escondía tras mi gesto. Nunca negué los hechos ni me declaré inocente, eso ya lo había aprendido, pero tampoco supe inventar unos motivos claros. Si algo me salvó, a la postre, aunque no sé muy bien de qué, fue un gesto de lealtad, cuando se supo, no sé cómo, que la idea de rodear la colina había sido precisamente del cabo y que, pese a todo, en ningún momento lo acusé de nada. Esa asunción de una responsabilidad que no era inicialmente mía me salvó. No deja de ser una virtud militar, me dijo el comandante. El viejo lema marinero, ya saben: el capitán es el último en abandonar el barco. Se limitaron, pues, a suspenderme las prácticas, con todo lo que eso significaba, a saber, cumplimiento del servicio militar íntegro como personal de tropa. Por eso digo que no sé de qué me salvó, de qué prisiones militares, de qué colonias penitenciarias. Curiosamente, al enemigo también lo arrestaron, más aún, lo enaltecieron y lo arrestaron simultáneamente, que al ejército nacional le gustan las paradojas, resuelve las contradicciones con inflexible lógica marcial, o sea, que lo enaltecieron por haber arriesgado la integridad de sus manos a favor de la bandera y lo arrestaron por no haber defendido la bandera con eficacia. Dado el carácter heroico de su gesto, fue, en realidad, un arresto simbólico, para que no quedara nada impune, y ya no estuvimos más al frente de ningún pelotón ni en ningún otro juego de guerra. Pasamos los últimos días en el calabozo de suboficiales y del calabozo salimos directamente a la calle, él licenciado, yo, como un desertor, obligado a repetir el proceso. Nunca sabré, sin embargo,

qué participación tuvieron en el juego el cabo ni el soldado del esguince, si el esguince fue verdadero o falso, si lo que hizo el cabo fue poner sobre aviso al comandante, si fue el propio enemigo quien prendió fuego a la bandera, en fin, nada, nunca supe nada, nunca pregunté, algunas cosas es mejor no saberlas, dijo, porque la imaginación no tiene límites, sobre todo si va gobernada por el odio. Se detuvo un momento, como si a él mismo le hubieran sorprendido sus últimas palabras. Después, con gesto abatido, prolongó la pausa y el silencio durante mucho tiempo, más allá sin duda de toda expectativa, pero ninguno de nosotros esbozó el menor ademán de retirada, tal vez porque, interesados en los pormenores del relato, ya habíamos entendido que no convenía precipitar el curso de la narración y que el menor movimiento de fuga obligaría al hombre de la corbata roja a hilvanar las secuencias de la trama sin la debida reflexión. De modo que respetamos inmóviles la dimensión de su silencio y aguardamos igualmente inmóviles la reanudación de sus palabras. Ustedes habrán oído decir que a enemigo que huye puente de plata, dijo luego, y se trata sin duda de un sabio consejo, muy recomendable, pero el verdadero enemigo nunca huye, el verdadero enemigo siempre persigue. A veces puede parecer que huye, que se oculta, que desaparece. Tal vez, en ocasiones, pasen los meses y los años sin que el enemigo dé señales de vida, sin que ataque. No importa. Son emboscadas. Las estrategias del odio son inagotables. En cualquier momento, de la forma más insospechada, el enemigo aparecerá de nuevo, nos pillaré desprevenidos y, sin darnos tiempo para reaccionar, asestará el golpe, golpe tras golpe, sin fatiga, hasta el golpe final, definitivo. Así es la teoría, dijo, y así es la práctica. Así es, añadió en voz muy baja, como hablando para sí mismo. Hizo un gesto elocuente al camarero y después continuó. Cuatro o cinco años después de las milicias vine a parar aquí, dijo, ahí fuera, y señaló hacia atrás con el pulgar, como quien hace autoestop despreocupadamente, refiriéndose sin duda a alguno de los edificios situados en los alrededores de la cafetería, alguno de esos bloques de oficinas monstruosos, esa arquitectura brillante, reflectante, metálica, plastificada, con que los grandes de las finanzas iluminan con quincalla las metrópolis. Durante años he trabajado ahí y bien puedo decir que la suerte ha estado siempre de mi lado, la suerte profesional, se entiende. Ha habido trabajo y ha habido beneficios, ha habido

prestigio y ha habido prosperidad. Eso es el triunfo. No me quejo. Tampoco me quejaría en caso contrario. Es algo que le debo al enemigo, lo que aprendí en lo que podíamos llamar, para entendernos, el episodio del examen de historia. Allí aprendí a no quejarme y es algo que agradezco. Prefiero la resignación a los lamentos, dijo, prefiero el estoicismo a las plegarias. Pero, en cualquier caso, no me quejo, no tengo motivo alguno para la queja. O, en todo caso, dijo, no tenía. Porque hace dos años el enemigo regresó. Llegó como caído del cielo de Nueva York, donde había vivido varios años al timón imperial de la World Wise Wealth, y llegó para salvarnos del desastre. Éramos un barco a la deriva y llegó el enemigo para reflatarnos. Me creerán si les digo que todavía no sé muy bien lo que ocurrió, ni cómo, ni por qué ocurrió, y si les digo al mismo tiempo que sé muy bien lo que ocurrió, y cómo ocurrió, y por qué. Se sucedieron maniobras de trileros, faroles, órdagos, escaleras de color. Lo cierto es que hace cinco años nuestra estrategia de fusiones, de atracción y de acaparamiento de clientela internacional nos llevó a la cima. Como responsable de área, yo tuve que tomar decisiones arriesgadas, especialmente una primera decisión muy arriesgada, la que, para simplificar, podríamos llamar decisión *A*. Durante mucho tiempo yo estuve dando vueltas en la cabeza a la decisión *A*, mirando los pros y los contras, la dimensión del riesgo, las consecuencias del fracaso, los compromisos que acarreaba y el giro radical que supondría para nuestros intereses y nuestro sistema de trabajo. Finalmente, tras anticipar y resolver todas las confabulaciones del porvenir, adopté, no sin audacia, la decisión *A*. Fue un acierto pleno y en la misma medida en que resultó fructífera y provechosa y favorable, exactamente en la misma medida, impuso la necesidad de tomar las decisiones siguientes, la decisión *B*, la decisión *C* y la decisión *D*, y después, por los mismos motivos, y tras escalar un servidor todos los peldaños orgánicos de nuestra jerarquía societaria, hasta llegar a sentarme en el vértice mismo de la pirámide, la decisión *E*, la decisión *F* y la decisión *G*. Habíamos entrado en una espiral imparable de crecimiento económico y nada podía detenernos. No haber tomado cualquiera de las decisiones intermedias, la decisión *F*, por ejemplo, habría dado al traste con nuestro desarrollo empresarial. Al cabo de dos años de frenesí financiero me di cuenta de la magnitud de los hechos. Aparentemente yo tomaba grandes

decisiones, pero sólo aparentemente. Digamos que yo daba el visto bueno a una decisión que venía empujada por la anterior, como las fichas de dominó cuando se arrastran en la caída. Entonces empecé a sentir vértigo. Supe que estaba atado de pies y manos y, más aún, que yo mismo era el único responsable de las ataduras. Hasta que ocurrió lo que tenía que ocurrir, hasta que se produjo un error: la decisión *H*. Ahí empezaron nuestros problemas y ahí se fraguó nuestra quiebra. Pero ya era imposible volver impunemente a la situación previa, ya no podíamos acogernos a la inocencia anterior a la decisión *A*, ya teníamos que arrastrar en nuestra caída todo el prestigio, toda la prosperidad, todo el trabajo y todos los beneficios. Habíamos pasado en siete u ocho años de pequeños a medianos y después, muy rápidamente, de medianos a grandes, y eso encierra un grave peligro, porque, cuando se roza o se alcanza la grandeza, cuando se es una vez verdaderamente grande, ya nunca se puede volver a ser pequeño. Los pequeños sobreviven, pero los grandes se extinguen. Y fue en ese trance, hace dos años, cuando se decidió buscar una mano firme que gobernara el barco a la deriva y que nos condujera al mejor puerto, toda esa aborrecible terminología marinera que tan impunemente se aplica a las adversidades. Ustedes saben de sobra a quién se encomendó esa tarea. Tal vez también sospechen que no había posibilidad de elección, que al igual que en el periodo de éxitos todo avance obedecía a la inercia del dominó, ahora toda la inercia apuntaba al alto directivo de la World Wise Wealth. Hablo del enemigo. Y, en efecto, llegó el enemigo. Llegó con el mismo ímpetu con que ha entrado aquí esta tarde, con la misma euforia, con la misma simpatía. En la primera reunión de trabajo descubrió sus armas, lo que él llamaba método uve doble triple. Quedas degradado, dijo, a partir de este instante eres un simple soldado raso. Personal de tropa, pues. Creo que nadie se esperaba tamaño despropósito ni tamaña humillación, pero lo cierto es que tampoco nadie tomó el partido de mi defensa, nadie quiso arrimarse a la senda del perdedor, porque en este mundo nadie quiere contaminarse con el olor de la derrota, un virus verdaderamente contagioso. Pensé que el enemigo quería entrar pisando fuerte, subrayando su autoridad, y, para ello, nada mejor que empezar conmigo, el antiguo compañero de pupitre, el viejo camarada militar. Si se comportaba así conmigo, pensarían los demás, me dije, qué no hará con el resto.

Naturalmente, me defendí, expuse minuciosamente el balance de mi gestión, un balance francamente positivo, dije, como se deducía de los tres últimos años, años de apogeo y de esplendor, según dije. Pero enseguida supe que no era el principio de autoridad, sino el de venganza, el que se escondía tras la ofensa del enemigo. Ah, los tiempos de la vieja alferecía, los cursos del bachillerato. Nada había cambiado: allí estábamos otra vez los dos, frente a frente, enemigos, pero ahora sin un profesor de historia o un jefe de estudios, sin un capitán o un comandante, jefes de nosotros mismos, enemigos en la cumbre, duelo en la alta sierra, dijo sonriendo. Lo entendí todo, no sólo mi fulminante degradación, sino todo lo ocurrido en los últimos años, cuando expuso breve y enigmáticamente los motivos de su proceder. Estás en un error, condiscípulo, me dijo, y no entiendes absolutamente nada y nunca vas a entender absolutamente nada: tú piensas que te has equivocado ahora, al tomar la decisión *H*, estás convencido de ello, pondrías la mano en el fuego, y no te das cuenta de que cuando verdaderamente te equivocaste fue hace años, cuando tomaste la decisión *A*, porque no supiste desmenuzar los entresijos de la trama ni advertir las asechanzas ocultas, no creo que puedas entenderlo, condiscípulo, te gusta refugiarte en la melancolía de la ingenuidad. Lo entendí, por supuesto, y acepté el golpe del destino. Me desplazaron a un despacho lateral y me despojaron de todas mis funciones. Una única responsabilidad se me asignaba: la observación rigurosa del horario. Estaba definitivamente vencido, dijo el hombre de la corbata roja. Y nuevamente se detuvo y nuevamente aguardamos su discurso. Como ven, aquí nos ha ido igual, dijo, o peor. Parece claro que nuestra enemistad tiene unos límites infranqueables. No quiero que piensen, sin embargo, que el enemigo es el malo y que yo soy el bueno, eso es una simplificación cinematográfica, no, no piensen que me supera en crueldad, ni en maldad, ni en mezquindad, no lo piensen, dijo, porque se equivocan. Puede que me supere en astucia, pero no en maldad. Ya, de hecho, la sola voluntad de vencer, no digamos el ansia de victoria o la codicia, es fiero indicio de maldad, un síntoma salvaje y sobrehumano. Yo soy más ingenuo, en efecto, dijo, pero no más inocente. No hay propósito de la enmienda, dijo, ni dolor de contrición, y esbozó una sonrisa maliciosa. Como ven ustedes, dijo, sólo hay espíritu de confesión. O tal vez, dijo, de explicación, de justificación, para que entiendan lo que han

visto. Y antes de seguir hizo una pausa e indicó al camarero que pusiera otra ronda de vino y cerveza y whisky y mientras el camarero cumplía con su labor todos guardamos silencio, el hombre de la corbata roja también. Era una situación curiosa, porque, desde que irrumpió en la cafetería el enemigo, desde que entró el enemigo con el móvil en la mano, ninguno de nosotros había pronunciado palabra alguna. Habían hablado sólo los enemigos, y apenas una ligera insinuación del camarero cuando el enemigo se iba sin pagar las copas. Pero ninguno de nosotros había intervenido en el relato. Sólo escuchábamos con atención, algunos tal vez por educación, otros por ver adónde llegaba todo aquello, quién sabe, tal vez todos seamos un poco enemigos de todos, homo homini lupus, dijo un filósofo, o un poeta, pero en realidad sólo el hombre es el mayor enemigo del hombre. Hace unos meses, dijo entonces el hombre de la corbata roja, tuve un sueño, una pesadilla, una verdadera pesadilla, insistió. Me llamaron de pronto con urgencia para decirme que habían condenado a muerte al enemigo, que iba a morir en la silla eléctrica. Me había pasado el día maquinando una nueva forma de venganza, una respuesta indeleble a la última fechoría. De hecho, convencido de que una mano negra había intervenido a sabiendas en nuestra deriva empresarial, llevaba varios meses recabando información sobre algunas operaciones dudosas de la World Wise Wealth en Chile y en Bolivia, en Nicaragua y Venezuela, recorriendo hacia atrás los caminos de la guerra, investigando conductas financieras sospechosas o anómalas, acumulando pruebas sobre diversas irregularidades de licitud secreta. Nada como la transparencia para desenmascarar las argucias legales, dijo. En realidad no tenía otra cosa que hacer, de modo que procuraba recomponer los despojos del rompecabezas, devanar la grotesca ópera bufa de nuestros extravíos, desde el silbo del *spaghetti western* hasta el silbato de la doble triple uve. No sé. Tal vez no encontré el modo de vengarme, ninguno me satisfacía, ninguno me parecía lo suficientemente ejemplar, lo suficientemente punitivo, no lo sé, tal vez me fui a la cama con la sensación de que nunca encontraría el modo de acabar de una vez para siempre con la situación, en fin, esas cosas freudianas, dijo, ustedes ya saben. El caso es que en el sueño supe que al enemigo lo habían condenado a muerte, que lo iban a ejecutar, que estaba a punto de morir en la silla eléctrica. No recuerdo bien si al principio, en el

sueño, dijo, experimenté algún alivio, si di saltos de alegría, no lo recuerdo, porque, enseguida, por esas inexplicables transiciones de los sueños, esas conexiones imposibles del tiempo y del espacio, me vi en el interior de una prisión como las que se ven en las películas, el enemigo en el interior de una celda, yo fuera, no sé en calidad de qué, si de vigilante o de enfermero o conocido o qué, lo cierto es que estaba allí, que estábamos allí los dos, los dos solos, no había nadie más, no había policías, ni curas, ni abogados, ninguna de esas personas que también se ven en las películas, ni el alcaide esperando la llamada de gracia del gobernador en el último minuto, ni el confesor aportando el consuelo inútil de una vida eterna y bienaventurada, nada de nada, los dos solos, a solas, el enemigo ante el hecho inminente de su propia muerte y yo ante el hecho inminente de la muerte del enemigo. En algún momento, no sé cómo, no puedo decir que no recuerdo, porque en los sueños se salta sobre esas cosas, en los sueños sólo se va a lo importante, dijo, en algún momento empezamos a hablar. Y tal vez por haberlo visto en las películas yo intenté consolarle, no me alegraba con su ejecución, intentaba consolarle como le hubieran consolado el confesor o el alcaide, con llamadas a la esperanza, enunciando las posibilidades de un aplazamiento, de una revisión de la causa, de un indulto, de una absolución, en fin, todas esas monsergas jurídicas del cine. Sin embargo, el enemigo no me hacía caso, dijo, no porque no me escuchara, sí, me escuchaba, me hablaba, me trataba con deferencia, pero no hacía caso de mis palabras, quitaba importancia al acontecimiento, no te preocupes, condiscípulo, me decía, no tiene importancia, estas cosas ocurren, etcétera. Lo cierto es que no había causa, ni acusación, ni condena, quiero decir, dijo, que ni él ni yo mencionamos en ningún momento el porqué de los hechos, de qué lo habían acusado, por qué lo habían condenado, qué delito había cometido, por qué iba a ser ejecutado en suma, todo eso debía de formar parte del subconsciente del sueño, todo eso debía de estar dando vueltas, como la ropa en una lavadora, en el centrifugado de mi cerebro dormido, pero, insisto, dijo, en que de eso no hablamos, sólo yo pronunciaba palabras de consuelo y de esperanza, y él minimizaba el asunto. En definitiva: que no temía morir, que se enfrentaba a la certeza de la muerte con increíble fortaleza, sin incertidumbres, sin titubeos, sin vacilaciones. A veces se gana y a veces se pierde, me dijo, y

quiero decirte algo, condiscípulo: puede que yo no sepa ganar, pero ten la seguridad de que sé perder. Y a medida que pasaban las horas, que en el tiempo real serían centésimas de segundo, pero en el tiempo del sueño eran interminables, la sensación de angustia, la opresión del pecho, la aflicción del alma, crecían en mí de manera desproporcionada, sin medida, inconmensurables, como si el mismo sueño me castigara por el atrevimiento del propio sueño, de modo que mi sufrimiento no tenía límites. El enemigo iba a morir, pero era yo el que padecía el presentimiento de la muerte. Y seguían pasando las horas, el tiempo lento de la madrugada del condenado, la frialdad destartalada de una celda áspera, metálica, austera. Parece mentira que recuerde con tanta precisión los detalles de la celda, el camastro, la jofaina (que era igual que una que había en mi casa, de adorno, cuando yo era pequeño), la mesa, los ceniceros, unos vasos, unas tazas amarillas, todos los objetos del sueño viven exactos en mi recuerdo, el color de los barrotes, incluso la leve torcedura de un barrote junto al que yo posaba la mano de vez en cuando, su superficie rugosa, como si las manos anteriores, de condenados anteriores, de los acompañantes de condenados anteriores, en lugar de suavizar el metal, como ocurre con los pies de los santos a los que besan una y otra vez labios beatos, lo hubieran tornado áspero y herrumbroso. El hombre de la corbata roja hizo una pausa. Por un momento temimos que no fuera a seguir, porque parecía que el recuerdo de la pesadilla agitaba su espíritu y le impedía controlar el pensamiento y las palabras. La honda y procelosa sima, como suele decirse, de la pesadumbre, pensamos: la tristeza acompañada por la idea de una causa exterior. Mas, de pronto, vimos que el camarero llenaba nuevamente los vasos. No habíamos advertido la señal. Tal vez era el propio camarero el que quería seguir escuchando la historia y al ver los vasos vacíos había resuelto por su cuenta prolongar el relato, dar pie al menos para que se prolongara. Si fue así, consiguió su objetivo. Al cabo, dijo el hombre de la corbata roja, llegó la hora fatal del amanecer. Hablaba con increíble serenidad, como si una lucidez interior lo guiara por el sendero inagotable de la oscuridad. De pronto todo se volvieron ruidos de cerrojos, dijo, puertas que se abrían de modo automático, ecos metálicos que llegaban de remotos corredores, y apareció un hombre alto, muy alto, fuerte, adusto, con una acreditación de la World Wise Wealth en la solapa. No hay nada que

hacer, dijo. Ha llegado la hora. Y el enemigo se levantó con toda calma. Vamos, dijo. No sé de dónde, de todas partes, de todos los resquicios de la prisión, surgieron celadores, vigilantes, carceleros. Intentaron coger al enemigo por los brazos, conducirlo a rastras por los pasillos, verlo derrengarse ante la inmediatez del fin. Pero el enemigo no les dio oportunidad. Apenas con un gesto de la mano, un gesto como el que ha hecho para pedir cambio desde el teléfono, alejó de sí a todos los operarios de la muerte. Caminó solo, erguido, por el pasillo, sobre una alfombra oscura. Yo iba detrás. Y detrás de mí venía una legión de funcionarios. Así llegamos al lugar donde estaba la silla eléctrica, una silla terrible, enorme, monstruosa. El enemigo avanzó sin vacilación alguna hacia su destino y se sentó en el lugar que le estaba destinado. Yo quedé frente a él y lo miré a los ojos con absoluta angustia. El enemigo sonrió, pero no fue una sonrisa arrogante, no fue la sonrisa con que ha abandonado hace un rato este local, no, fue una sonrisa de ánimo, como si dijera, como si me dijera a mí, no te preocupes, estas cosas son así, no tienen remedio, no merece la pena amargarse por ello. Entretanto, a su alrededor, con una lentitud desesperante, como a cámara lenta, como congelando cada movimiento en sucesivas instantáneas, pero al mismo tiempo con la precisión de una maquinaria de relojería, como el artilugio de la colonia penitenciaria, le fueron atando minuciosamente los brazos, las muñecas, las piernas, por los tobillos, por los muslos, la cabeza, la cintura, casi como si lo estuvieran uniendo a la silla por todos los puntos de su cuerpo. Y durante todo el tiempo que duró la ceremonia en ningún momento tuvo un mal gesto ni una mala mirada ni un mínimo asomo de abatimiento. Tanta entereza, tanta dignidad, tanto valor ante la muerte no dejaron de impresionarme y, por tanto, dijo, de angustiarme, de prolongar los dolorosos y minuciosos eslabones de una agonía propia, de una culpa propia. Hasta que finalmente, cuando todo estuvo listo, un funcionario de prisiones, un tipo gordo y calvo, con aspecto de marinero de los siete mares, como esos piratas que ilustran las novelas del XIX, con una musculatura plagada de tatuajes, agarró con fuerza la palanca que pondría en marcha todos los mecanismos de la electrocución y de un golpe seco la atrajo hacia sí, hasta los conmutadores. Entonces no pude por menos que gritar, un alarido espantoso, espeluznante, y me desperté. El hombre de la corbata roja hizo una pausa para respirar, para

tomar aliento, para volver en sí. Bebió. Bebimos. Desperté empapado en sudor, aterrado, gritando, dolorido, con el cuerpo agotado. No sé cuánto tiempo tardé en darme cuenta de que era un sueño, una pesadilla. Estuve sentado en la cama mucho rato. Me levanté y me puse algo de beber, whisky, en un vaso grande, seco. Bebí un trago, dos, el vaso entero. Me serví otro vaso. Lo bebí de un trago, como los pistoleros en las películas del Oeste. Logré aturdirme con el alcohol, pero no logré quitarme de encima la sensación de pesadez y de angustia, el olor de la muerte. ¿Qué me había pasado? ¿Qué había sucedido? Durante varios días no dejé de hacerme esas preguntas. ¿Por qué me había atormentado tanto la ejecución, la pesadilla de la ejecución, del enemigo? He inventado muchas respuestas, pero ninguna me parece acertada. A veces he pensado que la vida es algo secundario, dijo el hombre de la corbata roja, es lo único que tenemos, pero es algo secundario. Ésa era la lección que me daba desde el sueño el enemigo: que hay cosas más importantes que la vida, incluso que la muerte es más importante que la vida. A veces pienso otras cosas. Que no basta el odio para ser enemigos. Que por mucho que yo odie al hombre con el que combato desde la infancia, no lo considero en realidad mi enemigo. Por eso incluso en sueños sufría por su muerte. Que sufría no por su muerte, sino por mi maldad, que lo condenaba a morir, esa maldad de los sueños de la que no eres dueño y de la que, sin embargo, eres responsable. Que en realidad desde aquel primer día en el instituto he sentido, sin tener conciencia de ello, que yo era inferior al enemigo, que soy inferior al enemigo, dijo, que el enemigo ha sido siempre superior a mí, que mi odio no era sino una manifestación de mi inferioridad y de mi insignificancia. En fin, tal vez sea un poco de todo ello, señores, tal vez esté todo revuelto. Pero una cosa sí está clara, dijo. Desde que tuve esa pesadilla decidí que el enemigo ya no era mi enemigo. El enemigo no lo sabe, dijo, pero el enemigo ya no es mi enemigo. Desde ese día no he vuelto a devolverle ojo por ojo ni diente por diente ni mezquindad por mezquindad. Abandoné mis averiguaciones sobre la World Wise Wealth, que ya no me hacen falta. También a veces he pensado últimamente en otras cosas, dijo, concretamente en las peculiaridades que rodean las relaciones personales, las relaciones de amor o de amistad, quiero decir, dijo. He llegado a la conclusión de que, básicamente, los procesos de la amistad se reducen a dos:

el proceso oral y el proceso moral. El proceso oral, que es el más frecuente, es un viaje de ida que avanza desde lo positivo a lo negativo, el trayecto que va de las palabras a los hechos. El proceso moral, por el contrario, es un viaje de retorno, un recorrido inverso, el regreso desde lo negativo a lo positivo, de los hechos a las palabras. Ustedes habrán apreciado (incluso lo habrán, tal vez, experimentado) que, cuando dos personas se conocen, suele producirse una reacción instantánea e inmediata, seguramente instintiva, de aceptación o de rechazo. Si la reacción es favorable, esto es, si brilla la simpatía y sobresalen las afinidades, puede ocurrir que durante algún tiempo esas dos personas se vean a menudo, que queden para comer o para tomar café, que hablen de lo divino y de lo humano y, en definitiva, que se entiendan, porque, cuando dos personas caen bajo los hechizos de la mutua atracción, se produce un verdadero renacimiento, o sea, renacen, nacen de nuevo, pues cada una le brinda a la otra la posibilidad de ponerse de manifiesto nuevamente y por completo, porque cada persona lo ignora todo de la otra, cada persona es para la otra solamente lo que dice y lo que cuenta, cada persona es el relato oral de su autobiografía, de modo que, durante semanas, o durante meses, depende del ritmo de los encuentros y de las conversaciones, esas dos personas van sacando lo mejor que tienen, su perfil heroico, se manifiestan en su lado bueno, en sus mejores opiniones, en su vertiente más inteligente, más humana, más sugestiva, se interpretan como protagonistas de su propia vida y como espectadores de la vida oral del otro. Naturalmente eso es algo que forma parte de la representación teatral, no de la vida. Se trata de un preámbulo dialogado, de una introducción verbal al nudo de la obra. Después, cuando se agotan las palabras, a veces incluso antes de que se agoten las palabras, afloran las conductas, las manías, las secuelas del carácter. Ahí es donde se plantea, según creo, dijo, la verdadera prueba de la amistad o del amor, en las secuelas del carácter. Cuando se supera esa prueba, la amistad, si se trata de amistad, o el amor, si se trata de amor, puede durar e incluso perdurar. Habrá altibajos, habrá fracasos, habrá excepciones, dijo, pero es una amistad teóricamente posible, un amor objetivamente viable. Lo más frecuente, sin embargo, es que al producirse las primeras intromisiones del carácter, cuando las conductas contravienen las palabras, o las subrayan, o las entrecomillan, cuando hablar ya no es sólo hablar e intercambiar

opiniones, sino mantener el equilibrio entre las palabras y los comportamientos, cuando ya no se trata sólo de hablar sino (permítanme la pedantería) de *ser*, o dicho de otra forma, no menos pedante, cuando el ser moral sucede al ser oral, entonces, generalmente, en un porcentaje altísimo, esas amistades repentinas pierden fuerza y entusiasmo, se enfrían, palidecen, se desvanecen, se extinguen. Ése es el recorrido del proceso oral. Pero puede ocurrir también justamente lo contrario, dijo, o sea, el proceso moral, que dos personas, al conocerse, adviertan de manera instintiva, puramente animal, cualquier anomalía que las lleve al rechazo, a la antipatía, a la aversión. El proceso moral es, de hecho, simétricamente inverso al proceso oral, porque lo normal, entre personas consideradas normales, es que, ante cualquier hostilidad inicial, no se vean más, ni queden para tomar café, ni intercambien opiniones, y se ignoren y se olviden. A veces, sin embargo, no ocurre así. Hay ocasiones en que, por circunstancias laborales o comerciales o de mera vecindad, personas a primera vista incompatibles están condenadas a encontrarse, a verse con frecuencia, a trabajar frente a frente, a soportarse, en fin, hora tras hora, día tras día, semana tras semana. El panorama es elocuente: procuran ignorarse, se niegan la existencia, molestan, importunan, discuten, compiten, se enfadan, se insultan, no se perdonan el menor descuido, se odian, se aborrecen. Y de pronto un día cualquier insignificancia, un gesto, un comentario, una carambola, una estratagema del azar, cambia el signo de los dados. Algo hace que esas personas empiecen a verse de diferente manera, desde otra perspectiva, descubran sus afinidades subterráneas, modifiquen sus opiniones recíprocas, sus respectivos juicios morales. Tal vez tomen café un día, o tomen cerveza, tal vez hablen, dialoguen, tal vez se entiendan. Si todo sigue su curso, se hacen amigos, más aún, se hacen amigos perdurables, amigos sólidos, con fundamento. Nada puede romper esa amistad, porque los sujetos se conocen de sobra, conocen al pormenor las maldades, las mezquindades, las infamias de que son capaces, de que han sido capaces. No se han hecho amigos ignorando sus vicios, las secuelas de sus caracteres, no, se han hecho amigos a pesar de esos vicios, a pesar de los inconvenientes del carácter. Han seguido el proceso moral, han ido de lo negativo a lo positivo, han avanzado desde los defectos del comportamiento hasta las virtudes del pensamiento, el ser moral, en

suma, ha precedido al ser oral. El hombre de la corbata roja hizo una pausa y nos miró con ojos húmedos y brillantes, ese brillo húmedo que obliga a desviar pudorosamente la mirada. Ustedes saben lo que voy a decir, dijo entonces. Pienso en ello a menudo desde la noche de la pesadilla, me pregunto si la pesadilla no es precisamente una combinación del azar en el sentido que digo, en la derivación moral. Conozco todas las artes, las malas artes, del enemigo, todas las miserias de su carácter. El enemigo conoce igualmente mis miserias. Ambos tenemos un currículum infame. Ambos conocemos, pues, la sustancia de la maldad, la sustancia del odio. Sé que no es probable, sé que es imposible, pero me pregunto hasta qué extremos puede llegar el proceso moral y me pregunto cómo sería la amistad del enemigo. De momento, él sigue ahondando en las heridas, pero yo he dejado de responder a sus ataques. Supongo que estará extrañado, sorprendido, perplejo, no lo sé, sus ataques han cedido en intensidad, ya no son tan crueles como en las milicias universitarias o como en la batalla laboral y financiera, pero siguen produciéndose. A veces, como esta tarde, no pasan de meras bromas cuarteleras, lo que, por otra parte, es algo bastante habitual, fruto de los desplazamientos laterales: al fin y al cabo, se me paga por los servicios prestados, no por los servicios que presto. No tardará en darse cuenta de todo, según creo. Es inteligente, es superior, pero ahora está desconcertado. Por primera vez entiende que la victoria es una de las formas de la derrota, como el perdón es una de las formas de la acusación, sobre todo para quien, como el enemigo, nunca ha sabido vencer ni perdonar. No esperaba que yo tuviera dignidad, que yo pudiera tener ante sus ataques la entereza que él no sabe que tuvo ante la silla eléctrica, no esperaba que yo tuviera un carácter por encima de nuestras mutuas mezquindades. A menudo pienso que lo advertirá pronto y entonces no sé qué tipo de batalla libremos. Creemos, por inercia, que sólo existen el mal bruto y el mal moral, la maldad animal, que brota de la fuerza, y la maldad moral, que brota de la conciencia del bien ajeno, de la confianza en la bondad de los otros. Creemos que cometemos maldades porque somos más fuertes o porque sabemos que nuestras víctimas van a anteponer la resignación a la venganza, la bondad al tali3n, la honradez a la ignominia. Pero no es cosa distinta ni menor en importancia, dijo, la perversi3n del bien, de la resignaci3n, de la bondad y de la honradez. Sé que

el enemigo advertirá todo esto, que antes o después entraremos en singular combate, en la batalla más sublime. Hasta que llegue ese momento me consuelo pensando que ahora, y conste que esto es una forma de maldad, dijo, que ahora le estoy atacando de manera definitiva, que estoy usando un arma insólita, que a las pequeñas o grandes iniquidades de la vida y del hombre estoy oponiendo la única y la verdadera arma superior del hombre, que es una forma de energía moral, que es también, dijo, una forma de bondad y, en mi caso, señores, por muy paradójico que pueda resultar, dijo, es, sobre todo, por encima de todo, una forma absoluta y abominable de maldad.

Reparación

Lo veo bajar todas las mañanas, lo estoy viendo todavía, desde que asoma en la parte alta de la costanilla hasta que llega a la vieja y desastrada puerta metálica, justo ahí, frente a mi ventana. Sí. Lo veo bajar todas las mañanas, lo sigo con la mirada durante todo el trayecto, salvo en ese giro pintoresco y caprichoso, especie de escuadra urbana que traza la costanilla en un punto ciego y que me oculta la visión de un fragmento de escenario, un mínimo ángulo que escapa a mi vigilancia y a mi contemplación. Al llegar, se detiene, mira hacia arriba, como para cerciorarse de que ha recorrido una vez más el camino, saca las llaves, las hace sonar mientras busca la adecuada, porque lleva un considerable manajo, oigo su seco y herrumbroso tintineo mientras busca, abre finalmente la puerta, mira de nuevo hacia la costanilla, despidiéndose del mundo, parece, agita el manajo de llaves antes de guardarlo, entra, enciende la luz, o las luces, que nunca he podido determinar con certeza si hay una sola o varias, mis ojos se extravían en la percepción difusa de la electricidad, una atmósfera gris, cierra la puerta, se hace la oscuridad y ya no vuelve a salir hasta el anochecer. Durante todos estos años me he estado diciendo que ahí trabaja, si es que trabaja, come, si es que come, entretiene las pausas laborales, si es que hace pausas, duerme la siesta, si es que duerme, etcétera, etcétera, etcétera, si es que etcétera, etcétera: cuando la propia vida está llena de condiciones, la ajena es vana conjetura y harta fantasía. Y así día tras día, durante años, con lluvia, con frío, con nieve, con calor, con ventisca, con todas las clemencias y las inclemencias del tiempo que quepa imaginar, día tras día, salvo los domingos, olvidaba decirlo: los domingos no viene, ningún domingo, no así los días festivos, a no ser que caigan en domingo, porque en los días festivos que no caen en domingo aparece con la misma puntualidad e iguales ademanes, circunstancia esta dominical tan exacta e inmutable que en el extravío de mis pensamientos he llegado a establecer una distinción tajante entre días, por una parte, y domingos, por otra, como si los domingos carecieran de densidad temporal y, por tanto, a los domingos no les correspondiera en rigor ni la cualidad ni la sustancia de días o como si sólo fueran verdaderamente días los que cuentan

con su presencia y su figura bajando al amanecer por la costanilla, presencia y figura, por otra parte, que para mí han sido durante tantos años el único signo inmutable del calendario y del tiempo. Por él sé cuándo es día y sé cuándo es domingo, como el antiguo y desventurado prisionero del romance, por su llegada o su ausencia con la aurora, en el albor. E invariablemente, una vez que desaparece en la madriguera, vuelvo mis ojos a la costanilla, sobre todo a la escuadra ciega, al ángulo en cercén. No lo creerá, pero ese ángulo, esa porción de escuadra y costanilla que no puedo ver, se me antoja el abismo, el infierno, las tinieblas exteriores, los espacios subterráneos, todo lo que se me ha negado y todo lo que niego. Si tuviera que pedir un milagro a la providencia o un deseo, como en los cuentos de hadas, no se me ocurriría otro deseo ni otro milagro que no fuera la contemplación del ángulo prohibido, la visión completa del escenario, la posesión visual de toda la parcela de la costanilla. Ya es fatalidad o malevolencia o ignominia que un callejón estrecho como éste, vacío e intransitable, tenga tal recoveco, se acoja a ese sinuoso ringorrango de la geometría, desafíe al urbanismo con tan sórdido estrépito. En ese punto, por ejemplo, dejo de verlo cuando baja, controlo cuándo desaparece y sé el momento exacto en que va a aparecer, en que va a salir del infierno, de las tinieblas, del subsuelo, del abismo. En grado tal me atormenta ese vacío que, siendo, como he sido y como cabe decir que todavía soy, un especialista en espejos y en especulaciones, más de una vez he sopesado la posibilidad de elevar una instancia a las autoridades municipales y solicitar una sabia solución, a saber, la colocación en la pared de enfrente de un espejo convexo de alta definición retrovisora, justo donde empieza el ángulo, que es donde acaba la visión de la costanilla, y orientado de tal forma que captara todo el espacio oculto y al mismo tiempo fuera visible desde mi augusto sillón. Vería yo entonces, totalmente, aunque de forma espectral, lo que hay y lo que ocurre, si es que algo ocurre, en esa insinuación de lo secreto. Usted se ríe, porque para usted es un espacio minúsculo, unos metros cuadrados, una insignificancia urbana; para mí, en cambio, es una obsesión, la vaga idea de un espacio infinito, interminable, el desierto, el océano, la eternidad, todo ello sumado y junto, o multiplicado, y formando parte, a un tiempo minúscula e insondable, del poderoso paisaje que observo desde este callejón: una costanilla a medias y una puerta

metálica, vieja, diminuta y oxidada, la victoria perdurable de la herrumbre. Añádase un último o penúltimo detalle al que, por lo demás, he dedicado tanto tiempo como al ángulo. En la puerta, no como un letrero comercial, como el anuncio iluminado de un negocio, ni tampoco en el dintel, que lo haría visible desde un radio más amplio, no, sólo en la misma puerta, enganchado entre las rejas de hierro de manera un tanto artesana y chapucera, serpenteando entre las rejas, culebreando, hay un cartel de hojalata en el que sólo pone una palabra, en letras minúsculas, y como con torpe caligrafía manual: *reparaciones*. Ésa es la palabra: reparaciones. Lo que, al menos al principio, me sirvió para saber cómo referirme al hombre al que veo bajar cada mañana por la costanilla, porque no sé su nombre y no puedo, por tanto, decir fulano o mengano o zutano o perengano, y tampoco es mi vecino, porque no es ahí enfrente donde vive, o donde vive al menos durante la noche, nunca le he visto entrar con la intendencia indispensable para sobrevivir, pan, leche, vino o bolsas del supermercado, por lo que pienso razonablemente que, en rigor, no es mi vecino por más que pase ahí encerrado diez, doce, catorce horas, menos horas en invierno y más horas en verano, un horario en consonancia con la luz de las estaciones, la mitad del tiempo de cada día en un cálculo ponderado, aunque no he dejado de pensar a veces, pese a todo, si no será un trabajador nocturno, alguien empleado en algún sitio remoto, un vigilante, un guarda (de ahí el manojito de llaves), que llega precisamente por la mañana después del trabajo y duerme durante todo el día antes de volver de noche a la tarea. En cualquier caso, y a tenor del cartel, empecé a pensarlo, no sin cierto reparo, como el reparador y a llamarlo así para mis adentros, aun sin saber si en efecto hacía reparaciones (de ahí el reparo), pero decidiendo que alguien que se pasaba el día encerrado en un local en cuya puerta aparecía un rótulo con la palabra reparaciones bien podría ser clasificado como reparador, fuera o no reparador y reparara en suma lo que reparara si es que algo reparaba. Porque el cartel no dice de qué son ni en qué consisten tales reparaciones, si es que acaso se trata de algún tipo de taller, de algún servicio técnico. También cabe la posibilidad (no todo es posible siempre, ni siquiera a menudo, aunque nos consuele pensar lo contrario y aun creerlo, pero es verdad que en los puntos oscuros y en la sombra y en la duración del tiempo caben muchas posibilidades), también

cabe la posibilidad, digo, de que el letrero esté incompleto, roto el rótulo, bromeo, de que acaso, en otra época, en el paleolítico de la costanilla, su leyenda fuera *taller de reparaciones* y estuviera escrita en dos o tres renglones, *taller de* en el primero y *reparaciones* en el segundo, o *taller* en el primero, *de* en el segundo e intermedio y *reparaciones* en el tercero, todo ello con ese aspecto de caligrafía escolar, de cursiva inocente y manual, que perdura en esas indelebles *reparaciones* que llevo viendo desde siempre, desde que existe el reparador y desde que me anclé en este indeleble, eterno y lóbrego ventanal. Sea ello como fuere, a través del cristal esmerilado y polvoriento, envejecido por los años y la desidia, no se atisba un solo punto del espacio interior, salvo el halo encendido de la luz o las luces y la indecisa continuidad de la penumbra. De modo que me he pasado los años intentando saber pero sin tratar de hacer averiguaciones, fiando a los meros y reiterativos datos de la observación diaria una explicación y una comprensión de la actividad y el porqué de la actividad del hombre del taller de reparaciones, del servicio técnico o váyase a saber, que tan poco aspecto tiene en realidad de taller de reparaciones, de servicio técnico ni, si me apura, de váyase usted a saber. Además, como no es raro que el reparador se cruce con quienes van en dirección contraria, esto es, con quienes suben por la costanilla cuando él baja, por la mañana, y con quienes bajan la costanilla cuando él sube, por la tarde, he podido constatar con absoluta precisión que no se cruza con un vecindario indefinido e informe, sino que son siempre los mismos transeúntes y son exactamente siete (los tengo numerados según los días de la semana y el orden de aparición, como a las vanas glorias del cine de antaño). He podido apreciar, pues, que siempre los saluda, con simpatía, con alegría, casi diría que con campechanía, lo que, en mi opinión, no deja de ser un agravante, porque considero que la campechanía es uno de los rasgos de la mediocridad, el más grave diagnóstico de la insignificancia del individuo en la representación social, no digamos ya si decimos campechanote, que suena a oso, a plantígrado, incluso a paquidermia. He perfilado a propósito de esto una definición maligna que me atrevo a someter a su consideración, a saber: la campechanía es el más grave síntoma de la homunculosis paquidérmica. No creo que exista la palabra homunculosis, que yo saco de homúnculo, como una inflamación, un absceso o una excrecencia de hombrito,

hombrecillo u hombrezuelo, y complemento con la atrofia de los hipopótamos y de los rinocerontes. Todavía no he llevado hasta el extremo mis indagaciones sobre esa degradación del espíritu y, vista la encrucijada en que me encuentro, no creo que indague ya más en esa dirección. En fin, hablaba de cuando el reparador bajaba por la costanilla y saludaba y era saludado. He ahí el ser reparador, me decía en jerga filosófica, el rey de las reparaciones, me decía también en jerga de parodia, arrastrándose por los arrabales de la aurora. Pero debo decir, sin embargo, que tampoco he oído en esos saludos que alguno de los siete transeúntes lo llamara por ningún nombre propio, sólo saludos amenos, redundancias meteorológicas, a veces bromas municipales, pero nada que indicase un trato personal, un conocimiento real, como si sencillamente, a fuerza de coincidir mañana tras mañana y tarde tras tarde, aunque no todos todas las mañanas ni todos todas las tardes, se hubieran visto en la obligación de no cruzarse como enemigos en la angostura de la costanilla. También es verdad que nunca le han llegado saludos desde las ventanas o las puertas de la calle ni él ha dirigido nunca saludos a gente parapetada en sus domicilios, o al menos yo no lo he visto (me pregunto si no seremos multitud los que acechamos sus idas y venidas, cientos de ojos siguiendo desde la incertidumbre y la penumbra su rutina crepuscular, reos de contemplación y adictos a la conjetura sin otro fundamento que su anónimo y solitario discurrir), siempre ha hablado en el camino, al cruzarse con alguien, por solidaridad en la reincidencia de los encuentros. La campechanía es el más grave síntoma de la homunculosis paquidérmica. ¿Le gusta? En fin, empiezo a divagar y me enredo en las palabras. Pero a eso se ha reducido mi existencia, a divagar sobre la costanilla, el reparador, el ángulo oscuro y los siete transeúntes. Bien es verdad que a veces he tenido otros entretenimientos, en la acepción más huera y más pasiva y vegetal de la palabra entretenimiento. Por ejemplo, entre otros, el episodio de los visitantes (yo lo llamo episodio: llamo episodio a cada capítulo de mi observación), que, en principio, me pareció sólo una variante de lo que asimismo llamo la transitación, el ir y venir de los siete transeúntes. Siempre me ha gustado poner nombres a las cosas y a los acontecimientos, una especie de furor taxonómico que me acompaña y reconforta desde que me senté, años ha, en este agosto sillón. La vida es ver

pasar, me digo. Para algunos, añado, como yo mismo. Para otros, vivir es volver, como para el reparador. Que a unos nos toque luego ver y a otros volver depende del azar, de los dados del destino, del malicioso arbitrio de los dioses. Volver o ver volver: de eso se trata y, no hay que darle más vueltas, eso es todo. El caso es que debe de hacer ya como siete u ocho años, o diez o doce, no sé muy bien, el tiempo en mis circunstancias carece de medida, no tiene dimensión ni contenido, no hay años ni apenas meses, sólo días y domingos, idénticos, sin fin, que, de vez en cuando, incluso con frecuencia en determinadas estaciones, puedo aventurar que marzo y noviembre, más o menos, no meses exactos, sino esos días templados e intermedios en que el otoño ya es otoño y en que la primavera todavía no es primavera, alguien, a veces por la mañana, a veces por la tarde, llamaba a la puerta, el reparador abría desde dentro, con parsimonia, como si le costara llegar desde donde se encontrara, o como si estuviera lejos, o como si no tuviera demasiado interés en apresurarse (todo lo que diga a este propósito son figuraciones que añado caprichosamente por no tener ninguna razón cierta de su tardanza, que, a la postre, era el único hecho objetivo), el visitante entraba y hasta al cabo de media hora, o tres cuartos, o incluso una hora, no salía de nuevo. El episodio de los visitantes lo llamo: una aventura singular en la odisea de la costanilla. Y he de decir que nunca vi en ningún caso que ningún visitante entrara o saliera con ningún tipo de mercancía, electrodomésticos averiados, por ejemplo (por ejemplo y sobre todo, si me permite el comentario: pensé enseguida en electrodomésticos porque la fragilidad mecánica no es lo accidental sino lo esencial de la electrodomesticidad), cafeteras, molinillos, planchas, batidoras, secadores, braseros, estufas, hornillos, infiernillos, cachivaches, en fin, dignos de la reparación que anunciaba el cartel de la puerta. Sí ocurría a veces, como digo, que, en marzo o en noviembre, se juntaran dos o tres o cuatro visitantes, no porque vinieran juntos, sino porque el segundo llegaba antes de que saliera el primero, el tercero antes de que salieran el primero y el segundo, y así sucesivamente, y no siempre salían luego en el mismo orden en que habían entrado. No ocurría todos los días, incluso me atrevería a decir que sólo ocurría muy excepcionalmente, pero es justamente por esa excepcionalidad por lo que lo tengo más presente. Y, cuando ocurría, si acaso se daba la

circunstancia de que dos o tres salieran juntos o, mejor dicho, al mismo tiempo, porque siempre tuve la impresión de que no se conocían o de que su conocimiento era casual y, por tanto, superficial, como si quizá se hubieran conocido por el puro azar de coincidir en el momento de la visita, se alejaban costanilla arriba sin hablar y a veces incluso también a distinto ritmo, como si unos tuvieran más prisa que otros o como si, por no conocerse y no tener nada que decirse, fuera incómodo, además de innecesario, caminar emparejados, dando la sensación de ir juntos por cortesía, respeto o deferencia. Pero esas visitas otoñales dejaron de producirse hará cuatro o cinco años, lo que, por otra parte, no alteró en lo más mínimo la fisonomía de la costanilla ni, desde luego, ha impedido que el hombre siga con su ir y venir diario al amanecer y al anochecer. Con todo, fue precisamente entonces, hará siete u ocho años, acaso diez, en la época de esplendor visitante, en pleno apogeo del episodio, cuando, pensando yo que acaso frente a mi casa, en el interior de su morada o lo que fuere, se tramara algo de importancia, o algo ilegal, o algo clandestino, me entraron ganas de probar fortuna y llamar también yo a la puerta y me engañaba o me desengañaba pensando que no hubiera sabido qué decirle si salía a abrir, como saldría, pues bien comprobado tenía que tardaba en salir, pero que salir salía, siempre salía, siempre salía. Tampoco pude nunca comprobar si los visitantes eran conocidos previamente, o incluso convocados, no lo sé, siempre pensé que su presencia no respondía a una convocatoria previa, porque entonces no se habían producido lo que llamo aglomeraciones (si bien nunca de más de cinco), pero no pude saber si se conocían de antemano, porque nunca oí las palabras que intercambiaban, ni siquiera si las intercambiaban. Así como oigo los saludos matinales de unos y de otros y del propio ser reparador, la jerga municipal de la transitación, nunca oí, en cambio, la voz de los visitantes al llegar. Tampoco los oí hablar entre ellos al salir cuando salían juntos más de uno, como ya he dicho, lo que me sirvió para perfilar mi propia y sustanciosa teoría del sentido de las palabras, de la conversación y del diálogo, que podría desarrollar en diez sagaces proposiciones (o quizá mandamientos) pero que le resumo en dos tímidos asertos: a) creo, afirmo y aseguro que sólo oímos lo que carece de importancia, lo insignificante, lo convencional; b) creo, afirmo y aseguro que nos está prohibido oír lo

importante, que estamos condenados al silencio y al parloteo (parlía, lo llamo, con desprecio), pero que nos está prohibida la verdadera conversación, que es lo que con mayor propiedad debe llamarse diálogo. Por eso oía yo los saludos de la costanilla, porque no eran más que gentileza, buenos modales ambulantes, o sea, conversación, cháchara, parlía, y por eso nunca he oído lo que decían los visitantes, o sea, diálogo. Lo que no sé ni creo que llegue a averiguar nunca es si se trata de la condena del edén o de la maldición de Babel, pero estoy seguro de que cuando la mujer se dejó seducir por la serpiente hizo imposible toda otra comunicación verdadera y cuando el hombre decidió edificar una torre infinita hizo posible todas las comunicaciones engañosas, superfluas, vanas y vacías. Para mí fue un gran descubrimiento y un motivo de pesadumbre. Saber que estamos condenados a las palabras insignificantes, condenados a un tiempo al lenguaje y al misterio, a no ir con las palabras más allá de la piel y la cáscara cuando lo que nos interesa y nos atrae es lo oculto, lo secreto, lo profundo y lo prohibido, como, en mi caso, por ejemplo, en otro orden de cosas, el ángulo oscuro, es, como mínimo, el revés paradójico de una maldición y, como máximo, la verdadera expulsión del paraíso. Desde que me supe prisionero de esta contradicción, de la imposibilidad de llegar con palabras al fondo de lo invisible, no he vuelto a hablar con nadie, ni a leer un libro, ni a oír la radio. Las palabras sólo son son: ecos del viento. Para mí casi todo ha dejado de existir. Y digo *casi* por cautela, por prudencia, tal vez por aprensión o por alguna insensata esperanza. Rectifico. Hoy, ahora, en este momento, puedo afirmarlo sin atenuantes, con rotundidad, a tumba abierta (y permítame que repita, que acentúe, que subraye, la palabra *tumba*): para mí todo ha dejado de existir. Por eso hablo y no paro de hablar, para tener constancia de que existo, de que, al son de las palabras, yo sí existo. A veces pienso... Ay, señor, pienso, pienso, pienso. Recuerda usted sin duda ese dicho tan célebre: pienso luego existo. Hasta el estudiante más necio, más sandio y más zoquete de bachillerato lo recita como si fuera un exorcismo, un amuleto, una jaculatoria ontológica: pienso luego existo, pienso luego existo, pienso luego existo, amén. ¿Pues sabe lo que le digo? Descártelo. No se ría. Parece un chiste, un juego de palabras, ingenio de mal tahúr, pero no lo digo con intención jocosa. Es una sugerencia, más aún, es una convicción y es, sobre todo, un axioma

elemental. Hay que descartarlo, porque es al revés: existo luego pienso. No se deriva la existencia del pensamiento, sino el pensamiento de la existencia. Existir es pensar, diría yo. Y diría más: el instinto también es una forma de pensamiento, la forma de pensamiento con que se pretende prolongar la existencia. El instinto impugna la extinción. Por eso yo maldigo mi instinto, porque me obliga a estar aquí, inmóvil y pensando, tontamente existiendo. Tal vez esto también tenga que ver con el edén y con la torre de Babel, como si el supremo hacedor hubiera dicho: Confundámosles, démosles al mismo tiempo la necesidad del pensamiento y la inutilidad de las palabras y que su vida consista en atar esa mosca por el rabo y que de ello se derive su tristeza y su angustia y que sufran y se pudran en su valle de lágrimas, de confusión y de tinieblas. Pues bien, como existo, pienso, no tengo otro oficio que pensar, y como pienso, hablo, no tengo más tarea que hablar y hablar, en inagotable ejercicio de parlía, hasta el punto de que, a menudo, últimamente, cada vez con más frecuencia, no sé si he dicho las cosas o si no las he dicho. En realidad sé que las he dicho, porque me paso el día y la noche dando vueltas a lo mismo y explicando las cosas en voz alta, para que no se me olviden las palabras y para no olvidar cómo se articula el pensamiento, de modo que sé que lo he dicho, que todo lo he dicho, una vez, dos veces, cientos de veces, pero no puedo saber si lo he dicho hablando solo o hablando con alguien y, si las he dicho hablando con alguien, por muy disparatado que pueda parecer y por mucho desvarío que deje adivinar, no puedo recordar cuándo ni con quién. Sólo hay algo que no he dicho nunca, que nunca diré, que nunca podré decir: cómo vine a caer en este agosto sillón, qué fue de mí antes de mi asiento definitivo en este agosto sillón. Au, dis, re, a. Y no es que no quiera decirlo ni que pretenda ocultarlo, no, es mucho peor, es que no lo sé. Ni siquiera sé si alguna vez lo he sabido y con el tiempo lo he olvidado o si no lo he sabido nunca. Qué fui o qué hice antes del agosto sillón es para mí algo tan insondable como la vida del reparador, más insondable incluso que la vida del reparador, porque del reparador cada día he apreciado un dato objetivo, siempre el mismo dato, es cierto, pero la acumulación es la raíz de la experiencia y la repetición indefinida de un mismo y único dato permite advertir todos sus matices, que son, por otra parte, interminables. De mí, en cambio, no tengo dato alguno anterior a este escenario y a esta quietud.

Puedo, pues, fabular, fantasear, encadenar conjeturas en torno al reparador y a su actividad, ya sea su tarea nocturna, ya sea, sobre todo, su tarea secreta detrás de esa puerta y de ese rótulo en que aparece la palabra *reparaciones*, pero en lo que a mí se refiere nada hay que me permita imaginarme haciendo algo distinto a estar aquí observando y escrutando la costanilla, ni el más mínimo eslabón del que partir en busca de cualquier tiempo anterior, de donde deduzco que los dioses no sólo nos condenan a la desdicha, también nos condenan al olvido, a la desmemoria y al vacío de la existencia. Pienso y pienso y es como si hubiera una línea, una frontera, un territorio infranqueable entre el ayer y el augusto sillón del que apenas escapa una evocación de infancia, una stampa blanquecina y casi espiritual. De todo cuanto haya sucedido o haya sido yo, nada queda ya, nada ha perdurado. Más aún. Ni siquiera recuerdo la primera vez que ocupé este augusto sillón. Podía tener un recuerdo nítido, si no de la contingencia que me condujo a esta postración, sí al menos de en qué momento ocupé por primera vez este trono baldío, qué primera sensación me produjo la contemplación inmóvil de la costanilla, incluso en qué primera aurora vi al reparador bajando por la costanilla o en qué primer anochecer lo vi subiendo y desapareciendo allá arriba, tras la última oquedad o cruce o encrucijada. Nada de todo eso, si es que lo hubo, me pertenece. Debió de haberlo, me digo, pero, hundido en el tiempo, sin huellas del camino, sin secuelas de la sombra o de la luz, de la herida o de la dicha, sin nostalgia, sin memoria, es como si no lo hubiera habido. Conclusión: nada hubo. Nos ofrecen los dioses la torre o la caverna, las cadenas o el sueño, el río o la montaña, la piedra o la escalera, su caprichoso arbitrio, en fin, y dejan que nosotros alimentemos en vano una razón para tanto infortunio. Pero salvo esta contrariedad, que se corresponde mejor con la flaqueza de mi pensamiento que con mi tendencia a la locuacidad y la parlía, no debería tener dificultad para saber qué he dicho y a quién, porque desde que mi vecino dejó de tener visitas, hace cuatro o cinco años, o seis o siete, yo también dejé de tener mis propios visitantes. Ahora sólo tengo dos interlocutores: uno soy yo, el otro es usted. En aquel entonces, sin embargo, yo tenía siete interlocutores, como los transeúntes de la costanilla, un interlocutor para cada día de la semana. Todos llegaban siempre a la misma hora, puntuales, exactos, independientemente del día

lunes o del día martes, etcétera, y se sentaban siempre en el mismo sitio: ahí, donde se sienta usted ahora. Cada uno vestía de forma diferente, como yo mismo, y además procuraba estar a tono con mi propia indumentaria. Aún me quedaban a mí ciertos ecos de la antigua elegancia y por eso, según creo, mis visitantes procuraban complacerme no sólo con la conversación y la presencia, sino también con la apariencia. Como si se hubieran puesto de acuerdo previamente, cosa que no puedo ni debo admitir, como si tuvieran diferentes sastres, como si se aprovisionaran en distintos almacenes o como si fiaran al atuendo una parte sustancial de su propia identidad, ninguno de ellos se asemejaba a los demás y cada uno vestía en consonancia con el día de la semana en que ocupaba ese sillón. De hecho, podría hablarle con exactitud (ahí la memoria no me falla) de la sobriedad de oficio de los lunes o la austeridad uniforme de los martes, del desaliño deportivo de los sábados o la corbata festiva de los domingos. Me resultaría incluso más fácil describirle el vestuario de mis antiguos interlocutores que a los propios interlocutores, que éstos sí se me mezclan y confunden, porque a fin de cuentas cumplían todos una misma función y sólo la formalidad y el protocolo los diferenciaba. Pero no es tema que me agrade recordar, evito a propósito la evocación de aquella época, porque me la represento como cargada de entusiasmo y frenesí, de alegría del presente y ansiedad del porvenir, y ello me induce a una profunda melancolía. No a la nostalgia, porque, por principio, descreo de la nostalgia. La nostalgia es una artimaña de la desdicha: desacredita el presente falsificando el pasado para simular que hubo alguna vez un tiempo feliz. Definición de la nostalgia: vano artificio, recurso hueco, ficción y simulacro. Prueba de ello, de que no siento nostalgia, es que con el tiempo yo mismo me fui abandonando a la uniformidad doméstica y cavernaria y los interlocutores empezaron a desertar, poco a poco, lentamente, de uno en uno, hasta que finalmente quedó sólo usted, hasta que quedamos sólo usted y yo, solos usted y yo. Y no sabría decirle en qué día de la semana me frecuentaba usted. Disculpe la franqueza: antepuse la ropa a la persona. Por una mera razón estética, procuro convencerme de que su día era el viernes, pero no podría asegurarlo. Ya sé que usted no se ofende. Bien mirado, e incluso bien pensado, no somos tan distintos usted y yo. De hecho, no aprecio ninguna diferencia, por más que yo sea quien hable, casi sin interrupción, y que usted

se limite a escuchar con tanta mansedumbre y tanta simetría. Aunque a veces tengo la impresión contraria: que es usted el que habla y habla y nunca calla y yo el que atiende y escucha mudo, paciente e imperturbable. O que hablamos los dos, al unísono, con una sola voz y un solo pensamiento, sin escucharnos el uno al otro, cada cual perdido en el extravío de su propia y mutua locuacidad, condenados por los dioses a tan efímera parlía. En cualquier caso, sea de una u otra forma, no sabe cuánto le agradezco que me escuche, si es que es usted el que escucha y yo quien habla, porque hablar, el mero hecho de hablar, de dar rienda suelta a lo que uno va dando forma de manera vaga y nebulosa durante el día, durante la noche, en la soledad, en el insomnio, es lo único que sigue teniendo sentido a estas alturas o, si no sentido, al menos un punto ilusorio de eficacia. Pero ya ni siquiera sé si las cosas que digo en voz alta me las he dicho a mí mismo o si estaba usted cuando las decía, si las he contado antes o no, aunque es cierto que algunas cosas se cuentan muchas veces, y hasta es bueno que se cuenten muchas veces, porque son las cosas que mejor se recuerdan y que más atañen a uno mismo, a su modo de ser y percibir. Hay cosas, en efecto, que uno no se cansa de repetir. Y tengo entendido que hay gente que dice las mismas cosas una y otra vez, yo no lo sé, no lo he comprobado, porque no hablo con nadie, salvo ahora, que tampoco hablo con nadie, porque, si bien hablo con usted, siento en realidad como si hablara yo solo. No sé si se trata de un monólogo o un soliloquio, ni sé qué diferencia hay entre monólogo y soliloquio, alguna habrá, supongo, que no merece la pena ni el esfuerzo tener varias palabras para una sola cosa y un mismo concepto. Lo que sí tengo claro es que ni monólogo ni soliloquio son exactamente *hablar solo*, porque del que habla solo se insinúa algún desvarío, cuando de un hombre se dice *ese tipo habla solo* se le está clasificando en una categoría médica de la que se destaca un síntoma, y los monólogos y los soliloquios no son síntomas, no se deben a ninguna patología, tienen condición noble e incluso heroica, porque, ya que todo diálogo es imposible y toda significación está vedada, escapan al menos a la vacuidad de la conversación. Pero vuelvo a mis elucubraciones de hace siete u ocho años, cuando pensé llamar a la puerta metálica como un visitante más. Y el caso era, pues, que, aunque el reparador a mí no me conocía, no sabía yo si, al llamar a la puerta y, peor, al abrirla, como sabía que se abriría, eso, esto

es, el hecho de no conocerme, sería una ventaja o un inconveniente. De modo que desestimé la operación. También pensé en salir de casa a primera hora, estar al acecho y, apenas lo viera asomar por la costanilla, salir yo y subir y encontrarlo de frente en la idea de que al cabo de varios días también intercambiaríamos alguna confianza meteorológica o municipal o meramente costanillera. Pero también pensé que no conseguiría nada con tales saludos matinales o vespertinos más allá de los propios saludos, que, en suma, sólo compartiríamos insignificancias, frasecillas, locuciones de uso vecinal, huero palique. De todos modos, en mis circunstancias (y no sé por qué solemos decir circunstancias, en plural, cuando a menudo hay una sola y única circunstancia absoluta), en mi circunstancia, pues, en mi augusta circunstancia, ambas operaciones, bien llamar a la puerta, bien hacerme el encontradizo en la costanilla hasta convertirme en el octavo transeúnte, eran tristes fantaseos. Bien sabe usted y bien lo ve, basta mirar mi situación y contemplar mi estado, que ni puedo bajar a la calle ni, menos aún, subir arrastrándome por la costanilla, ésa es mi circunstancia, pero una cosa es el pensamiento, una cosa es la imaginación, y otra muy distinta la inmovilidad que las alimenta y les proporciona energía. Ya lo dijo un filósofo: yo soy yo y mis limitaciones. Se equivocaba, sin embargo, al menos en lo que a mí respecta: yo soy mi propia limitación. En fin, como decía, a veces pienso, y pienso y pienso (porque existo, *porque*, subrayo, no *luego*), que acaso fuera efectivamente taller de reparaciones alguna vez y que el letrero sea el resto de una antigua ocupación de la casa, pero son demasiados los años que llevo yo aquí y que lleva el reparador entrando al amanecer y saliendo al anochecer como para que un simple y antiguo letrero haya sobrevivido al tiempo y a la intemperie, más aún cuando bien parece que bastaría un simple gesto, como el que se hace para sacar una tarjeta de un sobre o una almohada de su funda, para eliminar de una vez y para siempre un letrero que hubiera dejado de tener significado. Pero me digo: tal vez no haya dejado de tener significado, tal vez haya alcanzado un significado nuevo, acorde con los tiempos, nada se destruye, todo se transforma, lo dijo un sabio, y esa afirmación, que es verdadera, vale tanto para la materia como para el espíritu, para las cosas como para los nombres, aunque no sabría yo entonces imaginar y menos aún aventurar de qué serían las reparaciones ni en qué consistirían. Hasta que me

di cuenta de que estaba entendiendo las reparaciones sólo en una acepción artesanal, técnica, electrodoméstica, arreglar, dejar en buen estado un objeto roto o deteriorado, decían los diccionarios de antaño, de cuando yo leía libros y periódicos (por ahí, en algún cuarto trastero, deben de amontonarse en total desorden resmas de prensa, volúmenes desencuadernados, lecturas incompletas, la magna suma de mi vasta ignorancia), pero reparar también significa, según creo, percibir algo que ocurre en nuestra presencia y que no resulta particularmente perceptible, de fácil apreciación, que requiere un ejercicio de voluntad, y también significa compensar o remediar una falta cometida o un daño causado. Numerosas son, pues, las reparaciones y a saber cuál de ellas le conviene al reparador. Desde que advertí esta incoherencia por mi parte, ese limitarme a lo concreto, a lo tangible, a lo mecánico, no he dejado de repasar todas las posibilidades de la reparación, de las reparaciones, y decir todas puede parecer arrogante, pero es que, modestia aparte, creo que no me he saltado ninguna, he reparado infatigablemente en todas las reparaciones, valga la broma, al fin y al cabo llevo años y años sin otro oficio que conjeturar, pues, como acabo de decir, la inmovilidad y el insomnio son grandes compañeros de la imaginación. Me pregunto, por cierto, si se utiliza todavía la palabra magín, darle vueltas al magín, metérsele algo a uno en el magín, y si ese magín tendrá algo que ver con la imaginación: magín, imaginación, *i, magín, acción*. No sé, no sé. Magín suena un poco chusco, vulgar, como caletre, mollera, camocha, palabra triste de costanilla, léxico vecinal, voz de barrio, y la imaginación, en cambio, parece una gran palabra. A lo mejor hay una línea maginot para defender la inteligencia del magín, como una fortificación para que las inteligencias pequeñas, las mentes pobres, los magines normales, de caletre chico y mollera dura, no alcancen nunca las altas cumbres de la imaginación, una línea como la que separa el augusto sillón de todo tiempo anterior. El caso es que durante años he estado dándole vueltas al magín, o a la imaginación, si usted me permite ahora la arrogancia, sobre el asunto este del reparador y sus reparaciones. Y en ese caso, me dije, bien puede pasar el día encerrado reparando fuerzas, recuperando energías, esto es, descansando. Bien es verdad que sería entonces una broma también el letrero, escribir la palabra reparaciones en la puerta del edificio en el que uno duerme y descansa sería

una burla, un chiste, una humorada, una extravagancia, aunque no sé a quién se dirigiría la burla, el chiste, la humorada o la extravagancia, si por aquí no pasa nunca nadie, salvo los visitantes de antaño, y dudo mucho que el reparador tenga no ya noticia sino ni siquiera la menor sospecha de mi existencia y de mi vigilancia. ¿Sería entonces una broma para él solo, sólo él el ingenioso y sólo él el destinatario del ingenio? Es algo que no acierto a comprender: nadie puede celebrar a solas durante años un mismo y único golpe de humor. No hay humor sin destino. Del mismo modo que no hay rubor sin miradas, sin presencias, sin pelotón de ejecución, no hay humor sin público. El humor es una disposición moral con efectos lingüísticos y toda moral implica al prójimo. El humor secreto, sigiloso y escondido, no es sino su propia negación. Tal vez se pueda rumiar durante años el odio, maquinar la venganza, abastecer la melancolía, que son cualidades que nunca alcanzan la saturación, pero el humor es olvidadizo y pasajero, en la fugacidad está su esencia, y toda repetición es estupidez y toda reincidencia es estulticia y toda perpetuación es despropósito. Ni siquiera me atrevo a imaginar la escena cotidiana del reparador bajando por la costanilla, llegando a la puerta, sacando la llave y mirando al cartel, reparaciones, antes de abrir y soltando una carcajada autógena o autófaga. Aunque tal vez me hubiera convenido que así fuera, porque entonces hubiera perdido todo interés por el individuo y hubiera podido dedicar mis energías y mi imaginación a otros menesteres y a otras magnitudes, a desentrañar, por ejemplo, la música de los ratones, a averiguar si sobre mi cabeza vivía una mujer o una camada de ratones sinfónicos o incluso una mujer cultivando una camada de ratones sinfónicos, que, fuera lo uno, lo otro o ambas cosas, ha sido, sin duda, el episodio más extraño y misterioso y más sublime que me han consentido los dioses bienaventurados. Pero no. Por eso no creo que el cartel fuera una broma ni una extravagancia. Me queda la duda de si lo fue en su momento y luego, pese a su presencia, perteneciera tan alevosamente al tiempo pretérito, que el reparador no hubiera vuelto a reparar en él, como si fuera un elemento más, cotidiano y por ello invisible, de su rutina. Cabe incluso la posibilidad de que el hombre pensara arrancarlo un día y destruirlo y de que al final desistiera por no padecer el síndrome opuesto, esto es, pensar todos los días en el cartel precisamente por no verlo a diario, echarlo de menos, no por su valor ni por

su significado, sino por su mera ausencia, y en ese caso el cartel, su permanencia, sería una secuela del remordimiento, un acto de penitencia, como si dijera: yo, que fui tan idiota de colocar aquí esta infamia (esto, naturalmente, en el caso de que hubiera sido el reparador el autor, que no cabe descartar que lo encontrara ya ahí antes de comprar o alquilar o heredar el edificio), yo pagaré durante el resto de mis días, con su contemplación, tan tosca imbecilidad. Con lo cual el cartel, producto de un magín necio, se convertiría en suplicio de la imaginación, en símbolo de la conciencia y en recordatorio de la propia condición, como esos relojes antiguos que avisaban sobre la inexorabilidad de las horas, como esos epitafios que amenazan al peregrino y despiertan al alma dormida, se convertiría, en definitiva, digo, en una reparación. No obstante, a veces me he preguntado si el destinatario de ese obstinado cartel no seré yo, y no ya porque al fin y al cabo sea yo precisamente quien más ha reparado en él, quien no ha hecho otra cosa durante años que reparar en él, sino como si no me cupiera otro oficio u otra condena que su eterna, perpetua consideración. Casi es una broma de los dioses, si los hubiere. Me los imagino a todos ebrios en el olimpo emitiendo carcajadas de epopeya bufa. Démosle a ese pobre imbécil un único destino: que escudriñe por los días de los días un cartel de reparaciones. Burlémonos con su insignificancia. Sea su oráculo esa lenta y vertiginosa logomancia. Dejémosle meditar interminablemente sobre el sentido de su destino sin poder apartar la vista del enigma del cartel. Y regocijémonos con sus disparates. Eso pienso a veces. Que los dioses me condenaron a ser protagonista de una farsa subterránea. Y por ello, en ocasiones, me río, me regocijo yo también, como si me contemplara a mí mismo con ojos divinos, desde fuera, y me resultara ridícula y risible mi fatigosa actividad. Pero no me río con amargura, ni con desesperación, sino con alegría, porque sé apreciar los ingredientes de la comedia urdida por los dioses. Imagínese: yo aquí mirando el cartel, como un mochuelo, y riéndome a carcajadas de mí mismo mirando el cartel. Al fin y al cabo, me digo, los dioses nos otorgaron un único atributo: ridículos. Actuemos, por tanto, en consecuencia. Riámonos de la risa. Esto me pasa a veces, sólo a veces. Otras, en cambio, bajo a la tierra y busco mejores, más severas explicaciones. Me pregunto, por ejemplo, si no estaremos el reparador y yo en situación recíproca, si no seremos

meramente observadores mutuos, yo su vigilante y él mi centinela, yo controlando sus entradas, sus salidas, sus visitas, y él acechando durante todo el día mi estricta vigilancia. Porque a los dioses les gusta la simetría de los contrarios, la cara y la cruz, el hombre y la mujer, el mar y la tierra, la victoria y la derrota, la acción y el pensamiento, el movimiento y el reposo. Y tal vez hayan tenido a capricho que el reparador y yo seamos extremos de un mismo hilo o complementos de un mismo y triste enunciado. En ese caso, no acierto a descubrir desde qué punto del edificio me podría vigilar, porque, como tengo dicho, no hay más orificio que la puerta, no hay ventanas, ni ventanucos, ni postigos, pero a saber qué procedimiento secreto puede haber ahí enfrente para estar todo el día, de sol a sol, desde la aurora al crepúsculo, desmenuzando todos y cada uno de mis movimientos, que no son sino la extrema unción de la quietud. Si así fuera, si el hombre me vigilara desde el interior del edificio de algún modo que yo no consigo adivinar, entonces yo sería el destinatario del cartel, a mí estaría dedicada y dirigida la broma, la extravagancia, yo sería el espectador del chiste, la claque anónima de un desvarío inmutable. Pero si fuera así ya tampoco sería broma, ni chiste, ni extravagancia, sino amenaza o, como mal menor, amplia tarea. En cualquier caso, me digo, si ambos, en efecto, nos escrutáramos, sería un escrutinio a ciegas, pero si no nos escrutáramos se produciría una pintoresca inversión de los términos, una caprichosa paradoja: que yo sería en verdad el reparador y el verdadero reparador sería el reparado, el mirado y pensado, el observado y percibido. De hecho, yo lo veo bajar por la costanilla, lo sigo con la vista durante todo el recorrido, salvo el ángulo de la escuadra, como ya he dicho, lo veo llegar, sacar las llaves y entrar, lo veo después salir, subir por la costanilla, etcétera, pero nada veo y nada sé del tiempo que transcurre en el interior, de modo que, dejando a un lado su llegada y su partida, yo escruto a ciegas la lentitud del día del reparador. Y sé (no sé con total seguridad, pero basta un mínimo conocimiento de la óptica y la luz para no necesitar mayores evidencias), sé, digo, que él, aun suponiendo que posea ahí dentro extraños mecanismos tecnológicos de espionaje (me gustaría usar la palabra *espiación*, ¿se ha dado usted cuenta de que espiar, con equis, es una forma de reparación y de que espiar, con ese, es otra forma distinta de reparación?, yo lo he pensado muchas veces y hasta me he preguntado si la equis de la reparación

penitencial o penitenciaria no será una derivación torcida del sacrificio de la cruz, inextinguible vértigo de aspas), no puede verme aquí dentro o, como mucho, puede ver una silueta inmóvil en la oscuridad, los contornos de mi agosto sillón, una mancha informe en la penumbra. Ni siquiera podrá ver ni aun creo que adivinar el reflejo de mis especulaciones. Hasta tal punto la sombra es la luz de la tierra y hasta tal punto la vida es claustrofobia. Yo mismo lo dije una vez, hace años, muchos años, tantos que ni lo puedo recordar, y lo he repetido luego en un sinfín de ocasiones con fruición. Al contrario que los años luz con que se miden las distancias siderales, yo me atengo a un cómputo más asequible y, si quiere usted, más melancólico, más lóbrego: años soz o años run. Todavía no me he decidido por un término. Pensé llamarlos años hoz, o foz, como un homenaje a la costanilla, que al fin y al cabo es un desfiladero en seco, pero tampoco me disgustaba años soz o suz o sus, porque son años que transcurren por debajo del tiempo, años subtemporáneos. Pero, leyendo, cuando leía, una historia de ciencia y ficción, se me cruzó en el camino la palabra run, que hace referencia a lo secreto y misterioso, y empecé a dudar entre una y otras denominaciones, de modo que empleé años soz buscando argumentos para los años run y años run valorando los méritos semánticos de los años soz sin acabar de decidirme nunca. Los años soz, o run, que son sombríos, huecos, opacos y subterráneos, miden el tiempo quieto, el tiempo que no transcurre, la sinrazón del tiempo y la negación del movimiento, el tiempo cerrado y encerrado. Pues bien, yo mismo dije hace muchos años run, o soz, que la vida es claustrofobia. Fue cuando supe que las multitudes llenaban las plazas, las avenidas, los parques, los paseos, las playas, los ríos, las montañas, cuando se multiplicaban en desmedida proporción los habitantes de las ciudades, llegados de todos los rincones, de todas las aldeas, de todos los escondites. Todo ello se derivaba, me dije, de la condición claustrofóbica del hombre y proviene, averigüé, del largo periodo remoto y oscuro de su gestación. Tras abandonar la caverna el hombre no quiere volver a encerrarse en los estrechos habitáculos de la oscuridad, siente una aversión patológica por todo lo que le recuerde, aunque sea vagamente, mediante la más leve conexión metafórica o metonímica, su lugar de procedencia y, por ello, marcado con su señal pregnatura, se pasa la vida huyendo del origen. Así es el hombre: un pobre fugitivo, un renegado,

un prófugo, un desertor. Ridículo a los ojos de los dioses, el hombre se afana en huir de sí mismo. Por eso el reparador coincide conmigo en algo sustancial. A la común claustrofobia ambos oponemos nuestra propia condición claustral, la soledad de la caverna, la sombra anterior a la primera luz, que es la sombra del hombre, la sombra primordial, más yo que él, porque él, al fin y al cabo, va y viene, va y vuelve, y yo ni voy ni vengo, sólo estoy y veo volver, habitante perpetuo de los años soz, o run. Como si no hubiera abandonado nunca la caverna, aquí estoy agazapado en esta madriguera, encerrado en mi recinto, llevando hasta el extremo la condición de mi origen placentario, nutriéndome del ir y venir del reparador y de su enigmático quehacer, de sus incógnitas reparaciones, reparaciones, me dije, volviendo al enigma del letrero y del quehacer, que tal vez no fueran ni hayan sido nunca externas, ni artesanas ni mecánicas, por una parte, ni corporales o biológicas, esto es, médicas, clínicas, terapéuticas, por otra, sino reparaciones no materiales, anímicas, espirituales, si así puede decirse. Aunque esa posibilidad planteaba cuestiones insolubles, porque un hombre, no puede estar todos los días de su vida, salvo los domingos, reparando su espíritu o las tribulaciones de su espíritu o incluso, si nos avenimos a trivialidades religiosas, y pese a la inversión de los preceptos y los calendarios de la doctrina, purgando sus pecados. Quiero decir que el edificio de las reparaciones no podía ser un monasterio, ni un cenobio, ni un purgatorio. Tampoco podía ser, me decía yo entonces, una cárcel, esto es, no un lugar relacionado con el pecado sino con el delito, el lugar donde cumplir una condena impuesta por el propio individuo por algún acto delictivo del pasado, un robo, un fraude, un crimen, una masacre. Curiosa por otra parte esta pareja de palabras que acabo de usar y que en su momento me dieron mucho que pensar: delito y pecado. El delito es un pecado social y el pecado un delito religioso. Y en medio de los dos ondea la moral: puede haber pecados que no sean inmorales e inmoralidades que no son pecado y puede haber delitos que no sean inmorales y numerosas inmoralidades que no sean delito. Disculpe el desvarío. Sigo. Porque, me dije, si no se trata de reparaciones biológicas, bien podría tratarse de reparaciones morales, una forma de ascetismo urbano en la periferia de la periferia, pues sabrá usted que en tiempos esta costanilla era el límite más extremo de la periferia y que alguno de estos edificios, no sé cuál,

era una cárcel y otro un matadero y otro un prostíbulo. El mismo edificio del reparador podría haber albergado todas esas desdichas. Su aspecto lóbrego, sus muros sombríos, sus resquebrajaduras, su sequedad terrosa y polvorienta en agosto, su tristeza húmeda en invierno, su ruinoso decrepitud, en suma, avalarían cualquier viejo destino de infortunios. Que ahora la costanilla casi se haya convertido en centro urbano es sólo una contingencia inmobiliaria y demográfica. Como si el hombre hubiera decidido ser un eremita en la periferia, un anacoreta urbano. Siempre me gustaron las historias de anacoretas en el desierto, aunque no me resultaran demasiado verosímiles. Pero me gustaba imaginar a individuos flacos y harapientos persiguiendo lagartos bajo la obstinación del sol. La razón es muy sencilla: los antiguos anacoretas optaban por una forma de claustrofobia inversa, la claustrofobia de la luz y de la arena, la claustrofobia de una vasta y anchurosa naturaleza uniforme, la desnudez de una superficie horizontal e infinita, ocre y reptil. Cuando no hay más muros que el horizonte, más límite que la abstracción de los puntos cardinales ni más camino que la última pisada polvorienta, se habita también en la caverna y se ejerce una intensa claustrofobia, una claustrofobia ciega. Sólo por eso otorgan las religiones a los antiguos anacoretas unos atributos superiores, plenos de bienaventuranza y firmemente sobrehumanos, lo que, dicho sea de paso, no deja de ser un error común: considerar sobrehumano lo más específicamente humano. En tal caso, volviendo a lo nuestro, este hombre sería un anacoreta urbano, un eremita en la soledad de la urbe y en el silencio de un caserón vacío, un monje de la civilización. Cabría incluso la posibilidad de que en algún momento hubiera alcanzado cierta autoridad en su ascetismo, que la fama de su austeridad se hubiera propalado por el mundo y, lo mismo que los anacoretas de antaño alcanzaban la gloria apostólica cuando su fama trascendía las dunas, los abrojos y las soledades, fuera por eso por lo que acudían al edificio los extraños y antiguos visitantes, individuos sin duda necesitados de reparación social, religiosa o moral, sujetos descarriados o desorientados o sencillamente fervorosos que, enterados de la integridad y de la digamos moderna santidad del reparador, acudieran precisamente al lugar de las reparaciones a repararse ellos mismos, a recuperarse de los sinsabores de la vida, de sus propias vidas o de los que provocan las vidas ajenas, que no son pocos en estos tiempos de

iniquidad y pesadumbres, a ser reparados, en busca de auxilio, de consuelo y, en definitiva, valga la redundancia, de reparación. En tal caso el hombre sería reparador de hombres, cosa por otra parte imposible de compaginar con el hecho de que el cartel de reparaciones estaba en la puerta mucho antes de que nadie acudiera, lo que, si no se entiende como presagio o profecía, carece de sentido. En este punto pasé a pensar durante un tiempo lo contrario, porque es cierto que hay afinidad en los extremos. La historia está llena de casos, con frecuencia funestos, en que venturas y desventuras absolutamente opuestas fueron precedidas, o anunciadas, por síntomas idénticos. El amor y el odio, la guerra y la paz, la vida y la muerte han tenido en demasiadas ocasiones el mismo ambiguo oráculo. Tal vez, pues, no se tratara, me dije, de purgar viejos delitos, atracos, defalcas, estafas, sino de planearlos minuciosamente antes de, si me permite la broma, acometerlos. Ello explicaría la aglomeración de visitantes, que no sería entonces casual, sino estratégica, de camuflaje. En ese periodo arrinconé en mis soliloquios el nombre de reparador, que al fin y al cabo posee cierta dignidad artesanal, y empleé el de Alí Babá, y no hace falta que le diga cómo denominé in mente a los visitantes, pese a que nunca llegaron a cuarenta, ni al cuarenta por ciento de cuarenta, ni quizá, me temo, al cuarenta por ciento del cuarenta por ciento de cuarenta. Afortunadamente en ese periodo había cortado yo ya todo lazo con el exterior, había renunciado a toda comunicación y me había abstenido de toda la marea informativa que desde hacía tiempo venía asolando y desolando las reservas de occidente y las conservas de oriente. En caso contrario, hubiera intentado seguir con puntualidad esclava las aventuras de toda banda nocturna que atracara bancos, cajas de ahorro, sucursales de barrio, gasolineras, furgones blindados y demás ceremonial suasorio y vulnerable de este mundo cantante y resonante. Como no era el caso, me limité a imaginar sus fechorías al amparo de las sombras, sus siluetas atravesando puertas blindadas, taladrando túneles, abriendo sésamos y acumulando botines de cajas fuertes, cajas de seguridad, depósitos turiferarios de oro y mirra, escribiendo en suma con ganzúas y llaves maestras la oquedad avara y temeraria de mil y una noches de despojos, depredación y ladrocinio. Sé que todo esto es disparate, lo de Alí Babá y sus secuaces, pero la simetría es a veces no sólo una tentación, sino una obligación, un imperativo de la estética.

Bien lo sé yo y bien lo sabe usted, aquí los dos frente a frente, en mutuo equilibrio reflectante y reflexivo. Pero, como, a la postre, también eliminé de mis conjeturas las hipótesis penitenciarias y delictivas, tuve que imaginar otras tareas, otras soledades no eremíticas, y fui enumerando profesiones y dedicaciones y labores secretas e incluso decidí que el reparador fuera un reparador intelectual, tal vez un filósofo, un pensador, un escritor, un artista. La idea del artista, de artista plástico en concreto, la deseché enseguida, porque lo hubiera visto entrar con materiales de taller, pinceles, lienzos, caballetes, y le hubiera visto salir con sus obras hacia exposiciones, hacia galerías, hacia museos, a no ser que fuera un artista autónomo y secreto, sin voluntad pública y que, por eso, a lo que vendrían los antiguos visitantes sería a contemplar sus obras, la belleza escondida de sus cuadros, graves murales tal vez en los oscuros paredones de las catacumbas. Pero, como digo, lo deseché pronto, no tanto porque no salieran obras del edificio sino porque nunca vi entrar el material con el que pudieran ejecutarse. Lo de escritor era más plausible, pues bastaría con que trajera lápiz y papel, cuadernos en octavo, instrumental en suma de escasas dimensiones que fácilmente podía acarrear sin que yo lo viera y que por lo demás no estoy en condiciones de afirmar que nunca lo portara. Verdad es que siempre lo he visto con las manos libres, sacando las llaves, buscando la adecuada, recreándose en el tintineo, pero no puedo responder por el contenido de sus bolsillos, incluso de los grandes bolsillos del sobreveste o escrocón que usa, a modo de uniforme, haga frío o calor, durante todo el año, un sobretodo por cierto que tiene para mí un no sé qué guerrero, o marino, antártico diría, o tal vez ferroviario. Aunque puestos en este trance, más lo imagino como pensador, como filósofo pensador, quiero decir, como alguien dedicado al pensamiento filosófico, a la especulación de las esencias en el hondón de la caverna, pero no a la escritura de filosofías. Ésa sí sería una explicación. Por eso, cuando llegaban los visitantes, salía como adormilado, no porque estuviera en realidad dormido, sino porque estaba sumido en la abismal hondura de sus pensamientos. Me planteaba algunas dificultades, sin embargo, tal ocupación filosófica. Tengo entendido que los pensadores lo son en todo momento y ocasión, que no pasa un solo instante en que no estén cavilando y afilando sus cavilaciones, o sus cogitaciones, el pienso luego existo sin pausa ni reposo (aunque ya sabe usted

lo que opino del dicho cartesiano), que su vida no es otra cosa, en definitiva, que meditación, razonamiento, silogismo, etcétera. Por eso no me convencía la idea del reparador, de Alí Babá, como hombre de pensamiento, porque no podía estar de noche en vaya usted a saber dónde y venir luego de día a la caverna a ejercer el oficio de filósofo. Menos aún, por la propia necesidad de la ocurrencia, me convencía la idea de que pudiera ser un filósofo clandestino. Y, sobre todo, lo que más claramente me hizo desestimar la filosofía fue el repaso de las trivialidades que cruzaba en el trayecto de ida y en el trayecto de vuelta con los siete transeúntes. Un auténtico filósofo, me decía, no puede caer en tales vulgarismos. Ni siquiera, añadía, como camuflaje. Bien puede esconderse la actividad de Alí Babá, pero resultaría absurdo ocultar que se es un filósofo y esconder no ya el resultado del pensamiento filosófico, sino el mismo y discreto ejercicio de la filosofía. Conclusión, me dije: no es pensador. Y más o menos el mismo derrotero siguieron mis argumentaciones en torno a otros oficios, como poeta, pintor, matemático y demás ramas de las bellas artes o las bellas ciencias. Desestimadas tales conjeturas, no tuve más remedio que entretenerme en otras. Pensé, pensé y pensé. ¿Y si no se trataba de soledad de anacoreta sino de clandestinidad?, me dije, ¿y si no se trataba de pensar ni de escribir ni de filosofar, sino de subversión política, de conspirar, de orquestar alguna forma de revolución? Porque no voy a negar que en ocasiones, cuando nuestro hombre tenía visitantes, sobre todo en los días en que concurrían en grupo, porque aunque acudían en solitario, de uno en uno, como tengo dicho, terminaban formando grupo, llegué a pensar que no se trataba de efectuar o llevar a cabo reparaciones singulares, reparaciones anímicas, psicológicas o incluso penales, de los visitantes, sino que se pretendía reparar algo externo, algo grande, en definitiva que se trataba de una conspiración, el debate previo a una revolución, las reuniones en que se planteaban objetivos, estrategias, fórmulas de subversión, procedimientos de agitación social, la puesta a punto de la maquinaria de la revolución, el engrasado de las armas, la comprobación del punto de mira. Tal vez entonces, si esto fuera así, no serían los visitantes individuos desconocidos entre sí, sino individuos que guardaban las formas del anonimato en la costanilla, y seguramente en todo el ancho mundo, para que nadie pudiera establecer entre ellos vínculos de afinidad y sedición, para ocultar las pruebas de, según se

mire, su villanía o su heroísmo. Serían, pues, individuos conocidos y bien organizados, obligados al disimulo e incluso, en apariencia, a la descortesía en aras de los altos objetivos de su trama revolucionaria. Y en ese caso el hombre, el reparador, no sería un individuo sin importancia colectiva, sino el peligroso jefe de un grupo guerrillero, de una célula social armada con pensamientos de fuego. El conspirador de la costanilla, me dije. E imaginé titulares de prensa, noticias de alarma, persecuciones truculentas: la policía desenmascara al conspirador de la costanilla, la policía sigue los pasos del conspirador de la costanilla, capturado el conspirador de la costanilla, el conspirador de la costanilla logra huir de la cárcel, etcétera. O acaso tampoco eso, sino un buen hombre, propietario de un edificio adecuado para la clandestinidad que, ya por simpatía, ya por solidaridad, ya por apocamiento, prestaba su edificio para la orquestación de la trama subversiva, radical, revolucionaria. Pero, dicho esto, también debo decir, y lo pensé incluso antes de que las visitas terminaran, que, si se trataba de una conspiración, estaba condenada al fracaso, que moriría en los preparativos, que sin duda más que de la trama de una conspiración lo que se debatía era su propia imposibilidad, ése sería sin duda el gran postulado, ¿no cree?, la imposibilidad de toda revolución, y si la revolución es imposible, como lo es de hecho, toda conspiración revolucionaria era entonces un sinsentido, un lavado de conciencia, lo intentamos pero era imposible, es decir, que se reunían para deshacer la trama de una conspiración que no había llegado a formularse, de la que ni siquiera había cimientos, que las reuniones eran para asumir por anticipado la derrota, la popular paradoja de la venda y la herida. Y es que ciertamente en estos tiempos ya no tienen cabida las revoluciones. La humanidad es una ilusión plana, monótona, sin accidentes. Es falso esto, bien lo sabe usted, por eso digo ilusión. También podría decir espejismo, pero suelo contenerme ante esta palabra, porque también mi vida es espejismo y sólo pronunciarla, más aún, sólo pensarla, me lanza a la cara mi propia mirada de reproche y con ella la evidencia de mi mediocridad. Usted mismo me mira con ojos acusadores cuando pronuncio la palabra espejismo. Por eso prefiero ilusión, o engaño, o alucinación, o entelequia, o quimera: son muchas las palabras que sirven para nombrar la perfección, la perfección que no existe, naturalmente, la que no puede existir. Son tantas las palabras que

tenemos para nombrar lo que es sólo producto de muchos siglos de abstracción que no entiendo siquiera cómo podemos llegar a entendernos. Tal vez por eso nos está prohibido lo importante, porque nunca tendremos acceso al significado y nos quedaremos presos de las palabras vanas, del sonido y la furia o, peor aún, del ruido y el humo. El gran poeta de los tiempos heroicos dijo que los dioses traman y cumplen la perdición de los mortales para que los hombres venideros tengan qué contar, o sea, que las fatalidades de la humanidad, las guerras, las desgracias, las aventuras, los naufragios, la muerte, son apenas, para los dioses, materia de relato, mero pretexto de fabulaciones. Pues bien, yo creo que también los dioses proporcionaron a los hombres las palabras vacías y el lenguaje hueco para que no llegaran a saber nunca del todo lo que son y para que no acertaran nunca a comprender del todo y menos aún a expresar con exactitud su desdichada condición, aunque sea la miserable condición del pobre reparador y de su no menos pobre y obsesivo e infortunado avizor. De todas maneras, permíteme la digresión, como todo anverso tiene su reverso y como a la antigua poesía épica, luminosa y heroica, transparente y leal, le corresponde en nuestro tiempo una épica lóbrega y subterránea, anónima y traicionera, secreta y policial, dándole vueltas a la hipótesis de la revolución, también llegué a pensar lo contrario: que el reparador acaso fuera un agente secreto de la gobernación, un día jueves, un infiltrado en la organización clandestina, incluso alguien encargado de organizar el simulacro de la revolución para sosegar el ánimo de los insurgentes y apacentar su rebeldía. Pues no es infrecuente que los gobernantes propicien la apariencia de rivalidades y descontentos para desactivar a los verdaderos descontentos y a los más temibles rivales y aun estoy por decir que, frente a tiranos y dictadores, no hay gobernante más astuto que aquel que mueve subrepticamente los hilos de la agitación interior, que aquel que fabrica sus propios enemigos para, de ese modo, absorber y anular toda insumisión real. Si eso fuera entonces así el reparador sería un agente de la autoridad gubernativa, un minúsculo eslabón funcional, la personificación de un simulacro, como una vacuna antisediciosa inoculada en la sangre inocua, ingenua e infeliz de los visitantes. Por fortuna, o por fatalidad, que nunca podré determinar con certeza si fue lo uno o lo otro, algo imprevisto se cruzó en mis averiguaciones y, que yo recuerde, sólo en esa

época, ya digo que no sé si de manera inoportuna e incluso contraproducente, descuidé mis tareas de acecho y, en consecuencia, el cotejo de los datos objetivos que extraía de mi tenaz observación. Fue, a fin de cuentas, lo que, en el curso loco y caprichoso de mis pensamientos, libró al reparador de su infame y deshonrosa condición de esbirro. Lo cierto es que distrajo mi atención otro misterio, un enigma insondable, o mejor, inalcanzable, inaccesible, porque no estaba en la caverna del reparador ni en la costanilla ni siquiera en las profundidades del ángulo prohibido, sino que venía de las alturas, del cielo raso, podría decirse: eran los tacones del piso de arriba, un tac tac tac nervioso y continuo, sin resquicios. No sé ni he sabido nunca ni nunca he querido saber quién vive arriba ni si vive alguien arriba, pero durante meses el tac tac tac de unos pasos, de unos tacones como de aguja, pensaba yo, taladrando el techo, me tuvo al borde de la locura si es que no ya en la locura misma. Suponía yo que la vivienda de arriba tenía la misma distribución que ésta y de ahí deducía la situación del taconeo. Ahora está en la cocina, me decía, ahora avanza por el pasillo, ahora está justo encima de mi augusto sillón, asomada a la ventana. Asomada, pensaba, porque asocio los tacones a un andar femenino. O sea, que lo mismo que pensaba en el reparador como reparador pensaba en la mujer como la mujer de los tacones, o la taconera, porque, además, a veces, más que pasos, me parecía taconeo, un taconeo sutil, pautado, agudo, misterioso, y se me hacía que la taconera era nombre apropiado para alguien que bailaba o se movía taconeando, con tan intenso taconeo. La taconera y el reparador, pensaba, como si fuera el título de una película, cuando era en realidad el borroso lema de mi obstinación. Fue entonces, pues, abstraído en el taconeo, desquiciado por el constante tac tac tac, cuando descuidé por completo la vigilancia del reparador. De hecho, la obsesión del taconeo, que me absorbió durante mucho tiempo, desvió mi atención del ir y venir de los visitantes y, resumiendo, me impidió advertir cuándo dejaron de producirse las visitas y me acarreó la grave pesadumbre de no haber podido censarlos, registrarlos, clasificarlos, a la manera como tenía catalogados, por riguroso orden, a los siete transeúntes, agentes de la transición. A veces, después, me he distraído recuperando el episodio sin otro objetivo que fijar el número de visitantes, por ver, sobre todo, si eran o fueron siete y solamente siete, como los

transeúntes. Ya sabe usted que el siete es el número de la perfección, incluso la perfección de la imperfección, la virtud y el pecado, los valles y las montañas, la ignorancia y la sabiduría, etcétera. Por eso pienso que si acaso fueron siete y sólo siete, como los transeúntes, entonces se estaba produciendo en la costanilla una forma de perfección, un equilibrio sustancial entre vecinos y forasteros, transeúntes y visitantes. Pero, por más que insisto en la memoria, sólo recaudo las siluetas informes de un visitante, o de dos, o de tres, sin mayores diferencias singulares que su número provisional, sin saber nunca si eran siempre los mismos o distintos ni, en el caso de que fueran los mismos, si eran cinco, siete, once, trece o, en definitiva, seis coma cuatro. Y cuando pude haberlo hecho, en el tiempo de la visitación, lo descuidé porque la taconera no descansaba nunca, ni de noche ni de día, sin distinguir días y domingos, a todas horas oía desde aquí el insistente tac tac de su ajetreo, día y noche, día y noche, sin descanso, un año sin dormir, o tal vez dos, porque la vigilancia y el insomnio sobrepasan las dimensiones del tiempo. Nunca oí voz alguna, nunca me llegaron palabras, y por eso a veces pensé que no había una, sino dos, o tres, o hasta cuatro taconeras, que caminaban por turnos, como si tuvieran unos solos zapatos y unos solos tacones para todas ellas, cenicientas del callejón, que se iban poniendo sucesivamente para ejercitarse en su labor de taconeo o en cualquier ejercicio doméstico que llevara consigo desplazamientos con tac tac tac. En el caso de que fueran varias las mujeres, sin duda hablaban entre ellas, tal vez incluso no hicieran otra cosa que taconear y hablar, hablar y taconear, una en movimiento y las otras quietas, sentadas, o tumbadas en camastros, pero, si hablaban, sólo lo hacían de cosas importantes, sin buenos días, ni buenas tardes, ni buenas noches, ni cómo estás, ni qué frío hace, sólo cosas serias, cosas graves, cosas importantes, cosas con sentido, cosas verdaderamente significativas, es decir, las cosas que a mí me estaban prohibidas, a las que yo nunca tendría acceso, como ya había comprobado con los extraños visitantes del reparador o con los vecinos que yo suponía apostados en las ventanas de la costanilla, al acecho matinal y crepuscular del reparador, y como bien puede deducir usted de las mismas palabras que yo con tanta aplicación y tanto respeto le dirijo. A veces parecía que los tacones caminaban hacia la salida y hasta creía oír la puerta, abrirse y cerrarse, y cesaba un instante el

taconeó. Entonces pensaba yo que la mujer había salido y acechaba en la ventana, esperaba verla, aunque fuera de espaldas, subiendo la costanilla y, con un poco de suerte, al cabo del día, verla bajando la costanilla, una secuencia inversa de los pasos del reparador. Esperaba durante un rato, pero nadie salía. Y de pronto volvía el taconeó: tac tac tac. Supuse entonces que no se abría la puerta para salir, sino para que alguien entrara. El problema era que, absorto yo en el tac tac tac, no había reparado en la costanilla, en si alguien había bajado y se había acercado a la puerta. Cambié la estrategia de acecho entonces y traté de vigilar y, por más que lo intenté, nunca, en las numerosas veces en que se reprodujo la ceremonia, el tac tac tac por el pasillo y el abrirse y cerrarse la puerta, nunca, digo, vi que nadie hubiera bajado por la costanilla, se hubiera detenido ante nuestra puerta, de espaldas al cartel de las reparaciones, hubiera levantado los ojos a la fachada, por encima de mi puesto de vigilancia y, sin verme, porque me protege la penumbra, hubiera desaparecido, en fin, bajo mi ventana. Como había visto sin dificultad ni esfuerzo a los visitantes del reparador o a los siete transeúntes, concluí que se trataba de otro asunto, algo que no sólo escapaba a mi comprensión, sino también a mis conjeturas. Me consolé pensando que era una maniobra de distracción, que la mujer o las mujeres sabían de mi asechanza pasiva y se burlaban de mí, ponían a prueba mi capacidad de análisis y de deducción ejecutando acciones sin lógica, acciones puras, desprovistas de significado, abrir la puerta por abrirla, moverse incluso de un sitio para otro con la sola finalidad de perturbar mi entendimiento. Me perdí también, no obstante, en otras ofuscaciones. No tuve mayor ocurrencia que aplicar a mis ojos la teoría de una ceguera selectiva, paralela a mi teoría del sentido de las palabras, ya me entiende. Así como nos está vedada la audición de las palabras importantes y, con ello, el verdadero significado de las palabras verdaderas, así también acaso, me dije, nos está vedada la visión de la verdadera realidad. Desmenucé las antiguas palabras del profeta: Hijo de hombre, tienes ojos para ver y no ves, tienes oídos para oír y no oyes, tienes corazón para comprender y no comprendes, porque vives en rebeldía. Y pensé que los dioses me habían engendrado, como a todos, sin excepción, para la desdicha. Primero me habían llevado poco a poco, mediante indicios sucesivos, a la teoría del sentido, o el sinsentido, de las palabras. Ahora, me dije, me

llevarán a la teoría de las realidades aparentes, teoría, por cierto, que no llegué a perfilar adecuadamente, enseguida le explicaré por qué. Y finalmente me conducirán, como las yeguas de la sabiduría, a la tercera negación: la imposibilidad de comprender. Me abrumó sobremanera esa amenaza, tener corazón y no poder comprender, porque, llegado a ese punto, ningún porvenir tendría sentido ni ningún pasado consistencia. Habría estado años soz y años run dando palos de ciego, ciego de luz, ciego de pensamiento y ciego de corazón, una feroz, terrible maldición divina. No puede usted imaginar la pesadilla de una noche, una sola noche, en la que el tac tac tac del taconeo se convirtió o tuve el angustioso presentimiento de que se convirtió en baile, en bullicioso baile. El baile, usted lo sabe, es un sucedáneo de la guerra, un engaño que rebaja a ritmo y contoneo el instinto bélico. Y tenga en cuenta que, en contra de lo que comúnmente se cree, o de lo que se dice por inercia, ninguno de los dos tiene categoría artística. Ni el ritmo es arte, pues es gimnasia y sincronía y gestos uniformes, ni existe un arte bélico, pues la muerte masiva sólo es muerte más muerte y muerte más más muerte. Conclusión: todo baile es bélico. Por eso el episodio del baile bélico me tuvo un tiempo desconcertado, irritado, víctima de una lucidez ciega e irracional. Corazón que no comprende, ¿sabe? Admito que la circunstancia personal tiene mucho que ver en esta afirmación, nunca lo he negado, mi destino es el baile inmóvil, pero reconocerá usted que toda evolución, todo progreso, todo avance de la humanidad, si es que la humanidad avanza, progresa o evoluciona, se debe a una circunstancia, más aún, creo que, en cada caso aislado, a una sola y única circunstancia. Por eso, el baile bélico, el bullir del tac tac tac sobre mi cabeza, fue un amargo martirio, la inmolación silenciosa y dolorida de mi propio e insípido yo, un yo al que no le corresponde, como usted ve, ni el baile ni lo bélico, ni la bulla siquiera, un yo, si no vil, envilecido. Pero, como le digo, no llegué a formular con coherencia estos dos últimos procesos, porque el taconeo se fue de pronto transformando y fue entonces cuando llegué a creer que no se trataba de una mujer, ni de tres o cuatro mujeres, sino de algún tipo de animal, una camada de ratones, pensé, creo yo que por analogía con tacones, pero también porque el tac tac tac, que siempre me había parecido seco y contundente, de pronto, en cambio, se había vuelto blando, rugoso, continuo, ras ras ras, más sordo, diría, más

difuso, más ingrávigo, rac rac rac, o rat rat rat, como un ruido roedor, una camada de ratones con tacones en su madriguera, a veces jugando y a veces royendo, ratones, me dije, conque taconeando, pero ratoneando, carcomiendo. Sólo así se explicaba la constancia, la infinita intermitencia, el rac rac rac infatigable, si bien tuve que apreciar variaciones y discontinuidades, no sé si debidas a defectos de mi percepción, a malevolencias de los agentes del cielo raso o al hecho de que realmente se alternaran mujeres y ratones, ratones y mujeres, en la ejecución por turnos del ruido y acaso en una forma de convivencia y armonía primordial. Sin embargo, cuando decidí que se trataba más de ratonera que de taconera, el ras ras ras se extendió con profusión por todo el techo. Quiero decir que no era único, no un solo ras ras ras, sino que bien parecía una conversación, un como intercambio de información, y a un rac rac rac que yo ubicaba en la cocina, por ejemplo, le sucedía un rat rat rat procedente del dormitorio, y así sucesivamente. Así aprendí en cierto modo, o creí aprender, el lenguaje de los ratones, esto es, así atribuí réplicas y dúplicas coloquiales, como de lenguaje de costanilla, a los sucesivos ras ras ras y rat rat rat que se sucedían sin fin sobre mi cabeza. Sin embargo, que esto era sin discusión así sólo lo supe, como siempre, cuando ya no pude comprobarlo más. Ocurrió que una vez, una sola vez, me pareció oír cantar, un canto como un quejido, como un lamento agudo y chirriante, en una escala inhumana. De hecho no sabría decir si era canto, el canto lastimero de una mujer sola y doliente, o si era un concierto de ratones, que bien sé yo que los ratones cantan, que saben simular una especie de coro acuciante y agrio, monótono y unísono, que nada tiene que ver con lo que habitualmente se llama música ratonera. Precisamente la música de los ratones no es ratonera, sino ultrasonora o ultrasónica, que no sé muy bien cómo se dice o se debe decir. La llamada música ratonera es humana, más aún, es específicamente humana. Hemos acordado que las aves poseen sentido musical, tal vez porque hay, en efecto, aves que emiten dulces sonidos, tal vez porque los emiten en las alturas, y creemos que la música es un don celestial, una forma de elevación del espíritu, y, en cambio, hemos desterrado a los mamíferos de toda consideración armoniosa, dulce y delicada, pero se trata de un claro error zoológico y de una consecuencia de la maldición bíblica: comerás el pan con el sudor de tu frente. Hemos creído

que la voz de los mamíferos, el ladrido, el rebuzno, el relincho, es voz laboral, voz artesana, voz obrera, una necesidad proletaria, y hemos dado por bueno que la voz de las aves es un lujo poético, un vestigio del paraíso, un recreo del espíritu. Los hombres comen el pan con el sudor de su frente, pero el padre celestial alimenta a las aves del cielo, las aves de arpadadas lenguas, que decían los antiguos poetas, ignorantes del valor descriptivo, meramente morfológico, de esa arpadura con la que ellos, en su arrebató lírico, sentíanse transportados a las esferas siderales. Tememos a los animales que se arrastran, porque llevan consigo las sigilosas asechanzas del silencio, asimilamos nuestra mediocridad a los animales que andan, porque están a nuestra altura, y elogiamos a los animales que vuelan, porque se mueven en una dimensión que nos resulta inalcanzable. Esa percepción errónea de lo que nos rodea lo explica todo y da cuenta de nuestra miserable condición. Porque somos rastros huimos de lo rastro. Porque nos arrastramos condenamos todo arrastre. Así establecemos la jerarquía de nuestros movimientos: reptar, andar, volar. Yo también había pensado así hasta entonces. Pero aquella vez que oí, como digo, la música de los ratones, la música roedora, sentí una especie de gozo y de escalofrío que nunca antes había sentido y nunca después he vuelto a sentir, el gozo era por su belleza, parece mentira que de la uniformidad acústica, de la monotonía del chillido, pueda salir tan bello canto, tan hermoso coro y, como consecuencia, tan extraño estremecimiento. El escalofrío no era, pues, por lo acuciante, por lo agudo, por lo finísimo de las voces, sino por el propio carácter terrible que tiene la belleza cuando es impenetrable. La fascinación del mar, me dije, la magnitud hipnótica del desierto. Fue por eso, por el escalofrío de la belleza, por lo que sentí miedo, por lo que pensé que se trataba de una trampa, de que no eran ratones, sino seres fantásticos, mixtos, con partes de mujer y partes de ratón, murenas, me dije, por dar un nombre al fenómeno, y entonces hice con el canto lo mismo que había hecho a veces para no oír el taconeo, el tac tac tac irremediable que no me dejaba dormir, un acto subalterno de cobardía: me tapé los oídos con tapones de cera, para que el canto no pudiera filtrarse por ningún resquicio. No volví, sin embargo, mi atención al reparador, todavía. Estaba entregado de lleno a la no audición del canto, pensando si la cera me estaría impidiendo disfrutar de la incomparable melodía de los ratones. Es una actividad de lo

más curiosa, de lo más paradójica, es como entregarse a la nada con conciencia plena. Yo he pasado muchos domingos acechando la costanilla, sabiendo que el reparador no iba a venir, porque los domingos nunca viene, y, sin embargo, sabiendo de sobra que no vendría, he pasado domingos enteros, de principio a fin, hora tras hora, minuto tras minuto, instante tras instante, con toda la conciencia que cabe tener de la fragmentación del tiempo, comprobando que, efectivamente, no venía. No es una actividad inútil, ni estúpida, sino ejemplar y de extraordinaria lucidez, porque permite traspasar la frontera del tiempo y la frontera de la conciencia. Los grandes exploradores (y los pequeños, tanto da, pero son los grandes los que prevalecen), los grandes exploradores siempre viajaban con la certidumbre o al menos con la esperanza de encontrar algo nuevo, algo distinto, alcanzar los polos, las fuentes de los ríos, las cimas de las montañas, las travesías marinas, su objetivo era siempre grande y hermoso, épico y heroico. Los pequeños exploradores, la gente en general, tienden siempre a encontrar algo, espera llegar a algún sitio, se impone alcanzar un objetivo, por nimio que sea. Mi actividad de los domingos y mi actividad cuando tenía taponados los oídos era la contraria: no oír y no ver, escuchar para no oír y mirar para no ver, para no hallar, para no encontrar. Eso es el tiempo vacío, eso es el hombre sin espacio ni tiempo, el hombre al margen del hombre y de los acontecimientos. Yo tengo mucha experiencia de esa negación. Es más, estoy por decir que es de lo único que tengo experiencia, de esa negación del hombre y del espacio y del tiempo y de la conciencia de lo uno y lo otro. Pero lo cierto fue que, después de la música de los ratones, todo ruido cesó en el piso de arriba. Pasé un tiempo, como digo, tratando de no oír, pero, cuando me dispuse a seguir de nuevo la dirección de los pasos, el sordo y agudo taconeo, el blando rustrir de las pisadas ratoniles, un tac tac tac y un ras ras ras a los que ya me había acostumbrado y que formaban parte necesaria de mi atención y aun de mi tranquilidad, entonces, digo, ya toda vida superior había cesado, ya no hubo más movimiento, más ruido, más mujer ni más ratones, ya no hubo más tac tac tac ni más ras ras ras. ¿Serían siete?, me pregunto, ¿once, trece, diecisiete? Nunca podré saberlo. La vivienda de arriba estaba deshabitada. Era como si hubieran estado preparando con sigilo un concierto, como si hubieran empleado días y días, los días que alejaron mi atención del

reparador, en un aprendizaje musical, en un ensayo riguroso, hasta el día de la gran celebración, el día del canto, y después todo hubiera desaparecido. Aunque no soy dado a la añoranza, sino a la melancolía de la conciencia, no pude por menos que lamentar el abandono, la huida de los ratones, la desaparición de la mujer, el cese del tac tac tac, que a veces, sin embargo, su propia ausencia parecía reproducir. Esto es algo sintomático, tal vez neurasténico, o neurológico. Dicen que cuando a alguien le amputan un brazo o una pierna siente a menudo dolor en el miembro amputado, le duele la pierna que ya no tiene, el brazo del que la guerra o un accidente le han privado. Pues algo así me pasó a mí durante mucho tiempo con el taconeo. Lo sentía como si se siguiera produciendo, lo oía, era un sonido tan vívido y tan vibrante que necesariamente tenía que ser mentira. A veces todavía lo oigo, pero ahora ya sé que es una proyección de mi memoria. Entonces, en los primeros tiempos del abandono, era una percepción acústica inmediata y a pesar de todo ambigua. Si al principio podía seguir la dirección de los pasos, ahora está en el pasillo, ahora está en la cocina, etcétera, después, cuando ya no se producía el caminar, el ruido de la ausencia se expandía por toda la vivienda, como si los pasos se produjeran simultáneamente en el pasillo, en el salón, en el dormitorio y en la cocina, como si el eco reprodujera con meses e incluso con años de retraso un nuevo y único y uniforme tac tac tac que no sería sino la síntesis de todos los distintos, discretos y numerosos tac tac tac anteriores, como esa luz que dicen que nos llega de estrellas extinguidas hace miles de años. Creo que sólo por eso pude distinguir que no se producían, por la imposibilidad material del deambular ubicuo. Con el tiempo me fui acostumbrando a la audición con tac tac tac del silencio y llegué a la conclusión de que observamos lo que hay, pero de que también observamos, incluso tal vez más, lo que no hay, de que no hace falta que ocurra algo, que suceda, que pase, que se produzca, para que reparemos en ello, más aún, que lo que no acontece es más poderoso que lo que acontece, como si la maldición por rebeldía estuviera incompleta: Hijo de hombre, tienes ojos para ver y no ves y tus ojos verán lo que no ocurre, tienes oídos para oír y no oyes y tus oídos oirán lo que carece de sonido, tienes corazón para comprender y no comprendes y te empeñas en comprender lo que escapa a toda comprensión, ejercicio, maldición o condena que requiere por tanto más

memoria, más cautela, más reparación. Y esa energía interna de la reparación fue la que me llevó de nuevo a interesarme por el reparador y a darme cuenta de que se habían multiplicado los acontecimientos, pues, por una parte, se habían interrumpido las visitas, pero, sobre todo, se había producido una baja entre los transeúntes, la gente con la que el reparador se encontraba por las mañanas, unas veces con uno otras veces con otro, el riguroso azar de la transición. Me di cuenta, como digo, de que había desaparecido uno de los transeúntes, una mujer. Y me pregunté si no sería la mujer de los ratones la que había abandonado el barrio, la casa, la costanilla, y si no sería, por tanto, la mujer de los ratones una asidua matinal de la costanilla, uno, en suma, de los transeúntes. Era imposible, por supuesto, porque durante la época del tac tac tac, no hubo día ni noche en que cesara un momento el taconeo y no había percibido yo la ausencia de ningún transeúnte en ese tiempo. Pero bien podría haberme descuidado, no haber advertido la ausencia, primero temporal, igual que después tal vez definitiva, de la mujer de arriba y del transeúnte, en el caso de que fueran una y la misma persona, o incluso podría haber sucedido de tal modo que el cese como transeúnte de la mujer no se hubiera producido cuando yo advertí su ausencia sino en el momento exacto en que se inició el tac tac tac. Me apresuré, pues, a desvelar como fuera el misterio de la desaparición de la mujer, aunque, dadas las circunstancias, había más afán que apremio, más voluntad que urgencia, se tardan meses, de hecho, incluso años, en certificar que algo que se producía habitualmente ha dejado de producirse para siempre, pero, como me avergonzaba de mi actitud, de la desidia con que había abandonado la costanilla en mi desvelo observatorio, pretendía compensar con evidencias inmediatas el despropósito de tan larga indiferencia. De ahí que pusiera todos mis sentidos sobre el escenario de la transición menguante. Y hubo algo más preocupante que curioso en lo que sucedió a continuación, en los días siguientes, en los meses siguientes y no sé si me atreveré a decir que en los años siguientes, pues ya conoce usted mi teoría de los años soz o los años run. Y fue que, en mi torpe empeño por identificar al transeúnte perdido, omitido, diríamos, lo que conllevaba una inmensa dificultad, como la conlleva siempre querer elevar a certeza lo que ya no es comprobable, que era en el fondo lo que yo pretendía, centrarme en la persona del séptimo transeúnte cuando ya este séptimo transeúnte había

desaparecido y que de hecho sólo era séptimo por el hecho de haber desaparecido, pues en mi numeración anterior, de carácter ordinal, como tengo dicho, no era precisamente séptimo, sino tercero, o tercera, para hablar con propiedad de género, fue el caso, pues, como digo, que en este empeño desvié mi atención del reparador a los propios transeúntes e intenté extraer de los seis que aún quedaban alguna conclusión que atañera al desaparecido, o a la desaparecida, si insistimos en la precisión de género. Y lo que ocurrió entonces, con los meses, con los años, fue que empezaron a desaparecer los demás transeúntes, primero uno, el sexto, y luego otro, el quinto, que no eran en origen el sexto ni el quinto, sino que ocupan este orden inverso por el azar de su desaparición, orden que nunca coincidió por cierto con el que yo les tenía previamente asignado, lo que demuestra la flaqueza del conocimiento humano y la fragilidad de nuestra sabiduría. Hasta que llegó el momento en que quedó sólo un transeúnte, que ahora ya ocupó todas las posiciones del orden, pues fue primero y último, el único que seguía encontrándose con el reparador en la costanilla, con el que seguía intercambiando información municipal inocua, palabras vanas, locuciones huecas. Podría contarle cómo desaparecieron uno tras otro y podría contarle cómo desapareció uno solo de ellos, y en ambos casos estaría haciendo lo mismo, pues, al fin y al cabo, una desaparición es sólo una desaparición, un mero dejar de aparecer, de modo que en realidad lo que se puede contar es la observación de esa desaparición, cómo yo veía cada día a un transeúnte y de pronto dejaba de verlo y ya no lo veía nunca más y cómo esto ocurrió de manera sucesiva con el sexto, con el quinto, con el cuarto, llegué a preguntarme si no sería mi propio empeño vigilante, tanta tenacidad de centinela, la intensidad de mi observación, en suma, lo que contaminaba el espacio de la costanilla, enrarecía la atmósfera y expulsaba uno tras otro a los transeúntes, al tercero, al segundo, hasta que, como digo, quedó sólo uno, el único, el último. Y entonces no tuve otro oficio que calcular cuándo desaparecería finalmente este transeúnte postrero, pues quise extraer una ley de la mera observación, a saber, que si habían desaparecido ya seis transeúntes necesariamente tendría que desaparecer finalmente el último. Hay algo que agrada sobremanera al hombre, a mí al menos, pero creo que al género humano, en general, y es comprobar cómo sus previsiones, aunque sean funestas, acaban por cumplirse. Padecemos el

síndrome de los profetas, la oscura arrogancia de los oráculos. Pues bien, ésa fue la satisfacción que yo experimenté cuando desapareció por fin el último transeúnte. Era para mí algo doloroso, porque me privaba de una tarea placentera, pero hasta tal punto había previsto que tenía que desaparecer, que sus días en la costanilla estaban contados, que no pude sino sentir el gozo intelectual de haber enunciado una hipótesis certera. Bien es verdad que comprobar si se trataba de una desaparición definitiva me llevó tiempo, porque podía no ver al transeúnte un día pero esperar o temer verlo al siguiente, algo que ya me había pasado con los cinco anteriores y de lo que, por tanto, tenía experiencia, de modo que me dediqué con esmero y con energía (dirá usted que con pasividad y con paciencia, pero yo creo que poseo una gran dosis de energía pasiva, y que la paciencia es la forma de energía suprema) a comprobar la hipótesis, la profecía, el vaticinio. No sé cuánto tardé en decidir que el presagio o la inferencia se habían cumplido definitivamente, pero no fue un día, ni una semana, ni un mes. Seguramente un año soz anduve al tanto de la última desaparición, al acecho del último transeúnte, sin más oficio que certificar la ausencia total, irreversible, irrevocable, del último habitante de la costanilla. Hasta que finalmente me dije de manera solemne, como el que enuncia una verdad irreversible: Los siete mensajeros han desaparecido, se acabó el tiempo de los mensajeros. Lo que sucedió después fue, sin embargo, y como siempre, peor, más triste, más doloroso, más descorazonador. No es un detalle menor ni un hecho mínimo, sino el peor acontecimiento que cabía temer. Lo diré: que el reparador no bajó el último lunes por la costanilla, no llegó a la puerta, no miró hacia arriba para cerciorarse de las exactitudes del trayecto, no sacó el manajo de llaves, no se recreó en el seco y herrumbroso tintineo, no abrió, no encendió la luz. Me pongo a pensar si lo vi salir el sábado por la tarde, o por la noche, porque ahora anochece pronto, y se da la penosa circunstancia de que no lo recuerdo. Ocurre que si hubiera venido el lunes no me plantearía la duda de si salió o no salió el sábado, esto es, que la constatación de un hecho anómalo y reciente es el que arroja dudas sobre un hecho (o no hecho) pretérito o remoto, en este caso del pasado sábado, y del viernes pasado, y del jueves pasado. Me he puesto a hacer recuento y llego a la conclusión de que no necesariamente todas las mañanas y todas las tardes lo he visto entrar o salir,

bajar la costanilla o subirla, pero esos lapsos eran casuales, no se debían al despiste, sino al desinterés, al hábito, a la rutina, a la insignificancia de querer a toda costa comprobar un acontecimiento que sabía de sobra que se iba necesariamente a producir. Que es lo que no pasó precisamente el lunes, que me dispuse a esperarlo, a verlo venir, no por nada especial, no por hacer unas averiguaciones a las que ya he renunciado, sino por la pura curiosidad de verlo, de sentir que hay fuerzas humanas tan contundentes y exactas como las leyes inmutables de la naturaleza. Tampoco sé qué es lo que me ha hecho despistarme en estos últimos tiempos. Si hubiera advertido su ausencia en la época de la mujer o de los tacones o del canto de los ratones, hubiera entendido mi relajación, porque entonces tenía puestos los sentidos en otro menester, un menester sublime y superior, pero han pasado años desde que se perdió la mujer, desde que dejó de sonar el tac tac tac de los tacones o el rat rat rat de los ratones, aquella extraña música acordada, y ahora no ha habido nada que haya movido mi imaginación de su estricta tarea de vigilancia. Y el caso es que, bien pensado, puede hacer ya un mes, o acaso dos meses, que no advierto su presencia y no puedo explicarme el porqué de mi desatención, porque ni siquiera sé si he estado desatento, lo que hace que me sienta culpable, como si fuera mi propia distracción la causa de los acontecimientos, como si yo hubiera propiciado con mi descuido la ausencia, la desaparición, el desvanecimiento, la disolución, quién sabe si la muerte del reparador. No lo entiendo, no lo puedo entender. Tengo corazón y no puedo comprender. Y ni siquiera puedo alegar un exceso de atención que me haya llevado a la desatención, como me pasó en otra época con el ángulo oscuro. Ya le he hablado del ángulo oscuro, aunque no he enumerado en realidad todos sus sinsabores. Pues ha habido días en que el ángulo oculto me ha jugado malas pasadas, en que el reparador se internaba en ese espacio desconocido y, en contra de la regularidad cronométrica a la que acostumbraba y que yo aprendí a calcular mentalmente, sin necesidad de artilugios mecánicos, tardaba en aparecer, no ya unos segundos, porque unos segundos pueden ser insignificantes, un tropezón, un resbalón, el cordón del zapato, una mirada en torno, una grieta en el muro, el desprecio de los vencejos, la peripecia de una lagartija, hay cientos de excusas para unos cuantos segundos, pero es que a veces no se trataba de segundos, al fin y al cabo unos segundos sólo me

producen un leve malestar, un escaso desacuerdo entre mis previsiones y su aparición, los segundos son poco más que la calderilla del tiempo, migajas de la eternidad, incluso yo creo que unos segundos, por decisivos que sean, no son más que un grano de arena en el desierto y una gota de agua en el mar, pero no, a veces no se trataba de segundos, sino de minutos, diez minutos, quince minutos, y para tanto periodo no tenía ni tengo explicación. Por eso quedé cautivo muchas veces del ángulo oscuro, porque quise explorarlo, en la medida de mis posibilidades, de modo que me desentendí del reparador y me concentré de manera obsesiva en el ángulo ciego. No hay nada en el ángulo siniestro, no hay puertas, no hay ventanas, usted lo sabe, nada que requiera la menor atención, así que no se entiende que alguien pueda permanecer durante diez minutos, quince minutos, una vez incluso durante veintidós minutos, detenido en el abismo, en las tinieblas, en el vacío. No es que esto ocurriera con frecuencia, ni siquiera de vez en cuando, sino muy rara vez, y era precisamente esa rareza, esa excepcionalidad, esa extravagancia, la que me hacía perder el tino de mis razonamientos, porque recordamos de manera inexcusable lo que se sale de la norma, bien por anormal, bien por enorme. Y si, al menos, las escasísimas veces en que se producía esa distorsión yo hubiera podido oír algo, indicios de un percance desafortunado y enojoso, la pérdida de las llaves en una alcantarilla, por ejemplo, o atisbar el runrún de una conversación (aunque no pudiera entender nada, ya he dicho que no tengo acceso a las palabras con sentido, sólo a los formulismos de la cortesía), percibir las apariencias de una gesticulación, de un encuentro fortuito, la presencia, por ejemplo, de un mendigo dormido o acostado al resguardo de la escuadra, protegido por el rincón, ya me hubiera dado por satisfecho, pero es que las veces en que el hombre se detenía y se eternizaba en el no lugar (lo llamo el no lugar o el sin lugar y lo pienso en una sola palabra, a veces nolugar y a veces sinlugar, que es negación de espacio y aun de número) me pasaba luego el día al acecho, esperando a ver si antes o después salía alguien del rincón, si veía subir la costanilla a un pordiosero con su miseria auestas, arrastrando el carrito de sus tribulaciones. Pero nunca pude ver nada, nada había y nadie habitaba provisionalmente el rincón de la escuadra, lo que, aparte de mantenerme todo el día ocupado, me procuraba grandes dosis de desazón y malhumor. Sólo en una ocasión, por lo

demás muy extraña (me va a permitir que no rememore aquella circunstancia y que omita los detalles), me pareció que se oía zureo de palomas y durante mucho tiempo aceché y aguardé con la esperanza de que al menos una paloma saliera del rincón, se posara en el centro de la costanilla y picoteara menudencias del suelo. El evento palomar lo llamo, porque, como no se produjo, no alcanza la categoría de episodio. Hubiera sido como un mensaje bíblico, un ramo de olivo tras el diluvio, una tregua en el centro de la desolación, porque de niño tuve mucho apego a las palomas, me maravillaba su eficacia mensajera y su misión redentora, pensaba que su presencia en cualquier escenario era un signo de paz y bienestar, de recuperación del paraíso y preludio de la felicidad, de modo que, cuando oí el zureo que provenía del rincón oscuro y que se prolongó durante semanas, evoqué la época remota, sola memoria previa al augusto sillón, en que, con una confianza ciega en el espíritu de las palomas, en trances de tribulación y de zozobra, su sola contemplación me sosegaba y me reconciliaba con la vida y la naturaleza, y quise creer que se avecinaba de nuevo un periodo de esplendor, un periodo de bienaventuranza, como uno, propicio y breve, que disfruté en mi niñez lejana, pero por más que esperé y atendí no pude saber nunca si el zureo o el como zureo que salía del ángulo secreto lo producía una paloma o era sólo mi imaginación, prisionera de las aficiones de la infancia, la que recuperaba el zureo del silencio y transformaba en armonía bucólica lo que sólo era soledad y desolación y costanilla vacía y ángulo oscuro desierto y herrumbroso. No obstante, volviendo a las intermitencias del reparador, esas digamos abducciones del rincón oscuro o absorciones de la caprichosa geometría, esos raptos de la escuadra tenebrosa, no han sido tantos como para que puedan considerarse habituales, pero han introducido un resquicio en la rutina, una grieta en el acontecer del tiempo y de la vida. Y si hay una brecha, una fisura, un pozo, una gruta, un pasadizo misterioso, un túnel abismal, todo puede ocurrir en ese triángulo de incertidumbres, todo es posible en ese apéndice de la costanilla. Ahí estará tal vez la escalera que baja a los infiernos. Ahí puede estar la entrada de la cripta en que se refugia el más allá. Ahí empieza el camino que conduce a las rocas errantes. Ahí puede producirse la perforación del fuego y de la lava. Quién sabe si no sería por ahí por donde entraban y salían los ratones o la mujer que agujereaba el piso

de arriba con su taconeo simétrico y esquivo. Quién sabe incluso si no será ahí precisamente donde quedó atrapado el reparador el sábado por la tarde, o el viernes, o el jueves, y si sigue ahí, anclado, hundido, no ya veintidós minutos, sino tal vez para siempre. Por si acaso, aparte de estar todo el día cavilando y rememorando los años que llevo viendo a este hombre al que no vi el lunes, me he propuesto no dejar pasar la ocasión no ya de las mañanas o las tardes, sino del día entero, por si viniera a una hora distinta o por si hubiera venido el domingo, que es día que no dedico yo a averiguaciones, y hubiera pasado en el (digamos) taller toda la noche, en el caso de que tuviera un trabajo nocturno del que por cualquier azar o anomalía hubiera tenido una noche libre. He intentado adivinar el halo de luz, que no se ve, pero que a veces parece que sí se ve, y ya tampoco estoy seguro de si lo he estado viendo todos estos años, pues una cosa es verlo encender la luz o las luces, ver ese resplandor inicial, ese fogonazo, antes de cerrar la puerta, y otra es que yo haya seguido viendo la luz durante todo el día, que ya no sé si lo que he estado pensando que era la luz era realmente la luz o más bien era que, puesto que yo había visto el primer resplandor, había deducido la luz durante todo el día de ese primer clic de la electricidad doméstica. Y me atormento pensando si fue el último lunes cuando no vino, o el lunes anterior, o cualquier otro día, porque ya no distingo días de días, ni distingo días de domingos, porque la distinción se debía precisamente a la exactitud de calendario del reparador. Que por eso han sido para mí peculiares los domingos, por ser los días en que el hombre no bajaba por la costanilla al amanecer ni subía por la costanilla al anochecer, de modo que me he pasado a menudo los domingos, uno tras otro, infatigablemente, con la mirada fija en la costanilla y aturdido por una certeza crepuscular. Esto me llevaba a pensar en una actitud curiosa y singular, la no visión, la no esperanza, que no es lo mismo que la ceguera o la desesperación. Quiero decir que estamos acostumbrados a ver (insisto, ver) lo que ocurre, o, si usted quiere, a mirar lo que ocurre. Pero yo me he ejercitado en los domingos a ver, o a mirar, lo que no ocurre, lo que no sucede, lo que no acontece (recuerdo haber sabido alguna vez, hace años, la diferencia existente entre suceso, hecho, acontecimiento, acaecimiento, etcétera, pero he olvidado los matices, son reflexiones un tanto espinosas, conceptos para potestades y dominaciones), lo

que no ha tenido lugar. Es una extraña paradoja: mirar en el tiempo lo que no tiene lugar. El tiempo era el domingo, cada domingo, y lo que no tiene lugar es el descenso o el ascenso del hombre por la costanilla. Hay lugar, me dirá usted, entendiendo por lugar la costanilla. De acuerdo, diré yo, hay lugar, pero no es el lugar por el que vendrá o se irá el reparador, es un escenario vacío, un paisaje sin tiempo ni atributos, lo que media entre la contemplación y el acaecimiento. Cabe decir que la costanilla ha sido también durante años un nolugar o un sinlugar, un escenario perdurable para un único y diario acontecimiento: el recorrido descendente o ascendente del reparador. Salvo por esa breve intromisión del hombre en la costanilla (añadamos, si quiere, los episódicos transeúntes), su esencia, la de la costanilla, era el vacío, la no presencia. Lo que por otra parte no ha dejado de traerme complicaciones especulativas, funestos entresijos para la divagación, pues fue un domingo precisamente, estando yo ajeno a toda circunstancia reparadora, cuando de pronto, por debajo de la puerta de las reparaciones, salió una cucaracha, que, como usted bien sabe, es un insecto ortóptero, nocturno y corredor, de unos tres centímetros de largo, cuerpo deprimido, aplanado, de color negro por encima y rojizo por debajo, alas y élitros rudimentarios en la hembra, antenas filiformes, las seis patas casi iguales y el abdomen terminado por dos puntas articuladas. El reparador, pensé de pronto. Era una broma tonta, incluso, si usted quiere, pedante, pero me recordó propiamente al reparador: su color, su caminar pausado, que no es el propio de las cucarachas cuando salen a la luz, su indiferencia ante una atmósfera por naturaleza hostil. No sé. Se dice que la naturaleza imita al arte, tal vez usted lo haya oído, se dice, ¿verdad? No lo sé. Quiero decir: sé que se dice, lo que no sé es si es cierto. Yo creo que no, que tal afirmación sólo pone de manifiesto nuestra incompetencia perceptiva. Yo más bien creo que es el arte el que imita al arte. Y aunque la presencia de la cucaracha en la costanilla pueda parecer una objeción seria a lo que digo, me mantengo en ello: el arte imita al arte. Y por eso seguí el dificultoso caminar del insecto ortóptero hasta que llegó al ángulo ciego y desapareció. Desde entonces me dio por imaginar que ahí dentro, por entre las reparaciones, sólo debe de haber ejércitos de cucarachas. Y a la mañana siguiente, lunes, cuando acudió el reparador, no sólo me acordé de la cucaracha, sino que me pareció que el propio reparador tenía un algo de ortóptero. Y ya desde entonces

siempre anduve durante un tiempo los domingos al acecho, por ver si salía alguna vez alguna otra o la misma cucaracha, como si el reparador dejara en el interior del edificio un sustituto, un representante, un secretario. Pero el hecho no volvió a producirse. Fue como la sinfonía de los ratones, o como la fábula del zorro y el erizo: hay cosas que ocurren interminablemente y cosas que ocurren una sola vez. Por eso me produce espanto el solo pensamiento de que el reparador no vuelva a aparecer, porque su no aparición será, por una parte, un suceso interminable y sucesivo y, por otra, un único suceso, y entonces ya no habrá días, sino domingos, y los domingos son prolongaciones de la nada, si es que no son la nada misma. Y por tanto ahora me asaltan dos temores, que alimento a conveniencia, huyendo a veces de uno y a veces de otro, porque los dos son graves y, en mi situación, irreparables. No es broma: son irreparables. Mi temor primero es que, si desaparece o ha desaparecido definitivamente el reparador, puede que durante algún tiempo permanezca su ausencia, como permaneció y aún a veces permanece la sinfonía de los ratones, esto es, que yo siga viendo su proyección espectral sobre la costanilla al amanecer y al anochecer, que oiga el eco del tintineo de su manojito de llaves, que incluso oiga las chanzas municipales de los transeúntes, como una especie de parloteo en el vacío, pese a que, como tengo dicho, los transeúntes han desaparecido ya, todos, uno tras otro, pero llegará un momento en que todo se desvanezca y entonces ya sí que me quedaré definitivamente solo en un domingo interminable, sin nada en que entretener la mirada ni los oídos, vuelto necesariamente hacia mí mismo y hacia el vacío que hay en mí, hacia la oquedad interior, hacia la nada hundida en su augustísimo sillón. Mi temor segundo es que se haya cumplido ya el temor primero, que haya ocurrido ya con el reparador lo mismo que con la música de los ratones y con la luz de las estrellas: que del mismo modo que sigo oyendo el ruido roedor de los ratones después de tanto tiempo y que nos llega según dicen la luz de las estrellas que se apagaron hace millones de años, así también yo haya seguido viendo al reparador día tras día, los días que yo llamo días y que son para mí los únicos verdaderos días, no los domingos, que son tiempo muerto... Qué expresión esta tan certera, *tiempo muerto*, me pregunto si toda la vida no será en realidad una considerable proporción de tiempo muerto: tengo que pensar sobre ello algún

domingo, para que estén en consonancia el tiempo muerto del pensar y el pensamiento sobre el tiempo muerto, una tarea que acometeré no con gusto, porque yo no hago nada con gusto, pero sí con esmero, aunque tal vez tampoco tenga ya que tomarme la molestia y sólo tenga por delante tiempo muerto y avisos claros de muerte. Me estremece pensar, decía, que haya seguido viendo la figura del reparador bajar por la costanilla al amanecer y subir luego por la costanilla al anochecer, que haya oído los saludos de los transeúntes, en fin, todo lo que le he venido contando hasta ahora, y que ninguna de esas cosas ocurra desde hace años, que sean sólo proyecciones del pasado, como la luz sideral y la música mística, como si la persistencia de los hechos fuera sólo la repetición fantasmal de algo que hace años dejó de ocurrir y de producirse, pero que tenía suficiente energía y presencia y solidez como para prolongarse más allá, mucho más allá de su extinción. Pretendo en vano consuelos: puede que haya dejado de venir, me digo, y que no vaya a volver nunca por haber vendido el edificio, porque se lo hayan expropiado, o incluso que no fuera suyo y lo tuviera en alquiler y haya expirado el contrato, caducado, finito, y se haya buscado otro lugar de reparaciones en otra orilla de la ciudad, pero entonces qué será de mí, porque, aun sin conocernos, sin saber nada cierto ni seguro uno del otro, salvo la mera constatación de la existencia y algunas rutinas insignificantes (al menos yo de él, que tal vez él de mí no tenga noticia alguna ni sospecha), somos indispensables, puedo decir incluso que he dedicado media vida al reparador, que es mi media vida, y la desaparición de media vida es una amputación demasiado severa. Me quedaré vacío, sin tac tac tac y sin reparador me quedaré vacío, acaso para siempre, y no me quedará más oficio que la especulación, que esta interminable reflexión, que este soliloquio en la quietud de la penumbra y en la virtualidad del azogue. Casi quiero pensar que la finalidad última del reparador, de su existencia, quiero decir, y de su rutina, no sería otra que proporcionarme un mundo, que dar forma a una representación del mundo para mi onerosa circunstancia y para mi endeble voluntad, por lo que, me digo, si desaparece el mundo, qué sentido puede tener la supervivencia del que lo contempla, lo estudia, lo desmenuza, lo analiza y lo transforma en infatigable parlería. Por otra parte, lo que empiezo a sospechar, no a temer, pero sí a sospechar, es que, si al fin y al cabo somos

el reparador y yo la cara y la cruz de un mismo signo, el anverso y el reverso de un destino paralelo, lo que empiezo a sospechar, no a temer, digo, es que está próxima mi desaparición, si es que no se ha producido ya y soy sólo un espectro, un reflejo espectral, el eco óptico de una antigua conciencia y de un pensamiento muerto, y ambos, el reparador y yo, nos hemos consumido en una tarea inútil, pero, puesto que llega o ha llegado a su fin, no interminable. Lo sospecho, insisto, pero no lo temo. Es más, prefiero que sea así. Ya no tengo nada que hacer. Hace años que dejaron de sonar los pasos de la mujer del piso de arriba, si es que era una mujer. Hace los mismos años que dejaron de corretear los ratones y que olvidaron la armonía de su canto. Si ya estoy solo, si ahora estoy solo yo, qué sentido tiene permanecer. Le parecerá curioso que diga esto alguien que siempre ha estado solo, pero las especulaciones del solitario son muy agudas, contienen el filo de la revolución. Además, nunca se está verdaderamente solo. Estar con uno mismo no es estar solo, y no porque a menudo uno sea su propia y mejor compañía, sino porque estar solo no es no estar con los demás, sino estar hastiado de uno mismo. Cuando se está verdaderamente solo es cuando se deja de estar, cuando ya no tiene sentido seguir estando, cuando se prefiere, en suma, dejar de estar. Y no es que quiera irme, no, es que me aburre no tener otro oficio que mi propia contemplación, mi propio análisis, mi propia paciente y pasiva reflexión. Por eso prefiero que todo haya ocurrido ya y estemos todos, aun sin saberlo, en otra parte, en otro infierno. Veo incluso la tumba del reparador, una tumba sin flores y una lápida ocre sin nombre, ni fechas, ni aforismo, sólo una palabra, en minúscula: reparaciones. Y veo también mi tumba y mi epitafio o, mejor dicho, el que debería ser mi epitafio. Sé que nadie va a cumplir o que nadie ha cumplido mi última voluntad en el trance funerario, pero una sola será y es o ha sido esa voluntad y es que también en mi tumba figure una sola palabra: reparaciones. Y tendrá que ser o habrá sido en letras minúsculas, porque plural y mayúsculas son incompatibles. Que así sea, si es que no ha sido ya. Pero si todo esto fuera hipnosis, teología y surrealismo, y tuviera que atenerme a lo vulgar, a lo concreto, a lo inmediato, entonces hay algo que no quiero pensar y que justamente por no querer pensarlo no se me va de la cabeza ni un momento: que el reparador no haya podido llevar a cabo su última reparación (y me

pregunto entre la incertidumbre y la certeza si no sería yo esa última reparación) y que haya muerto a solas en su taller, que haya empezado su descomposición, que lo devore el ejército de cucarachas, que en la oscuridad de su madriguera haya encontrado tumba y sepultura, que el edificio sea su mausoleo y el rótulo de la puerta su epitafio. Si fuera así, me gustaría creer que antes o después se echaría de menos su presencia en otro sitio, en el lugar de sus noches, sea en su casa, en su trabajo o doquiera que fuere que pasara las noches y los domingos, a no ser, me digo, que en algún otro lugar de la ciudad haya un duplicado de estas reparaciones y el hombre sea dos misterios en lugar de uno, el misterio diurno que ejecuta para mí y el misterio nocturno y dominical que practique en otro lugar, en otro taller y para otros ojos adosados a una ventana e inmóviles en la contemplación de un callejón, una costanilla, un ángulo ciego, un sinlugar y un sinfín de conjeturas. Si así fuera, yo también tendría un duplicado, alguien como yo estaría pensando ahora lo mismo, yo sería el reflejo de un desvarío de la imaginación de otro. En cualquier caso, si hubiera muerto y estuviera muerto dentro, cabrían dos posibilidades: que alguien lo eche de menos en algún otro sitio y antes o después vengan en su busca o, por el contrario, que nadie lo eche de menos en ninguna parte y ahí se pudra su cuerpo moral y ahí quede encerrado para siempre su espíritu, sin reparación posible. En el primer caso quiero pensar que terminaré por ver cómo alguien vuelve a llamar a esa puerta a la que nadie llama desde hace años, que a ese primer alguien le seguirá otro y a ese otro otros, hasta que en algún momento se reúnan ante la puerta, cerrada y bien cerrada, todos los que alguna vez han penetrado en el antro de las reparaciones. Imagino entonces a un profuso grupo de personas, siete, catorce, veintiocho, cincuenta y seis, reclamado por la ausencia, y plantado ahí, bajo el cartel, hablando entre sí, un murmullo creciente y afligido, aunque yo no pueda oír ni entender nada de lo que digan, porque dirán sólo cosas importantes, cosas serias, cosas graves, el recuento acaso de toda la biografía del hombre, su infancia, su adolescencia, su juventud y los largos años de presencia en el taller de reparaciones, y acaso también la propia historia de cada uno de los miembros del grupo, cómo lo conocieron, por qué acudieron a él, cuántas veces lo hicieron, qué le contaron, cómo los socorrió, cómo, en suma, los reparó, cosas todas a la postre que yo nunca podré oír ni

saber, que me están tan prohibidas como el ángulo ciego. Pero también puede ocurrir lo segundo, que nadie lo eche de menos en parte alguna y el taller sea su mausoleo, su tumba, su cenotafio, y que, como he dicho antes, *reparaciones* no fuera, como elucubré, chiste ni broma ni humorada ni extravagancia, sino la anticipación de su epitafio, un epitafio colocado sobre la lápida mucho antes del enterramiento, un epitafio heredado con la vida, principio y fin, y la profecía de su predestinación. Si así fuere, yo sería la única persona que lo echa de menos, que advierte su ausencia, que lamenta su defunción. Si así fuere, nadie que no sea yo acudirá nunca para descifrar el enigma de su ausencia, para certificar la verdad traicionera de la muerte. Si así fuere, sólo me tiene a mí, a quien no conoce. Si así fuere, en fin, yo debería llamar a alguien, pero cómo, a quién y para decir qué.

Conversación

Gonzalo Hidalgo Bayal

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Ilustración de la portada: fotografía de DeA / W. Buss. © De Agostini Picture Library / Getty Images

© Gonzalo Hidalgo Bayal, 2011

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A.

Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)

www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2016

ISBN: 978-84-9066-230-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com